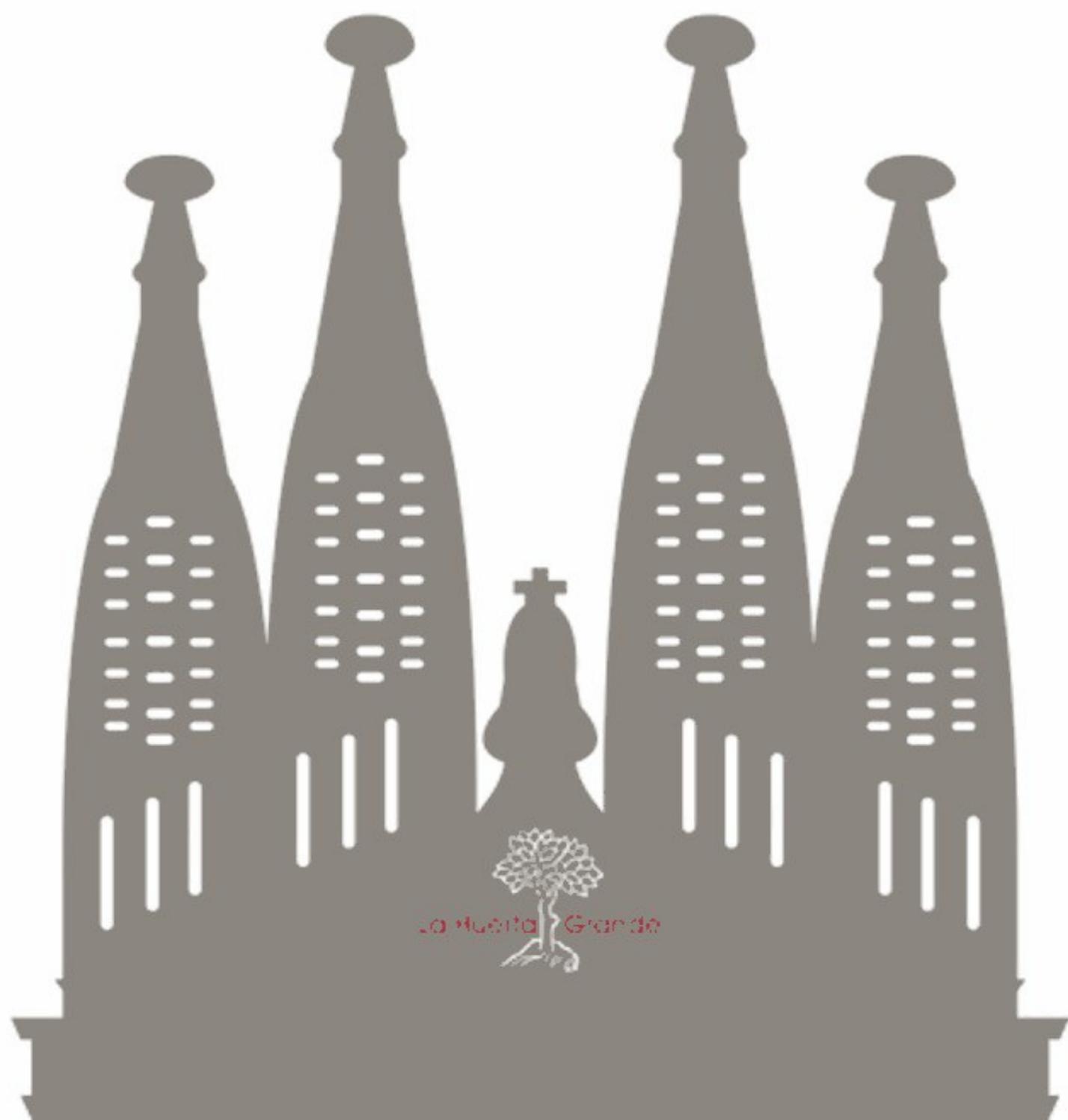


JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

los cuatro santos



LOS CUATRO SANTOS

(TRILOGÍA DEL MEDIO SIGLO)

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES



ESLES DE CAYÓN
2019

© De los textos: José Joaquín Bermúdez Olivares

Madrid, 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-23-5

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación.

Un vaho de inanidad emana de las buenas novelas como desde un cementerio de ateos.

Nicolás Gómez Dávila, *Textos*

Cuando vemos acercarse a un creador cualquiera, cualquiera que sea el arte en el que sobresalga, hay que taparse la nariz, bajar los ojos con una especie de énfasis para señalar con fuerza que se siente vergüenza.

Pascal Quignard, *Pequeños tratados*

Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí cesará tu arrogancia.

Job: 18, 11

A los lectores (*if any*)

INTRODUCCIÓN

Y despertar en una casa costera, bajo la quilla invertida de una barcaza, como aquella de Yarmouth para David C. ¿Por el azote del viento, una galerna del oeste? No, era un día silente, las sombras danzando como insectos acuáticos, de puntillas en la tensión superficial. Despertar, más que de un largo sueño, de una temporada en el infierno.

Amontonando referencias pseudo-culturalistas, paseando hasta un banco desolado, James, Dickens, Darío, Rimbaud... arena en el aire, un libro de arena, *sandyman*. Desolación de la quimera, *sand*, Sanders, arena en la playa nórdica, arena, sílice, vidrio, arcilla, porcelana, marionetas, un tratado de materiales, materiales de ficción.

¿Una vieja ciudad catedralicia, sin catedral? ¿Cómo puede ser una vieja ciudad catedralicia sin catedral? Una ciudad de provincias, paseo del muelle, caja de ahorros, procesiones, envidias locales, museo de cera, museo arqueológico, un banco de la desolación, muralla de mar, muralla de tierra, etimologías. Restos de arena, operaciones púnicas, arsenal.

Poetas, cartas, poesía propia y ajena, embargos judiciales, intereses creados, arenisca, puertos de interior, Sierra de Gredos, dobles parejas ¡una estructura cuatripartita! Dos, tres, cuatro... el que empieza a contar —a narrar— se pierde, rompe la unidad, inaugura el alud de granos de arena, quiere encerrar en su cubo de playa (playa arenosa) el tiempo todo del mundo. Citas, intrigas, un manuscrito encontrado, *topoi*. Pero esas quejas, ¿por qué? ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? ¿Quién soy Yo? No, ¿quién eres TÚ, mi Señor, único Creador? Creador del Logos y del Tiempo.

SEGUNDA PARTE. LA CIUDAD. CAPÍTULO I. PLAZAS

Con su uniforme de «tropical», guayabera blanca, jipijapa, pantalón de mil rayas y sandalias de hebilla con calcetines color hígado de pato seriamente enfermo (sufridos), y un bastón reglamentario —de esos que permiten la visión nocturna, con longitudes de onda cercanas a los 500 nm, esos bastones omnipresentes salvo en la fovea, cabe la cávea de un incierto teatro romano sumergido en la oscuridad de la noche de los tiempos, esos bastones más delgados que los conos, tan sensibles que (eso asegura el profesor Bacterio) pueden detectar la energía de un solo fotón hachenu, electronvoltio, wikipedia *avant la lettre*—.

Subiendo hacia los barrios bajos, por calles que empiezan por «A»: calle del Alto, calle del Ángel, calle del Aire, hacia la plaza de toros, fundada un siglo antes. Ahora provista de grandes comodidades, no como esas plazas que describiera González Solana o pintase Zuloaga; plaza de arena color albero (¡qué bien ven los colores los conos!, bajo una luz mediterránea, clara, conspicua, cercana ya al solsticio de verano, luz tropical con muchos millones de fotones, luz radiográfica como el nuevo equipo que adorna la enfermería de la propia plaza). Arena que se desangra por los callejones adyacentes, acompañando a su hermana granítica de tanto monumento desgastado por el peso de la hojarasca que deja el paso del tiempo, arena de playas cercanas, de calas y algamecas, de cabos y ensenadas ¡don Zenón!

II. 61.3 (Palimpsesto)...Cuando los toros.

Primera feria taurina del Corpus, 16 de junio: Jaime Ostos, Diego Puerta y Paco Camino. Cartel a la venta por cuarenta euros en internet.

Plaza construida sobre las ruinas del anfiteatro, tal vez tiberiano, tal vez Tiberíades, pista arenosa de carreras de cuadrigas, orilla arenosa de lago milagroso, terreno de arrabal, ganado al mar, *Mare Nostrum*, plaza inaugurada por Cuchares, el del arte. Plazas que suben hacia la plaza: plaza de San Ginés con su monasterio derruido, plaza de Antigones con su cuartel abandonado, plaza del Hospital con su aljibe enjalbegado, calles de nombres sonoros: del Duque ¿de Veragua que viene a ver sus toros lidiar?, de los Cuatro Santos, calle del Doctor Fleming cuyo descubrimiento salvara a tantos toreros, calle de Alfonso XII ¿dónde vas triste de ti?, calle de Gisbert con sus refugios anti-aéreos, subida al parque de Torres (echando pan a los patos...), murallas de arenisca, arena en los zapatos, zapatos el Gallo ¡quién lo pensara!

Un hombre solo, entrada de sol y sombra —de ahí el jipijapa—, la elegancia de Ostos, el

valor de Puerta, la maestría de Camino (apenas un muchacho pero nadie ose llamarlo así). Pasodobles nativos: *suspiros de España, la gracia de Dios, el abanico...*, aún toca la banda de Infantería. Un regusto de sol en las cicatrices, un resto de arena en las sandalias, una misión. Bajar es más fácil, entre la chiquillería, hacia la Merced que todos llaman el Lago, con sus puestos de *chambis* (tutifruti, vainilla, medio de horchata de chufa —que no sea todo hielo—, dos bolas de fresa en un barquillo). Apunten ese barquillo, es importante, y distinto del que, por dos reales con su agujero, sirve el barquillero del muelle, junto a los caballitos y la tómbola ... *siempre toca, si no un pito, una pelota...* aunque es verano, el faro de Navidad lanza su destello estroboscópico, ciclópeo, nadie me ha hecho daño, nadie me ha herido, nadie. ¿Quién soy, soy yo, soy nadie?

Bajando por la calle Marango —marengo, marlango, azul marengo, batalla austrohúngara—, cerca de la casa derelicta del inventor local, buscando una extraña asociación cultural «privadas rejas», o ponga herrumbrosas verjas o coloradas picas, da igual, todo es ruina y arena, pasado y muerto, desolación de la quimera, *quest* póstuma, muerte de Arturo. Pensando en su misión (no se preocupen, a la tercera invocación de la misión se hará efectiva, como en la repetición mágica o jaculatoria, pero no ahora, aún no, denme mil palabras más), no misión paraguaya con sus espías, ni música de ennio ¿quinto, sexto?, ni dirección de rolando, ni *starring JI*. Debo buscar a una pareja, no buscar pareja, una pareja de eruditos locales, de pícaros culturales, de arribistas logrereros, de bombos mutuos: Pancho y Rancho (aunque el nombre está cogido, dejaré el asunto en manos del departamento legal de serrano seis).

Creo que lo he hecho todo mal, he introducido a los secundarios antes que al narrador, y tampoco conocen ustedes al inspirador de esta general historia, una voz de ultratumba ¡saludos Chateaubriand, qué buenos tus filetes! Y he usado un libro que ustedes no han leído, un libro selecto. Recapitulemos.

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO I. CONVALECENCIA

Cuando hemos sufrido tanto, perdido tanto, perdido hasta nuestra lengua materna (¡madre, qué poco he podido escribir aquí sobre ti!), el sonido de otra, extranjera, llega amortiguado como por mordaza de franela. Tiene adherido un pastoso olor a sopa de guisantes, y un color sinestésico gris rata fúnebre, traje de faena de un ejército en maniobras ¿Aldershot, anothershot? Aunque las palabras son amables y el tono, dulce:

—Tome un poco de estofado, tiene mucha energía (era Bovril, por Dios).

—Beba un poco de leche, es de la cooperativa.

—Aquí tiene otra almohada, la ha mullido Maggie.

(la idea es que ustedes traduzcan estas sencillas frases al inglés, con acento del sur).

Si recuerdan (*vid. El hombre de negro*, en esta misma colección) la enfermedad del mosquito kazi seguida de la noticia de las muertes de mi hija y de mi nieto (hay golpes en la vida tan fuertes...), me había sumido en un estado catatónico, sucesor del dolor cuando no se puede sufrir ya más, una pérdida de conciencia y de consciencia, una niebla impenetrable, una grieta en la memoria, un vacío... (*vid. There is a languor of the Life*, de Emily Dickinson). En aquella casa de estilo holandés, donde una familia amiga de la señorita Marirot me había acogido junto al mar del Canal, con todos los gastos pagados por la Fundación de Paul Enc y el Ministerio — influencias del C.G.—, y un doctor (amigo de la familia), de hábitos severos, poco amigo de las cirugías innecesarias y de las explicaciones parapsicológicas, totalmente a mi servicio. Un proceso, mezcla de fiebre cerebral y reumatismo nervioso (esos procesos tan caros al citado Wilkie Collins, con sus notables iniciales WC, como las del cómico Fields).

Habían pasado estaciones repetidas, el ciclo de las aves migratorias, de las faenas pesqueras, de botaduras y retiradas de barcos de su graciosa majestad británica, había pasado un ciclo olímpico ¡público! y mil portadas de *Life* y *Paris Match* («parís *match* y parís menos», como bromeaba alguien, ya no recuerdo su nombre, una graciosa aprendiz de escritora francófona que el camino apartó de mi lado, no importa ya). Cuba ya no era Cuba y en España se aprobaban leyes sin mucho sentido, y un príncipe ya era mayor de edad legal a todos los efectos. En los peores momentos había oído martillar tablas de ataúd (para los seres queridos), en los menos malos, las gaviotas me hacían compañía, buscando incansables alimento para su vida sin fin. Yo estaba postrado, tendido, atendido, ausente, indigno de entrar en tu casa, indigno de que entres en la mía, vacío.

I.131.9. A vosotros mi lengua no debe ser extraña.

Esa lengua tan digna que el mismo César Carlos, nacido al otro lado del canal, la usara en aquellas jornadas de Bruselas, después de haber desterrado ¡a una ínsula! al mismo Garcilaso, su *miglior fabro*. Llegó el día en que las brumas septentrionales me llenaron de angustia, y quise volver a una tierra de sol y armonía, a la España eterna y entera. El día, además, en que tuve una misión (como diría Swinburne de Wilkie), ha llegado el momento de volver en busca de los cisnes, eucarísticos y breves, de mi vida residual.

La misión era, sobra decirlo, de naturaleza delicada. Curiosamente, o tal vez no, el carácter reservado afectaba a la parte secundaria del asunto más que a la visible; me explico: ustedes conocen (¡oh, fieles y cultos lectores!) la historia del poeta chileno Evaristo Plaza Valdés (tal vez recuerdan mejor su *nombre de pluma Argos...*), poeta, periodista, bombero, secretario de Juntas Ciudadanas y tantas otras cosas. Cumplido su centenario con más pena que gloria en España, ocupados como estábamos con los Planes de Desarrollo, alguien y aún alguien recordaron que su única hija, la ahora septuagenaria Francisca Plaza Segura (¡!) vivía en un pueblo de la sierra abulense y tal vez (o tal vez no, ya saben) guardase algún recuerdo de su padre: un pañuelo bordado, algún daguerrotipo o el premio gordo de un manuscrito amarillento. Y así fueron en peregrinación doña María Teresa Duque y su marido Avelino Velmar, caballero en palafren y a mujeriegas en mula de paso fino, respectivamente, por caminos de herradura hacia Piedrasluengas de Lumbreras, tras haber viajado en la *guagua* de la compañía Villacastín e Hijuelas. Portaban carta de presentación del embajador chileno, S. E. don Jorge Eduardo Francisco Lynch y Valdés, pariente por vía parenteral lejana del poeta. El embajador, personaje solemne y *jamesiano*, había llegado a España tras ser declarado *non grato* en Cuba, su anterior destino, tras la revolución.

El matrimonio Velmar-Duque, procedente de Cartagena (España), aunaba el conocimiento lexicográfico y epistemológico del marido con la práctica poética y el carácter emprendedor de la señora. Fundadores de la Universidad de la tercera edad y del Ateneo literario-folclórico de su ciudad —con sede en las antiguas Escuelas Normales, pioneras en su campo desde 1907, fecha de nacimiento de la poetisa—.

Diálogos auxiliares (para uso discrecional del discreto lector):

—Oye, Pancho...

—Dime, Rancho.

—¿Esos papeles van a salir en el periódico?

—¿En *La Ocasión*? Seguro que sí.

—Y, ¿firmaremos los dos el artículo?

—Claro que sí, Pancho, sabes que siempre vamos juntos... ¡Niño, otro reparo!

—Muchas gracias, Rancho, estos encuentros son siempre remuneradores.

—Brindemos por eso, que los bombos mutuos nunca nos abandonen.

Nota sobre los personajes

Plaza Segura: esta combinación de apellidos, tan significativa, ha aparecido ya en un libro anterior, todos los derechos están reservados. ¿Era entonces familia directa de Isabel y al mismo tiempo del Embajador?

Pancho: forma coloquial del nombre de Paco Parra, ayudante de contable (nunca aprobó el examen final, aunque se solía presentar como profesor de Comercio), animador socio-cultural del barrio del Alto y gran amigo —o eso cree él— de Rancho.

Rancho: forma coloquial del nombre de Toni Martín, censor en varios medios escritos de la región y colaborador ocasional en juegos florales y publicaciones no venales (que, sin embargo, cobraba).

Don Evaristo Plaza, como todos los que han vivido más de una vida, estaba condenado a morir más de una vez. Fundador del periódico (de irregular periodicidad) *El Heraldito Gris* — conocido por algunos como *el viejo heraldito*— allá por 1890, y al año siguiente ya había desaparecido..., más bien habían, tanto el diario como él. No estaba claro siquiera cuándo nació su hija, de hecho era una de las cuestiones a dilucidar por el matrimonio Velmar-Duque. Fundó luego ¡fuego!, el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Valparaíso, sobre el modelo de la Logia de Bisontes Mojados (porque no habían encontrado un preservativo de tamaño suficiente, puede que la alusión les resulte oscura pero el chiste es viejo, prehistórico, pregunten a un etnógrafo, o a un arqueólogo, o a Arquíloco, o a Pedro Picapiedra). En un giro irónico del destino, sus colegas no pudieron evitar el incendio de la bric-barca Blanco Nuclear, torpedeada por el *destroyer* Liberal Lynch, de la escuadra del caudillo Arensibia. Sí, es lo que tienen las guerras civiles, este liberal Lynch era pariente del Embajador y por tanto también, en tercer grado, del poeta. Aquí empieza el misterio, ¿murió Plaza en el naufragio, como reza la ortodoxia historiográfica?, ¿o tal vez se salvó de milagro y emigró al país transcordillerano y desde allí a Europa? Seguramente el «legado Plaza Valdés» podría aclarar este extremo, incluso el hecho sorprendente de que una vida tan agitada —ya era soldado a los veinte años, en la guerra contra Perú— le permitiera el tiempo necesario para escribir una obra que, si no extensa, era por demás reflexiva e influyente. Por supuesto el vate chileno era conocido sobre todo por haber acogido a un Rubén Darío, también de veinte años en su país y en su periódico... lo demás era casi todo enigma.

38.2.3. El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.

¡El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!

Nota bene. Deyanira.

Deyanira, hija de Altea (perteneciente, por tanto, a la comunidad autónoma de los Países Valencianos, como su biógrafo Apolo D'Or, hermano de Marina). Casada con Ercole del Río (del río Waterloo si ustedes me siguen), tuvo con el héroe un hijo filipino llamado Ilo-Ilo. Su anécdota más conocida, dado el carácter filo-textil que ya se adivina en el filial nombre, es la relativa a la túnica envenenada: llevada de su afición a los ríos, Deyanira aceptó la ayuda del centauro escabify para cruzar el Veneno, en cuya lejana orilla la esperaba Ercole (comiendo una pera ercolina, somos adictos a la verdad histórica); el centauro murió por efecto de los altos niveles de contaminantes del agua —metales pesados y nitritos, sobre todo—, ella guardó un poco en un vial, phial, poco de fiar, y cuando su marido empezó a tontear con unas semidiosas

que por allí había (o eso nos cuenta el retrato machista y heteropatriarcal de O. Vidiu), la vertió en su túnica con la complicidad del criado Lycar, secretamente enamorado de Deyanira. Se han conservado al respecto los veros versos:

*Who perished for the lovely Dejanira,
And for himself, himself did vengeance take
And he in the midst...*

Pero la lectura está corrupta, corrupta, y la transcripción es un infierno.

TERCERA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO I. ORILLA

Caminaba por la Orilla del Adarve, adarve de la muralla de tierra, tierra arenisca, desgastada, yerma, erosionada por el viento de levante y la salinidad del mar. Con su bastón al sol, dando la vuelta por la puerta de San José, subiendo frente al *Mare Nostrum* (no es un tópico utópico, es un restaurante). Oye graznidos de gaviotas —alguna de patas amarillas, como elegantes decimonónicos con guantes de cabritilla—, risas de niños, tal vez alumnos del patronato, voces de vendedoras «el ajo gordo *colorao* de las pedroñeras, *mujeres no quereis ajos...*», oye pero no escucha, hasta que escucha una voz que no debería oír, ¿su voz?

—Abuelo...

—¿Abuelo?, ¿abuelo yo? ¿Quién habla, quién le habla al pobre Rafael Sánchez que está solo en esta isla desierta, esta península cartaginesa, este «puerto a cuyo sin igual...»?

—Soy yo, abuelo, el hijo de tu hija, tengo cuatro años, ya sé hablar...

—Me han dado ya el alta, ilustres neurocirujanos, cardiólogos, otorrinos (Respighi), el docto doctor Cabezas, la Royal Society, cesta y puntos, López Iborra *et al.* ¿Y ahora oigo voces, veo muertos, siento amor por un *flatus vocis*, experimento un ataque de autocompasión, un arranque de autoindulgencia (me temo que va a haber muchos en este texto)? ¿Eso es lo que he ganado en tanto tiempo de convalecencia, de viajes, de cambio de aires, de alimentos sanos, de reposo activo? Oigo voces en una ciudad de provincias, de unos 130 000 habitantes, de unos dos mil años de antigüedad, ciudad departamental, sobre la que escribieran Plinio (no sé si joven o viejo), san Isidoro, Hazim, Cervantes, el licenciado Cascales, Sender, Pancho y Rancho... Es una triste broma, un flaco consuelo, una jugarreta impropia de un novelista serio, con su psicología y su construcción de personajes mediante el diálogo.

—Abuelo, deja de decir disparates, te estoy hablando yo, ¿no creerías que la muerte era el final? Para ese viaje no hacían falta ni dos alforjas ni dos libros. Soy yo y no vas a poder callarme como a uno de tus pobres personajes en busca de autor: soy una voz externa, no dependo de tus trucos autoriales, ni de tus talleres de escritura creativa. Soy yo. No te puedes escapar del pecado original, del pecado de la generación. Se es padre o abuelo o hijo, si a eso vamos, por toda la eternidad, una eternidad en la que existen también los no nacidos, los muertos al nacer, las vidas que no hemos contado, los muertos con los que no contábamos, eternas sucesiones de vivos, sucesión de Fibonacci, conejos en Iberia, las consecuencias de las acciones que no acometimos, los efectos de causas implícitas, los escolios a textos no escritos, las excusas de pecados que no cometimos, el perdón a ofensas que no nos infligieron nunca.

Coincidirán conmigo (o tal vez no) en que para cuatro añitos el crío aquel —un niño muerto, si es que han oído a Mahler— no hablaba del todo mal. Es idéntico a su abuelo, que por escrito parece un Séneca (a risa lo toma la gente pero a mí me da pena y me causa un respeto imponente) y hablando, un niño pequeño, un Demóstenes sin guijarro en la boca, un demóstenes amigo de don gato, un personaje de dibujo animado, cultura pop. Ya no habló más por entonces y Rafael, callado y escondido, se quedó frente al antiguo Colegio de Guardiamarinas (otro C.G. que cumplía dos siglos y medio), siguió un rastro de arenisca desprendida de la restauración del Gobierno Militar, bajando hacia el muelle por la calle del Cañón —porque allí hubo uno que daba la hora a las doce en punto, con exactitud kantiana, hasta que la sirena de los Astilleros de Bazán lo hizo innecesario, Bazán, don Álvaro de, marqués de Santa Cruz, que se hizo un chalet en el Viso, porque pudo y porque quiso—, esquina a Príncipe de Vergara donde se acaba de abrir la Cafetería La Cerillera, como el cuento de Andersen, porque también se cumple (somos ricos en efemérides, bueno, dos efemérides) un siglo de la visita del danés a aquella ciudad costera, provinciana, llena de cajas de ahorros y de agentes socio-culturales. Entró en el local y pidió:

—Un cortado y el periódico, por favor, *La Ocasión*.

Entiéndanme, señoras y señoritas, aquel no era exactamente un local para tomar café. La Cerillera en cuestión vendía tabaco, puros (sí, todavía cubanos) y puede que algo más a una clientela compuesta por marineros y prohombres de la burguesía local —en horarios diferenciados, nada de mezclas—, su socia, *la niña de los fósforos*, era una bailaora madura, con muchas horas de vuelo y un cuadro flamenco que montaba (perdón por el vulgarismo) juergas en fines de semana y fiestas de guardar, juergas donde se encontraba de todo, hasta barquillos de canelilla y ya hemos dicho que los barquillos serán importantes, están volviendo a hacerme repetir las cosas, me temo lo peor. Pero a aquellas horas —son las cinco y cuarto—, Carmen la cerillera está sola, y Rafael ha iniciado una cierta amistad con ella. Está sola y, mujer de mundo, se da cuenta de que él también quiere estarlo, sin hablar, o tal vez hablando consigo mismo mientras lee el periódico. Le tiende un paquete sin filtro (aunque bebe café lamentamos decir que ha vuelto a fumar tras su reciente alta médica, ese es el destino de los convalecientes) y una carterita de cerillas con publicidad del negocio, algo relativamente nuevo en aquella ciudad, un adelanto de la Agencia de Publicidad Escudero, calle Escorial, 11. Aún más reciente es la cuña radiofónica que Carmen y su socia María Pastora han contratado en la emisora local LJ, un feudo de pancho y rancho, pero la radio de pared (modelo 1954) no suena: sabemos que están con la sección de discos dedicados hasta las seis «de Salvadora para su marido Agustín, que está destinado en Vigo, para que vuelva pronto, y besos de su hijita Dori, que cumple tres añitos, le dedico *Ojos Negros*, que tanto le gusta». Aunque no se escucha (tampoco la voz de su nieto, si a eso vamos), justo al acabar la canción Rafael levanta los ojos de la crónica de la corrida a la que asistió ayer y pregunta:

—Carmen, nueve letras, al revés nombre de mujer, empieza por ene.

—Fácil —responde ella—, Noicaroda=Adoración, Dora como la niña-mujer de David Copperfield, Dori como la niña de Salvadora y Agustín, Dorita como la chica del mago de Oz.

—¡Vaya! —le contesta él—, ese cursillo que hiciste para ambientar el local con motivos literarios te ha dado buen resultado.

—Ya sabes que los profesores eran Pancho y Rancho, tampoco se puede esperar gran cosa,

una tenía estudios antes de ser autónoma.

Tal vez Rafael se extraña de aquella autonomía femenina o piensa que los cursos de literatura de Rancho pueden ser menos perjudiciales que los de contabilidad de Pancho, o piensa en el café, que se está quedando frío. Porque ya son las seis y ahora le pide a Carmen que ponga la radio para oír el comienzo del programa del argentino Pepe Iglesias, el Zorro: *yo soy el zorro, zorro, zorrillo, para mayores y pequeñitos...* que le hace pensar en otro argentino, Miguelito, que debe de andar ahora por la Pampa, de vuelta a su patria con el general Rodríguez, que ha vuelto al poder, y su niño Sebastián, que ya es casi un hombrecito y tira piedras a los pájaros. ¡Qué magnífica alineación aquella del 57!, piensa como el veterano forofo que magnifica las hazañas deportivas de su juventud, frente a la macanería de los actuales ejecutantes, flojos y mercenarios, que deshonoran el escudo sesquicentenario que portan en la camiseta.

Está esperando a un conocido reciente, Pepe Antúnez, base de baloncesto y empleado de banca en la Caja de Ahorros del Sureste de España (CASE), *just in case*. Llega atildado, con pajarita y un pañuelo en el bolsillo de la americana de rayadillo, tropical en la primavera que en su otoño ya es casi verano (el otoño de la primavera de ¡uy! Zinga), tal vez en los primeros segundos del tercer cuarto de un partido de la NBA, tal vez pensando en Bill Russell, que ha vuelto a ser el jugador más valioso. Y es que Antúnez se las ha arreglado para que el banco reciba la nueva revista *Cesta y puntos*, con todo tipo de estadísticas sobre el juego: puntos de los suplentes que han salido del banquillo después del descanso, porcentaje de acierto de los aleros tras recuperación del balón en campo contrario, minutos jugados por el base titular en la fase regular *vs. play-offs* (le encantaba esto de interpolar anglicismos), etc. Precisamente seguía aquellas estadísticas para tener material en sus clases particulares —era la competencia de Pancho, por lo que se odiaban cordialmente—, que impartía por las tardes (de allí venía) a jóvenes aspirantes a la Armada, a entidades bancarias o a alguna de las incipientes industrias que surgen al amparo de la Refinería de petróleo y del polo de desarrollo económico que aquel López, amigo de su amigo Lalo Mon, está sembrando como micelios en lugares estratégicos de la geografía patria [*sic*].

9.6. 256. Es la casa-madre, la cuna del poder de los Rothschild.

Rafael no quiere ahora hablar de baloncesto, sino de la posible financiación de los escritos del poeta Plaza por parte de la entidad bancaria (*just in case*). Sabe que el diario pretende hacerse con la exclusiva por medio de Pancho y Rancho, organizando un encuentro de presuntos eruditos para hacer de menos el papel de Velmar y Duque.

Datos adicionales

En la temporada 61-62 de la NBA, los Boston Celtics acabaron con un registro de victorias y derrotas de 60-20, por delante de Los Angeles Lakers con 54-26. Los de Massachusetts, dirigidos por Red Auerbach, contaban con Braun, Butler, Cousy, Guarilia, Heinsohn, los Jones (KC y Sam), Loscutoff, Philips, Ramsey, Sanders y por supuesto Russell. Auerbach consiguió en sus veinte años de entrenador, antes de pasar a ser ejecutivo, un balance de 938 a 479 o lo que es igual, ganar dos de cada tres partidos. Russell, que disputó 963 partidos oficiales, promedió 15 puntos y unos increíbles 22 rebotes. Creo que aún vive pero, ¿dónde está la clave, en los números

o en las citas? ¿Es un sistema alfanumérico o de doble entrada? ¿Es este un libro en clave o la clave está en otro libro? Veo que empiezan a ponerse nerviosos.

Rafael tenía que completar un amplio circuito para volver a su alojamiento, entre los montes Sacro y Cantarranas, cerca del Castillo de los Moros (luego le cambiaron el nombre, claro, como al Molinete, como a las calles y plazas, bustos y fuentes). En la calle del Pozo, estrecha y tortuosa, dominando otra muralla, la de Tierra, sobre la explanada donde se asentaba —nunca mejor dicho— la lonja de frutas y verduras. Andersen, cuentista al fin, mezcla noticias y sueños, descripciones y rumores, ve los colores pajizo y rojo, sequedad ajena a su tierra dinamarquesa. Viene con cartas para el cónsul de los países nórdicos (aún Noruega pertenece a la corona sueca), que intenta embarcarlo rápidamente para que prosiga viaje, sabiendo que el escritor ha pasado seis semanas en casa de Dickens, hasta agotar totalmente su no sobrada paciencia (además de que el inglés desconoce absolutamente el danés). Todavía no ha nacido el príncipe Carl, que será en otro siglo rey Haakon, pero ya ha nacido el poeta chileno. Es curioso, pero Rafael tiene que ver a otro cónsul, Kierkegaard [no se llama así pero es cónsul danés, actividad de cierta importancia por el tráfico marítimo del puerto y que compagina con la de crítico en el suplemento cultural de *La Ocasión*]. Sube con trabajo la cuesta del carbón, con su gasógeno rojo y un almacén de patatas al pie, allí se ha instalado el teatrillo de Manolita Chin-chón, espectáculo sicalíptico y competencia del local de Carmen y Pastora. Sí, la ciudad es un pequeño antro de perdición, tanto marinero, tanto joven obrero industrial, tanto ir y venir de barcos mercantes, tanto gaviero subiendo a la cofa; Rafael sube, apoyado en su bastón —casi ha dado una vuelta completa a la ciudad, que aún no dispone de ensanche—, por la cuesta terrosa, casi en sombra, desgastada por miles de pasos, miles de años, miles de huéspedes que se han alojado en la pensión Rosarito, habitaciones con vista al exterior, tres plantas, tejado plano con lavadero, limpieza (casi) diaria. Cuando va a acostarse escucha cercana una guitarra y un cante por cartageneras:

*Un lunes por la mañana /los pícaros taranteros
les robaron las manzanas/a los pobres arrieros
que venían de Totana.*

TERCERA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO II. LA PRINCESA DEL PUEBLO

19.23.6. ¡Pobrecita princesa de los ojos azules!

Nacidos en Cartagena con cuatro años de diferencia, Velmar y Duque eran entonces cincuentones de reconocido prestigio, pasadas ya las habladurías sobre su papel durante la guerra. Vivían desde poco antes en la planta noble de un sólido caserón, hacia la mitad de la calle Cuatro Santos, después de su juventud en la calle de la Palma. Ella presentaba un aire de matrona romana, algo más rotundo de lo esperable a su edad; él seguía siendo menudo, casi huidizo, tal vez recordando los tiempos de exilio interior a comienzos de los 40. Doña María Teresa era un torbellino de actividad: secretaria perpetua del Círculo Literario de Mujeres, co-directora de la Universidad Popular Isidoriana (por el actor Máiquez), patrona de la Fundación Ros de Olano (por el pintor, recientemente fallecido, cuya casa habían heredado), mantenedora de los Juegos Florales de Portmán (con su amiga de la infancia María Chaparro). Don Avelino, poco amigo de cargos, desempeñaba no obstante todos los que le estaban vedados «por su condición femenina» a su esposa: secretario del Ateneo Literario-Histórico y del Círculo del Casino Marqués de Chantilly (un noble dieciochesco que había instituido unas mandas en agradecimiento a la curación milagrosa de su hijo aquejado de tosferina), jefe de estudios de la Real Sociedad Económica, jurado de las veladas marítimo-festivas (que estaban próximas, para la Virgen del Carmen), etc. En algunas de estas múltiples encomiendas les escoltaban Pancho y Rancho, en otras los tenían enfrentados por temas de patrocinios y precedencias. Era aquella, lo hemos dicho, una ciudad de provincias, y no alcanzaba para todos.

Ella llevaba unos lentes de picuda montura con correa de cordobán trenzado, resaltaban sus ojos de azul profundo, escribía unos poemas bonitos y, generalmente, tristes:

*Tal que ayer eras tú, y yo era yo,
Ahora, somos dos, tú y yo, ¿qué pasó?
Pasó la brisa sobre una playa,
Playa del puerto de Mazarrón.
Mañana iremos, juntos los dos,
Hasta el muelle del Espalmador
¡la brisa sopla entre los dos!*

Él solo había escrito los ocasionales rípios de enamorado veinteañero y alguna composición anacreóntica desde el frente (no muy cerca, sus propias gafas de miope ya entonces le habían impedido labores de combate, lo que seguramente le salvó, dos veces, la vida). Se dedicaba a la teoría literaria, y eso le había permitido participar en el rescate del «legado Plaza» que es, al fin y al cabo, lo que a ustedes debería importarles. Esa dedicación le puso en conocimiento de la visita a España del vate chileno, su *amor fou* por una chica de «clase social baja» y el nacimiento de una hija (Paquita). Lo que no podía conocer —o tal vez sí— era que había una Plaza Segura viva y coleando, Isabel (vid. *El hombre de negro*), enfermera a la sazón en el Hospital de los Llanos de Albacete (murcia dos, murcia y Albacete, si ustedes me entienden). Yo sí lo sabía.

Diálogos adicionales

—Lino, dijo María Teresa, con un leve ceceo (realmente muy leve en esta sola palabra), ¿cuándo va a publicar la Real Academia los papeles del vate?

—Cuando Dios quiera, como todo lo que hace la docta casa.

—Me preocupa que alguien se adelante, tú eres muy bueno, las mujeres somos más desconfiadas. Por ejemplo, esos Pancho y Rancho que siempre van juntos me dan mala espina.

—Pero tienen buena relación con el periódico, repuso Avelino limpiando sus lentes con un movimiento circular tan lento como el tiempo.

Y empezó a llover como solía en las fechas cercanas a las fiestas del Carmen y Santiago, arruinando a veces la velada marítima, una suerte de batalla de flores a bordo de pequeñas embarcaciones deportivas alrededor del puerto, con lectura de poemas y todo. Llovía y las cuevas terrosas que salían de la pensión Rosarito se desmoronaban plácidas en churretes grumosos, llevando barro y hojitas secas (ahora mojadas) hasta la carpa del Teatro chinesco, llovía y las alcantarillas de la calle del Carmen rebosaban, desbordando los portales de confiterías y tiendas de electrodomésticos —alguna propiedad de un familiar de Avelino—, llovía y los partidos de baloncesto en pista al aire libre tenían que suspenderse, arruinando así las estadísticas que colecciona Antúnez. Una mezcla de hollín, tierra de patatas, arenisca desprendida de muros civiles y militares, arena del tiempo milenario, restos de sacos terreros preparados para nuevas obras más allá del paseo de Alfonso xiii, detritos varios, *debris*, lluvia como lágrimas de un abuelo sentimental que se pregunta dónde vive ahora su nieto muerto y si habrá visto a su madre (a la de él). Desde un limbo te miro, pequeño, como miro con incredulidad este cuarto alquilado, esta ciudad ajena, una carta doblada en la mesilla, un vaso de agua pintado por Ramón Gaya, como escucho el rasgueo de una guitarra y el canto doliente de los Piñata, matizado, «franelado» por el velo de la lluvia que deslíe los colores y conforma los sonidos, lluvia crismal, eucarística y breve, lluvia tal vez de inocentes y culpables por igual. Tendría que investigar si aquella Plaza Segura tenía que ver con la otra, si la historia se repite, primero como farsa, luego como número sicaláptico de cabaret. Una misión que cumplir.

Por el momento tiene que volver a bajar la cuesta, dejar enfrente el parque de Artillería, con su peligroso tráfico, doblar por la Serreta, donde se para a contemplar el escaparate de la librería de Alcaraz, pasar por delante de la Caridad, con su cúpula a escala de San Pedro, desembocando a Cuatro Santos por la plaza del Inmaculado Corazón, con su estatua nuevecita..., en esos días

casi ha dado la vuelta completa a la ciudad departamental, pero Rafael no sabe —nosotros sí— que pronto (en términos geológicos) el parque será un museo, la librería estará en otra calle (con nombre de un pintor que trabajó en el interior de la iglesia, ahora Basílica), la plaza se conocerá con un nombre jovial, y los Velmar-Duque no vivirán ya en dicha calle, habiendo pasado su legado a un local municipal construido sobre unos terrenos que en ese momento ni siquiera existen, y que se llamará, curiosamente, como el discípulo del pintor Ros de Olano. Yo querría, ya que hemos hecho el gasto en documentación, contarles algo de las pequeñas tiendas que punteaban el barrio: las carnicerías donde se compraba a diario porque no había neveras, las alpargaterías que atendían al público del centro y a los que llegaban en guaguas a la plaza de los Carros «vamos a bajar a Cartagena, decían, como si vinieran de la Antártida», las confiterías más o menos lujosas (agujas de ternera, barquillos de merengue, la novedad de los exploradores...), los almacenes y fábricas que las atendían (la de hielo, la fábrica de la luz, el almacén de plátanos de Canarias que llegaban por barco en ramas enteras de cincuenta kilos que descargaban, doblados por el esfuerzo, obreros de saco sobre cabeza y espalda (como monjes entregados al *labora*). Pero Rafael poco sabe de todo esto, va pensando en la coincidencia, imperdonable en una novela, inevitable en la vida, la vida que te di, entre la hija del poeta y su vieja conocida Plaza Segura, la amiga de Victoria (tal vez el secreto de Victoria). Era sabido que el poeta se había enamorado de una española, de origen humilde, casi analfabeta, la única mujer con la que había tenido hijos y a cuya compañía siempre había vuelto, por confusa y estropeada que hubiera sido su corta vida; la única en quien había confiado para dejarle su legado, lo permanente en la contingencia que dominara su existencia (me estoy poniendo decimonónico), legado que luego pasara a su hija Paquita, la princesa del pueblo, como había titulado unánime la prensa en el momento de su «descubrimiento» por nuestro matrimonio de eruditos cartageneros.

Eruditos que no estaban en casa, según anunció la diminuta muchacha de servicio, una joven procedente de La Unión, familia lejana de la amiga de doña María Teresa, María Chaparro, y que atendía por el hipocorístico de Gracita. Por cierto que María se había quedado «para vestir santos» porque su única relación masculina conocida había muerto —de tres heridas— durante la guerra. Como no tenía tarjeta que dejar, ni era ya común tal cosa, se despidió con el sombrero y recorrió la calle hasta el cruce de las cuatro esquinas (siempre el número cuatro), donde contempló una vez más las hornacinas de los cuatro santos: Isidoro, Leandro, Fulgencio y Florentina; la piedad popular solía dejar flores, estampas o alguna prenda votiva *memento mori*. Había otros curiosos pasajes o pasadizos en el centro de la ciudad: el pequeño aldeaño a la tienda de José Velasco Cartagena, con su techo acristalado, modesto remedo de las galerías milanesas; el callejón sin salida entre la calle del Aire y la subida a la derruida catedral, con el azulejo de los versos del poeta Monroy, cuyo centenario acababa de conmemorarse (por supuesto habían sido Pancho y Rancho los organizadores); el otro callejón donde formaban los tercios antes de las procesiones de Semana Santa, porque tenía la longitud justa para que los penitentes se alinearan, callejón frontero de la famosa taberna La Uva Santa (nombre que las autoridades eclesiásticas contemplaban con disgusto pero no podían cambiar por la resistencia pasiva del estamento procesional que allí se reunía regularmente), taberna que se puede representar el leído lector como aquella de Matelote y Gibelotte en *Los miserables* de Hugo, donde aparecía por cierto un obispo que..., pero eso nos llevaría demasiado lejos. Casi tan lejos como la plaza de Jaime Bosch, donde se podía admirar el busto del poeta Monroy, obra del escultor Ketterer, gran amigo de los Velmar-Duque, que solían alojarse en su casa barcelonesa

cuando viajaban a la Ciudad Condal. Pero no tanto como el cementerio municipal, en cuyo panteón dedicado a Peral también trabajara Ketterer, bajo proyecto del arquitecto Beltrí.

Datos adicionales

José Monroy. José Martínez de Lezuza y García de Monroy, nacido y muerto en Cartagena (1837-1861). Protegido de Castelar —el futuro presidente de la I República— y de Hartzzenbusch (autor de *Los amantes de Teruel*). Su oda *El genio*, recogida en 1858 por la publicación periódica *La Crónica de Madrid*, tuvo un éxito solo comparable al del joven Zorrilla años antes ante la tumba de Larra, de forma que fue destacado por medios tan distintos como *La Discusión*, *El Cartaginés*, *La Esperanza*, *El mundo pintoresco*...de su calidad e inspiración puede dar pálida idea la siguiente estrofa:

“con el rico tesoro
de mis hebras de oro
su dulce lira fabricó el Parnaso,
el eco de mi voz fue la armonía,
y guirnaldas de nubes, a mi paso,
el coro de los ángeles tejía”.

SEGUNDA PARTE. LA CIUDAD. CAPÍTULO II. BARES

Si quisiéramos encontrar a alguien en Cartagena, tendríamos que ir a sus bares ¡qué lugares! Si quisiéramos encontrar a Pancho y Rancho (no es el caso, no es el CASE), haríamos bien en ir a El Cantón, por la calle Jabonerías, límite del barrio de San Roque —y no es que insinuemos que estos dos no tienen rabo—. Allí suelen montar largas peroratas cuando no saraos con autores primerizos a los que sacan los dineros (pocos) con improbables promesas de gloria literaria y segundas ediciones, o recitales de versos cojos y canciones sin melodía, o exposiciones de acuarelas reseca con flores que siempre se tuercen hacia la derecha. La camarera, Violeta, les pone un par de cañas y se despreocupa de su conversación, siempre la misma:

—Oye Pancho, eso del primer evento mundial de las Cartagenas del mundo, ¿cómo es?

—Mira Rancho, me he dado cuenta de que nadie ha reunido testimonios literarios de los distintos países que tienen ciudades llamadas Cartagena. Le podemos sacar un buen pico al ayuntamiento con eso de los hermanamientos y aprovechar para meter los libros de los amigos. También sacaremos lo del poeta chileno, acabo de encontrar un pueblo allí: Cartagena, ciudad balneario en las cercanías de Valparaíso.

—¡Qué bien!, regurgitó Rancho, precisamente por allí anduvo Plaza poco antes de su muerte. Pero, ¿tendremos la aquiescencia de la hija? Creo que está muy influida por la «pareja feliz».

—No importa, repuso Pancho, dado el carácter patriótico del evento y el apoyo del concejal Rastrillo no habrá problemas, si no quieren intervenir, no saldrán en la foto.

La «pareja feliz» eran Velmar y Duque, cómo no, quienes se referían a Pancho y Rancho exactamente en los mismos términos. Todo era felicidad en aquella ciudad de bares variados. Pues si queremos ahora, levantando tejados cojuelos, buscar a Teresa y Lino, debemos acercarnos al *Puerto Rico*, no el del barrio de los Dulces, ese es de otra Cartagena, tal vez interese a Pancho y Rancho; este se encuentra cerca de la casa del matrimonio, entre la Caridad y San Diego, esquina con esa plaza del Lago por la que hace poco ha bajado Rafael, que sigue andando, ajeno a las coincidencias de las dobles parejas. Este local está recién abierto, a imitación de los *diners* americanos, y tal vez por eso gusta a nuestros poetas, que recuerdan su estancia en Estados Unidos, cuando conocieron a Cela y a Torrente. Pueden jugar a dejar poses hopperianas tras los bruñidos cristales y, se quieren, manitas de cuando en vez, si es que Paco Galiana, el camarero jefe, no está mirando. Cuando no lo hace es porque canta, con voz de barítono, romanzas de zarzuela como *Soldado de Nápoles* o *Los gavilanes*.

Rafael está, a su vez, en la Bodega Nicolasa (fundada en 1939, año muy fundacional en la ciudad) probando el mosto. Mosto al que era muy aficionado el cónsul (al que llamaban Kierkegaard pese a no ser su verdadero nombre), Rafael quería hablar con él, no en su calidad diplomática sino como redactor de las páginas de cultura de *La Ocasión*, al menos de aquellas que no colonizaban Pancho y Rancho. El danés es un hombre avejentado por su cabellera lacia y blanquecina, la piel estropeada por el sol levantino, lentes redondos y nariz de bebedor. Aunque tiene cierta lealtad con su medio, Rafael sabe pulsar algunas teclas por sus conexiones gubernamentales, al fin y al cabo Kierk vive de sus relaciones con los consignatarios navales (Fred Olsen *et al.*) y sabe que las buenas relaciones con el Ministerio son fundamentales. Le confirma que se prepara un especial sobre el legado Plaza, y que un Congreso el año próximo reunirá a los amigos de P y R en torno al ayuntamiento, gracias a la amabilidad del concejal.

Pero esto nuestro hombre en Cartagena (España) ya lo sabe, empieza a sentir el resquemor acre que le asalta siempre pasado el primer momento de entusiasmo por sus misiones: un convencimiento de ser el hombre equivocado en el momento y lugar erróneos, un pesimismo de siglos, una incredulidad de leyenda negra. Ahora sigue andando desde la Serreta, pasando por Caridad y Risueño, hacia la plaza de la Merced, pensando en el Comandante Villamartín, que allí tiene dedicado un busto. Otra víctima del tiempo y la fortuna, casi coetáneo del poeta Monroy, otro busto desconocido, otro hijo predilecto de una ciudad que los lanza al mundo indefensos, para después rendirles homenajes póstumos. El autor de *Nociones del Arte Militar* (1862), otro centenario, caballero de la Orden de Carlos III, Legión de Honor concedida por Napoleón III, también estuvo en Cuba, como los queridos capitanes Ripoll, como ellos, tiene una calle, casado (curioso) con la hija de otro cónsul, el de Francia, padres de una niña muerta, como su hija, como su nieto, tantos muertos, tanta estatua, tanta arena del tiempo, tanta calle empedrada con sus nombres que ya no dicen nada, tanto presunto personaje de novela histórica... Habría todavía un cuarto bar, el Ideal, pero dejemos que sea el poeta quien nos hable de bares reales:

226.7.3 Hemos entrado en un bar, o cosa por el estilo, que hay cerca de mi hotel...

Y allí bebieron *whisky-and-soda*. Y hablaron de vinos de España y de champán francés, de mujeres de Arabia y versos de América, de tierras de sol y mares en sombra, de cantos de vida y esperanza, de muerte y desesperación.

Y un niño me llama —¡abuelo!— y yo sigo andando hacia otro busto, hacia la plaza desde donde ya se divisa la estación del tren, tren que habrá de tomar para ir al encuentro de un erudito de otro tiempo, un profesor manchego, don Daniel Barriocanal, pero eso será otro día, de momento sigue oyendo una voz infantil que le habla de su madre (de él) y de su propia madre. Madre, puedo sentir el suelo hundirse bajo mis pies, ese suelo arenoso, de aluvión, suelo ganado al mar desde tiempo romano, suelo tan lejano del atlántico donde los *poldersgan* también terreno al mar, ¿ganar? Ganar para perder, seguir remando para morir en la orilla, dormir, morir, tal vez soñar. Calla ahora, niño, y duerme, cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan, cuatro santos.

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO II. BANCOS

Al igual que Fort Lauderdale puede estar en la misma latitud que San Petersburgo (siempre que se elija el apropiado, pues hay varios, como Cartagenas), la plaza sin nombre —por mor de los cambios políticos— que dominaba la estación de ferrocarril (MZA año 1907, edificio modernista del famoso arquitecto Beltrí, sobre proyecto de Peironcely y cerámicas de Zuloaga) podía estar a la misma altitud que la pensión Rosarito; pero Rafael llegaba cansado a esta plaza, tras subir por Cuatro Santos, Duque y San Diego. Se sentó, pues, en un banco cercano al hotel Los Sabandeños, que unos emigrados canarios regentaban desde el final de la guerra. Desde el banco veía, más abajo, la fachada de la estación, pero una fachada distinta a la que viera Unamuno sesenta años antes, cuando llegó a la ciudad para ¡curioso!, ejercer como mantenedor de los Juegos Florales (también curioso que la efemérides hubiera pasado desapercibida a Pancho y Rancho, seguramente poco unamunianos aunque siempre unanimistas). Si hubiese tenido el cuello más largo (no tanto como una jirafa, digamos como un oso hormiguero), hubiera podido ver el mar desde ese mismo banco, pero lo que veía era más bien desolación. Sabía que estaba citando a Henry James, así que igual podía citar a don Miguel, quien había dado su discurso en el Teatro Circo —que tampoco se encontraba entonces donde ahora se alza el edificio homónimo, misterios de las ciudades de provincias—, ante algunas figuras locales plácidas y cándidas, señoritas agraciadas y no tanto (alguna de nombre extranjero, como el barco aquel), discurso intitulado «España y los españoles», tal vez el que pronunciaba siempre que perdía el escrito para la ocasión, al modo del profesor aquel onomatopéyico, natural de la misma latitud que San Petersburgo (que no se diga que me falta continuidad de ideas). Decía el santo varón aquel vascongado que «lengua, derecho y religión son las tres potencias del alma», y que siendo de legado romano era nuestra ciudad señora en su acogida, que el estilo español en literatura es «apasionado, intemperante y excesivo» (como el mío), y que no debía España someterse a la europeización, habló de Cartagena de Indias (igual podíamos meter esto en el futuro congreso ese de literaturas del mundo) y de la unión ibero-americana. Es notable que el mismo alcalde Bruna (con nombre de calle) le invitase al día siguiente a un ágape en uno de los balnearios que adornaban entonces la ciudad, y que numerosos amigos y admiradores lo acompañasen a la estación donde tomó el *exprés* a Madrid, que tampoco ahora existe. Desolación.

Recordaba Rafael al amigo de Unamuno, Vicente Medina, y su desolador poema *La cansera* con el descorazonador estribillo *pá qué quiés que vaya...* pensaba en esos arenales agostados, antes bancales, donde afanarse con el sudor de la propia frente como único riego, para cosechar

un puñado de habas o algún alcacil. Pensaba en el balasto entre las vías del tren hacia Madrid, en las rocas de la costa más allá de Escombreras, que tantos naufragios habían visto ¡naufragios como el de Steerforth!, en las piedras de la muralla púnica, a pocos metros, ahora poco más que arenisca y nada. Desolación. Pensaba (penaba) en el naufragio de su propia vida, en las arenas movedizas que se tragan nuestros esfuerzos baldíos, tanto más aprisa cuanto violentos sean, en los bustos de próceres que mañana serán arena en alguna oscura dependencia municipal y espesa. Polvo, tierra, nada...

—Pero, abuelo, ¡eso no es cierto!

—Si tú lo dices —contestó resignado Rafael—, que había encontrado un cigarrillo. Humo, sombra, nada...

—Yo también he leído a Góngora y a Turgueniev—insistió el repelente chiquillo.

—Muy bien, criatura. Dime entonces por qué estoy equivocado.

—Porque tú no ves sino oscuramente, como por un espejo mal azogado, sin poder entrar en el interior de los demás. Hay más cosas en el cielo y en la tierra...

—¡Vaya!, para estar en «cuartodemuerto» parece que la exégesis bíblica y la literatura las llevas bastante bien, jodido niño... ¿También tengo que querer a Pancho y Rancho?

Se levantó del banco de la desolación y a los pocos pasos ya pudo ver el mar.

IV. 120.2. En la tarde gris y triste viste el mar de terciopelo. Miserere.

Porque ahora es todo cuesta abajo, la cuesta del Batel, con su bifurcación hacia el barrio pesquero o, siguiendo el lienzo de muralla, la continuidad del muelle donde, a esas horas, empiezan a funcionar las atracciones de feria, «los caballitos»: autos de choque, tiövivo, quioscos de fritanga y puestos de algodón de azúcar, la caseta de la buena ventura y una novedad mecánica, un brazo articulado que funciona con monedas y que, de ser manejado diestramente, arroja regalos de bisutería y oropel, guardianes del reloj dorado que, siempre en su centro, desafía los intentos de los afanosos jugadores; escopetas de aire comprimido y la tómbola «siempre toca, si no un pito una pelota». Desolación, salmodia, canción triste, *singing the blues*, al final del muelle las taquillas de los barquitos (las gaviotas) que dan vuelta a la bahía, hacia la luz invisible del faro de Navidad, y las listas de muertos de Cuba y Cavite en el punto más bajo, volviendo a subir por Cañón —los cañones que faltaban al almirante Cervera— hasta volver a La Cerillera, ya más animada. Le espera Antúnez ante un asiático y Rafael pide un reparo, como los de la señora Campbell (a falta de una lata de sopa).

—¿Tú crees que Pancho y Rancho tienen algo bueno? —empieza bruscamente, como queriendo apagar con la intemperancia la posible intervención de su nieto.

—Pues claro —responde Antúnez, guardando unos pliegos de estadística—, dan de comer a varias personas (además de la encantadora señora de Rancho, Pancho es célibe). Por ejemplo al cónsul Kierkegaard le pagan un duro por cada reseña en *La Ocasión* o presentación con público. En realidad el dinero sale de sitios muy variados: el ayuntamiento, los mismos autores... pero ellos lo hacen circular, son una especie de Mercurio siamés, mensajero y comerciante.

—Eso es como decir que cuanto más tramposos son más bien hacen...

—Bueno, es una máxima interesante desde el punto de vista moral, pero ¿lo preguntas por algo?

—Sí, bueno, vosotros sois competencia con lo de las clases, ¿no?, quería comprobar si podías juzgar objetivamente su comportamiento. Pronto tendré que ver a un experto, el profesor Daniel Barriocanal, profesor albaceteño, y para entonces me gustaría haberme hecho un retrato cabal de la situación en esta bendita ciudad.

—¡Bendita, dices bien! —exclamó Antúnez mientras repelaba la leche condensada del fondo de la copa—. Siempre he pensado que es un lugar demasiado cómodo, cálido, lánguido [estaba citando a alguien] que da un paisanaje apoltronado y encantado de haberse conocido; el que hace aquí algo es que viene de fuera, y el que pretende hacerlo tiene que salir. Como tú eres forastero supongo que algo querrás hacer...

—Pues sí, tengo una misión, pero es confidencial. Por cierto, tú querías que diera unas clases a tus alumnos, ¿no?

—Sí, son alumnos de estadística, pero necesitan saber algo de historia de la ciencia y de procedimientos de muestreo, supongo que en tu experiencia habrás «tocado esos temas».

—Ya ni recuerdo qué temas no habré tocado...¿cómo se llama ese garito tuyo?

—No es mío —rechazó Antúnez—, se llama como su dueño, Academia Torrente.

Cuando su amigo se marchó, Rafael cambió unas palabras con Carmen, pero el bullicio de esas horas, medio alcohólico y medio flamenco, no nos ha dejado oír su conversación, ¿es que «se entienden» como se suele decir? Hay muchas cosas que no sabemos. Paciencia.

CUARTA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO I. VIAJES

Para ver al profesor Barriocanal, Rafael tiene que tomar un expreso a Murcia (del Carmen), mientras su interlocutor, procedente de Albacete, tardará un poco más —a causa de la malhadada variante de Camarillas—, por lo que han quedado en la librería de viejo Luis Candelas, a la sombra de la sedicente catedral de Murcia (ya la de Cartagena, sede primada, es poco más que tierra y polvo tras los saqueos del 36 y los bombardeos del 37). El camino a pie es poco atractivo (torre de Romo, El Rollo, puente de los Peligros, plaza de la Cruz) así que toma el tranvía del Carmen hasta la Gran Vía de José Antonio. Nunca le ha gustado el famoso imafrente, y prefiere los pequeños comercios alrededor del hotel Victoria o los tradicionales establecimientos del inicio de Trapería; las campanadas le sorprenden mirando el escaparate de la librería donde, sorprendentemente, se exhibe un privilegio rodado del rey Sancho IV.

—Espero que sea falso —irrumpe Barriocanal, que ha llegado sigilosamente y le saluda con el sombrero, coronamiento de su impecable atuendo que en el extremo opuesto culmina en unos pequeños zapatos de charol (el profesor es diminuto, y la edad le ha encogido todavía más)—. Lo curioso es que, sea ilegal por auténtico o por contrahecho, se tenga a la vista de cualquiera.

—Bueno, responde Rafael, nunca hemos sido muy estrictos con el tráfico de documentos, como bien sabe usted.

Y es que don Daniel es —o ha sido, ya está oficialmente jubilado— uno de los mayores expertos en falsificaciones, supercherías, heterónimos y otras trapacerías literarias. Ahora vive, como hemos dicho, en Albacete, por prescripción facultativa (se supone que el clima continental extremo le sienta bien para combatir algunos achaques fruto, más que de la edad, de su extrema pequeñez) y en Albacete, precisamente, ha conocido a Isabel Plaza, enfermera en el Hospital Virgen de los Llanos de aquella localidad, adonde el profesor acude con cierta frecuencia para sus chequeos rutinarios —es propenso a la hipoglucemia, y ahora que dice *hipo-*, se acuerda Rafael de ese personaje de animación, el simpático Mr. Hiccup, tan parecido en su extrema cortesía a don Daniel—.

Se acercan de nuevo al Hotel Victoria, donde ya ha llegado su equipaje, y el erudito saluda a un conocido que también se aloja allí: el médico obstetra y ginecólogo Luis Ripoll, que ejerce entre Jumilla y Yecla, y ahora asiste a un Congreso sobre la materia en el nuevo Hospital *La Resaca*, por el barrio de Vistabella (denominación optimista). A Rafael le choca la identidad del apellido con la de otro médico de hace setenta y cinco años ¿un antepasado tal vez? Él se aloja, más modestamente, en la pensión Peninsular (P.P.), bajando por Gran Vía, entre Santa Isabel y

San Nicolás; hoy tienen la inevitable sopa de letras y pescadilla que se muerde la cola, así que decide comer con don Daniel en La Huertecica, local que ostenta unos hermosos lebrillos (grandes recipientes de arcilla donde se exponen viandas típicas: habas, morcillas, longanizas, pimientos morrones, limones dorados) y de cuyo techo cuelgan jamones curados y morcón de la última matanza. La conversación recae, inevitablemente, en las falsificaciones:

—¿Cómo se interesó usted por Hernández, don Daniel? Al fin y al cabo era más joven que usted... (puede que este recordatorio no fuese demasiado cortés, pero era cierto: Hernández nació en 1910, y el erudito podía ser coetáneo del Caudillo).

—Pues—contestó el sabio en una pausa de su elaborada toma de la sopa de menudillos, mucho más sustanciosa que la de la pensión—, me puso sobre la pista un sacerdote, el padre Francisco Javier Oliaga, navarro, que andaba por Burgos en el año 39, cuando se juzgaba el caso del pobre poeta. Le había llamado la atención (otra pausa tras llenar la cuchara «hacia fuera», con gesto anglosajón, y llevarse la servilleta a los labios) su obra *Celestial Eclipse*, esa que dice...perdón, cito de memoria:

*Cereal geometría de la tierra,
la celeste substancia
oculta su presencia,
en una sombra blanca.*

Y yo, modestamente, ya tenía cierta fama en estos menesteres. (Había conseguido terminarse la sopa mientras recitaba, sin poner en peligro su esmerado nudo de corbata ¿doble Wilson, *maybe?*, y ahora dejaba sus cubiertos cruzados *a las diez y diez*, esa sonrisa sinónima de anuncio de relojes, como le habían enseñado en un internado suizo donde, tal vez, coincidiera con un argentino que se estaba quedando ciego, o con un músico valenciano que ya lo estaba, o con la condesa Martinelli).

—Creo que ahora se ha vuelto a publicar a Hernández, pero a ese poema le han cambiado el orden del título, *Eclipse celestial*. Lo sé porque en Cartagena, Velmar, Duque y Chaparro siguen custodiando las cosas de Miguel.

—Exacto, pero imagino que anda usted más interesado en otro poeta, ¿no?

—Supone bien, ¿ha oído hablar de Isabel Plaza?

—No solo, he hablado con ella en varias ocasiones —(había mediado una pausa para pedir el café, después de dar cuenta del postre, pan ¡cómo no! de Calatrava)—. Es la enfermera jefe de la planta de consultas externas del Hospital de los Llanos, de hecho es ella quien suele realizarme algunas revisiones periódicas..., parece que estoy en buena forma.

Todo eso lo sabía y él, que yo supiera, sabía que lo sabía, aunque tal vez ignorase que éramos nosotros (los del Servicio) quienes habíamos colocado allí a Isabel, tras haber utilizado toda la información que nos suministró tras su intercambio con Torpov; en otro lugar y en otro momento.

—Y habrán hablado de su antepasado el poeta chileno —insinué.

Pero don Daniel alegó sentirse cansado tras el viaje y la sustanciosa comida, quería descansar un rato en el hotel y después acercarse al café Los cuatro santos, al otro lado de la Gran Vía, cerca del Casino, donde lo que podríamos llamar «intelectualidad local» mantenía tertulias autoindulgentes. El camino hacia mi pensión pasaba por delante del jardín de Santa Isabel, forma

optimista de llamar a un secarral cuadrado con algunas matas mustias y arena arcillosa, que un empleado municipal regaba con entusiasmo, lavando (percolando) los pocos nutrientes que tal sustrato pudiese aportar, y formando al tiempo unos churretes que embarraban los zapatos —o alpargatas— de los transeúntes de la tarde plomiza, sin viento, sin aire, sin pálpito vital en aquella capital de provincia dejada de la mano de Dios, aquella tierra solar en sombra.

224-225. Tánger. Grupos de casas bajas, aldehuelas como sembradas en el seno de los valles, y de donde se eleva una columna de humo. La tarde cae y vuelvo al hotel.

Don Daniel se ha cambiado de corbata y del pañuelo de su chaqueta emana un aroma a bergamota, está fresco, si es que no pimpante, y mientras nos dirigimos al café expresa su disposición a colaborar en el asunto Plaza, para asegurar que su legado es auténtico, que no hay más documentos en manos de la familia, que no se han intercalado falsificaciones entre los autógrafos del poeta y que, preferentemente, se asegure la publicación por doña María Teresa y don Lino, sin interferencias de Pancho y Rancho.

El café Los Cuatro Santos tiene —como se diría décadas después— dos ambientes: la planta baja es un bar típico, con serrín en el suelo y toneles de vino peleón, mesas para echar la partida de dominó (*dómino* pronuncian los nativos) y tiza para anotar las consumiciones; la planta superior, a la que se accede con una contraseña o *shibolet* que conoce don Daniel, acoge a la flor y nata de la intelectualidad, capitaneada por don Miguel de los Santos. A él se dirige mi acompañante, con familiaridad tal vez procedente de antiguas andanzas funcionariales —el murciano es oficial en una oscura dependencia de la Diputación, destino de poco lustre cuanto escaso empeño, que le provee de materiales para su vocación literaria: resmas de papel y plumas estilográficas en lo material y curiosas observaciones de las pequeñas miserias humanas en lo argumental—. Los otros tertulianos son el lorquino Guedejas, poeta tremendista; Mariano José Baquero, abogado melómano; Bautista Devoto, cronista del Capítulo Episcopal; y Juan Ignacio Parrado, muralista de asuntos costumbristas y suplente de la Escuela de Bellas Artes. Están bebiendo unos belmontes y critican al gobernador civil (tanto se ha relajado la disciplina en provincias) Losantos Lacárcel —me pareció una asombrosa conjunción de apellidos— porque no aprobaba unas subvenciones que aquellos caballeros ambicionaban. Daniel me había dicho por el camino que de los Santos hubiera podido tener una obra apreciable de no ser por la inercia típica de aquel ambiente cerrado y autoindulgente: tenía dos novelas inéditas, *Escuela de cortesía*, sobre la burocracia local, con personajes en clave y largos pasajes interpolados con noticias varias, fruto de sus muchas lecturas, y *Naranjas y mandarinas*, una sátira sobre el carácter agropecuario de la burguesía murciana. Como siempre que dos o más aspirantes a escritor se reúnen, la conversación derivó hacia la dificultad de publicar, el ambiente mafioso del mundillo y la búsqueda de combinaciones improbables para dar a luz los respectivos inéditos. Me preguntaron por Pancho y Rancho (hasta la capital habían llegado noticias de sus manejos, pese a la tradicional animadversión mutua), pero desvié su atención hacia la universidad, donde el profesor Duro Felguera había desembarcado recientemente.

La noche acabó, para mi relativa sorpresa, en el único local abierto después de la medianoche, el Toni Piano Bar, de la calle González Adalid, donde sonaba *My way* al piano y el distinguido público podía empuñar el micrófono y aullar la letra en inglés «fonético», precursor del Príncipe Gitano y su inmortal *In the ghetto*. Cuando el mismo don Daniel empezó a cantar

supe que me había ganado un aliado para mi *quest*, o al menos disponía de un argumento para el chantaje. Acordamos que él quedaría en Murcia visitando a Ripoll y De los Santos mientras yo volvía a Cartagena para recoger alguna impedimenta de la pensión Rosarito e incorporarme al viaje a Albacete, quien sabe si prólogo de otro a tierras castellanas para hablar con las dos Plazas supervivientes, Francisca e Isabel. También, pero eso no se lo dije al profesor, que seguía entonando...*I've traveled each and every highway*...sin perder ni un ápice de compostura (desde sus zapatos de charol a sus ojos azul celeste), también quería tener un aparte con Carmen.

CUARTA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO II. LA RAZA

Así que tomaron el Correo Cartagena-Madrid (no había dinero para el expreso, esta era una operación de perfil bajo, al cabo se trataba de poesía, esa cenicienta orgullosa...), pero ustedes han leído suficientes capítulos de trenes en esta trilogía, no se hable más. Don Daniel disfrutaba con la mera idea de movimiento, y se sentía feliz ataviado para la ocasión con un paletó de cuadros y una auténtica mantita escocesa —*maccallum more* si tiene curiosidad por el tartán— que cubría una cesta de picnic, gorra de orejeras Sherlock Holmes y botines de dos colores *sugar and spice*. Daniel ha conocido ¡asómbrense! a Mateo Morral, pues estaba contemplando el cortejo de la boda real (aquel mismo que viera en su último acto público cierto Obispo, si es que me siguen), si bien no le dejaron por razón de su edad asistir al último acto en Torrejón. Esto quiere decir, calculaba apresuradamente Rafael, que ha coincidido con Nakens y con Baroja (los Baroja cabe decir), pero dejemos de poner *máscaras al héroe*.

Vale decir que el más joven encontraba el viaje muy pesado, mientras el mayor lo toleraba por comparación con la primera década del siglo. Lo malo empezaba después, una ruta digna de la pluma del propio don Pío en *La dama errante*. No es que el autobús hasta Segovia (e hijuelas) fuera terrible, si bien el retraso les obligó a hacer noche en la ciudad de la mujer muerta. Daniel encontró alojamiento en el hostel Justo (justo enfrente del acueducto) y obligó a Rafael a madrugar para mostrarle unas pinturas románicas en la iglesia frontera: había ya revuelo de dulzaineros intempestivos y preparativo de cruzamientos de nobleza castellana, que bien pudieran recordar alguna ceremonia de investidura episcopal en tiempos de la restauración borbónica en Francia. Y siguieron hacia Ávila con la (in)oportuna parada en Villacastín (que nos daría para hablar tanto, quizás se ha hecho en otro libro), Ávila de los Caballeros, la capital más alta de España, desde donde solo se podía bajar: tierra rojiza de su catedral y valle de Amblés, la Santa que justo cuatro siglos antes dejara La Encarnación, las espadañas huérfanas de campana, la erosión de los siglos y los fríos deshaciendo la obra paciente de las murallas, como ellas deshicieron los restos romanos, los verracos vacceos..., decadencia, desolación, humo, polvo, nada.

Si antes hemos dicho que esta misión era modesta en lo económico, Rafael se había pertrechado, tal vez para compensar, de abundante aparato de autoridad, cartas de Losantos y Rastrillo para el alcalde de Lumbreras, César Girón (como el torero), y tiernas misivas con foto incluida de Isabel para su tía Paquita, la princesa del pueblo. En la foto (de aquellas con borde en dientes de sierra, papel satinado y dedicatoria), se veía a la enfermera Plaza con algún kilo más que en los tiempos de su llegada a España desde Rusia, camino de convertirse en matrona por

oficio y por aspecto; llevaba uniforme, y recordaba en algo, *mutatis mutandis*, a las voluntarias que la habían acompañado, hacía veinticinco años, a los barcos, junto con tantos otros niños.

Piedrasluengas era un pueblo comarcano de Arenas de San Pedro (arenas, polvo, sudor, hierro, desolación), pasado el macizo de la Raza, en una llanura cárstica, calcárea, reino de la cárcava y el abejaruco, con una cantera en desuso y alguna explotación de cerezas en las laderas de la solana, Gutiérrez Solana o Zuloaga o Regoyos o un Maeztu de vuelta de las vanguardias hacia el macizo de la raza, hacia un presente continuo de sillas de anea, de braseros de picón (¡ay niña, mi niña la piconera!), de palanganas con círculos concéntricos de roña precámbrica, de minuciosos jeroglíficos en el adobe grisáceo de paredes románicas: polvo, sudor, hierro, Myo Cid cabalga... En esto advertí que don Daniel iba provisto de una maleta sacada de alguna parte —*ma forse no*—, una maleta atada con una correa desgastada, como de Sterling Hayden en un atraco perfecto, maleta de conteras de cartón y asa desasistida, con laterales panzudos que habrían visto, quizás o quizás no, peregrinaciones ruinosas y escapadas a la casa de empeños, migraciones transatlánticas, evasiones y derrotas, viajes esperanzados a la capital y hurtos famélicos, maleta que pudiera (o no) haber sido depositaria de candelabros episcopales, cartas conspiratorias, palomas mensajeras, medicamentos caducados, escrituras de propiedad, actas notariales, resúmenes de simposios, manuscritos de poetas irredentos, proyectos de constituciones derogadas, leyes de régimen local, billetes de la república de Weimar, tesorillos visigóticos, reliquias de santos, trofeos de certámenes de flor natural, paraguas y máquinas de coser, microscopios ópticos y artículos de guardarropía, una maleta seguramente vacía por la ligereza con que el profesor la portaba.

—¿Qué hay en esa maleta?

—Por ahora nada, pero sé que hay una similar en casa de doña Francisca, y ella ve ya muy mal, no será difícil cambiarla.

—¿Cómo lo sabe?

—He hablado con Isabel, y le consta que su trasabuelo el poeta trajo aquella maleta desde América en su viaje inaugural (él dijo *maiden journey, of course*).

Sentada a su puerta, en una de las sillas de anea, estaba en efecto la anciana:

77, 11-14, 23. Pues la anciana me dijo: «Mira esta rosa seca que encantó el aparato de su estación un día: el tiempo que los muros altísimos derrueca...Y transformose en una princesa encantada».

La rosa seca —rosa de Villacastín—, la estación avanzada, los muros tristes de la patria mía (oye Patria mi aflicción), desastrados, desleídos, arenosos de tiempos y fatigas..., pero, advertida por el señor alcalde (César o nada) de nuestra llegada, un último mohín de mujer amada transformó su erosionado perfil en el de una princesa, posando para ser acuñado en una moneda nunca puesta en circulación; una princesa del pueblo.

¿He dicho que don Daniel comía siempre con apetito? Pues doña Francisca nos ofreció lo que tenía: hígado seco con hierbas del campo, congrio también seco sobre cañas de alerce, nueces de la sierra con queso de cabra, miel de romero y un pan ya duro que el profesor cortaba con navaja traída de Albacete, dejando reguero de migas para no perder el camino de vuelta. En la vivienda, provista desde la anterior visita de Velmar y Duque con brasero de picón, copas de vidrio de la fábrica de Santa Lucía, arca con jarapas y toquillas de lana, un taburete cojo y un

espejo roto, y un aparatoso aparador sobre el que ¡en efecto!, descansaba una maleta gemela de la que había traído Daniel, el cual, reforzado por el condumio o galvanizado por el recuerdo de otros tiempos mozos, en un solo gesto realizó el birbirloque y se despidió diciendo tener que encontrar alojamiento para la noche.

Poco había que buscar, don César o nada, a eso se reducía la elección en Piedrasluengas, sobre la que ya se deslizaba un frío mesetario y lento, precursor de glaciaciones y neumonías. El ama de llaves del alcalde les recibió con la chimenea encendida y noticias (no solicitadas) sobre el carácter de doña Paca y la vida que iba ganando el pueblo con las visitas que recibía, supieron de algunas ramas colaterales de sobrinos segundos que habían surgido al calor de las noticias sobre el legado Plaza —ignorantes tal vez de que no incluía bienes muebles o inmuebles—, como una tal Rosita (soltera) que regentaba una peluquería en Segovia; estas novedades intempestivas inquietaron un tanto a Rafael, que veía por todas partes asechanzas, fruto tal vez de su propensión al pesimismo post-traumático. Cuando llegó el alcalde, aparentemente de una jornada de caza, dirigió la conversación hacia el reciente «Contubernio de Berna», que por entonces se había cobrado una víctima (en sentido literal, acababa de morir el exministro Gabriel Bocángel Carrefour). El sucesor, un gallego más joven que Rafael, despertaba cierta inquietud en don César, más por catedrático de Derecho que por presuntas veleidades aperturistas. Sorprendentemente, don Daniel conocía Berna a la perfección —habiendo estudiado allí, en sus tiempos estructuralistas, los archivos de Suresir, el lingüista, e incluso colaborado con sus discípulos Bally-Ballières y Seychelles en la publicación de sus obras póstumas, aquejadas de numerosas acusaciones de apocricidad (neologismo que el mismo Barriocanal acuñara)—.

—Así que conservo allá amigos que me han dado sus impresiones: Carlos Llopis, el socialista que ahora se ha hecho monárquico provisional, los democristianos como Pedro Álvarez parece que se hacen republicanos, y los falangistas como Ridruejo, comunistas. Por su parte los comunistas no han ido..., por lo menos podían haber enviado a Ivo Lívido para hacer luego una película con Costa-Cabras.

—¿No estaba mi homónimo Sánchez?

—No, se quedó en París, siempre nos quedará París.

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO III. CASTILLA

Provistos de nuevas mulas por cortesía de don César (una específica para portar la maleta escamoteada por mi compañero de viaje), teníamos que volver por la ruta de la sierra hasta enlazar con el tren en Navas del Rey. Una sierra lóbrega, castigada de erosiones y barrenos, canteras abandonadas y alguna figura encantada moldeada por el hielo y el viento; Daniel me hablaba de los hermanos Arenillas, que en aquel triángulo entre Ávila, Segovia y Madrid habían hecho más por estropear el patrimonio que la combinación de los tiempos (cronológico y atmosférico).

—Figúrese que les dio por «desenfoscar» todos los muros que se encontraban, para aprovechar el material sobrante en unas obras que tienen extramuros de Segovia, donde Cristo perdió el gorro (la indignación le hacía perder su proverbial elegancia de estilo). Les da igual que debajo haya frescos, esgrafiado, adobes o retablos —quédense con esta idea del retablo enfoscado que luego puede dar juego—.

—Y, ¿nadie ha denunciado tamaña enormidad?

—La academia «de los Quince» de la que me honro en formar parte—dijo con pujos de orgullo don Daniel—, pero no tenemos presupuesto para juicios ni sobornos, los Arenillas hicieron amistad con algunos concejales cuando se aprobó la adjudicación de esas obras que le digo.

Esto de las Academias era un caballo de batalla para el profesor, que hacía poco fuera elegido como miembro de la de Historia (tenía pendiente su discurso de ingreso sobre «El mejor alcalde, el rey»), pero era rechazado con entusiasmo y periodicidad variables por la de la Lengua. Creo que uno de los motivos de viajar hasta Madrid desde Piedrasluengas tenía que ver con su nueva candidatura, aunque a su edad cualquiera pensaría que hubiera superado estas vanidades.

XXXIX. 155. 3-9.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,
líbranos, señor.

Así andábamos, caballeros en las mulas castellanas, como otros dos sanchos estropeados, guardando (y aguardando) nuestras mutuas desolaciones, de vertientes opuestas, hacia la capital, el rompeolas del seiscientos y la cocacola. Veteranos de guerra, reacios a reconocer nuestra derrota anticipada, cargados de argumentos y entelequias, arbitristas de la razón caída ante el ímpetu de la televisión y los guateques. Yo vigilaba de paso aquella maleta marrón, como curtida por derrames de salobres encurtidos, buscando combinaciones inexistentes (un vencejo la ataba, nada más) y asas de Henle —para el riñón—, o de Henley-Longmire —para el estómago—. Juro que no iba buscando los verdes pinos, ni las polvorientas encinas..., en esto avistamos una comitiva por demás curiosa (parecía aventura quijotesca, pero acabábamos de entrar en la provincia de Madrid y era 1962). La componían un grupo de siete estirados caballeros de mediana edad, entre la mía y la de don Daniel, encorbatados y con sombrero (el mayor vestía levita en vez de americana), provistos de lo que parecían ser unas guías locales y bastones de montaña. Eran de un club expedicionario-literario, heredero lejano de la Institución y sus entusiasmos guadarramescos, seguidores de don Ramón Menéndez y eruditos locales, lanzados a una caminata desde la estación de Navas —como aves precursoras nos anunciaban su relativa proximidad—. El profesor reconoció al levítico y le saludó como Julianito (cosa que al interpelado, una docena de años menor, no pareció complacerle, al menos *in front of company*). Resultó ser el dimisionario director del Museo del Traje Popular, etnógrafo gran amigo de Gomá Capuchín (si es que están leyendo estos textos correlativamente) y también miembro de la RAH. Sus discípulos y acompañantes hicieron un alto para sacar una merienda que compartieron amablemente, al parecer su objetivo era dejar unas placas con citas de autores —sobre todo del 98— por las peñas cercanas, en una especie de cenizas a las cenizas, polvo al polvo, entre el regocijo de la guardería forestal. Creo que Daniel y Julianito se pusieron a hablar de asuntos académicos, pero no puede oírles porque en ese momento:

—¡Abuelo! Escuché.

—Jodido niño... ¡Querido nieto!

—¿No estarás pensando en robarle la maleta a don Daniel? Ha sido muy amable contigo.

—No se trata de robar, pero tal vez pueda hacer copias, todo sea por la cultura.

—Es que yo sé lo que hay dentro, abuelo, puedo verlo...

—Mira el crío, Dios bendiga *your lovely bones* ¿Y qué hay?

—Son como unos disfraces: máscaras, escapularios, gorros de cascabeles, zapatos de piel vuelta, refajos, abarcas, zahones...

—Para tu edad no te falta riqueza de vocabulario. ¿Y algo más?

—Bueno, también puedo ver que en el forro hay escondidos unos papeles, parecen antiguos (pero aquí todo nos lo parece, vamos muy adelantados) y escritos a mano, muchos tienen renglones cortos, como si se hubiera arrepentido a mitad de la frase.

O como si fuese poesía, seguramente doña Paca se había guardado algunas cosas de su padre, o alguien le había dejado aquello a cambio de los originales, como el mismo Daniel había hecho el intercambio. Cuando dejé de escuchar a mi nieto ya se despedían los excursionistas (les quedaban por colocar las placas de Azorín —el único vivo— y de Baroja, con citas de *Castilla* y *La Raza*, que cumplían aproximadamente cincuenta años). Observé con extrañeza cómo don Daniel le daba la maleta a Julianito, quien la abrió (aparentemente inconsciente del contenido del doble fondo) y comenzó a sacar los ropajes con grandes muestras de alegría, asegurando que le vendrían muy bien para el futuro Museo de Colecciones Etnológicas que pensaba dirigir en el

palacio del marqués de Grimaldi (después Godoy), y a cuya inauguración —siempre prevista para el año próximo— pensaba invitar a la propia Grimaldi, antes Kelly, de la que esperaba recibir alguno de sus trajes como contrapartida: tal vez el de *Crimen perfecto*, o de *El cisne*, incluso el sencillo vestido de *High noon*, ya que el azul de *High society* estaba en Hollywood.

La historia de aquel guadianesco museo daría para su propio diccionario de desolaciones, siempre pospuesto, depuesto, traspuesto, sin salir nunca de las maletas, cajas y baúles que contenían los fondos, siempre carente de fondos, personal y apoyo, itinerante de Bailén a Oriente y de Francisco de Herrera a Juan de Herrera, de la cultura a la política, de la música a la universidad, clausurado, vejado, anexionado y erosionado, como una imagen viva de la incuria española, de aquella Castilla que desprecia cuanto ignora, del coro al caño y de mal en peor.

¿De qué hablaban Rafael y el profesor Barriocanal durante su viaje, ahora ya instalados en el vagón hacia Atocha (mediodía)? ¿Quién ha preguntado eso? ¿El crítico ignorante, el lector impaciente, el editor desesperado, el propio y travieso Daniel? ¿Qué importa? Hablaban de los detalles, de esa otra maleta que, a pesar de haber colocado la suya a los excursionistas basálticos, lleva consigo el académico, sobre la rejilla portaequipajes, ¿es una maleta vacía, como en un juego de maletas rusas? Y la mención a lo ruso le lleva a pensar en Victoria, claro, que ha vuelto a Madrid y a la que podría ver dentro de hora y media, pero mejor no..., todas nuestras antiguas amantes son... Hablaban de falsificaciones y de los motivos subyacentes a la trapacería, una especie de manía de autodescubrimiento (la mayoría de falsarios acaban confesando, cansados de que los presuntos expertos no los desenmascaren). Rafael siempre ha pensado que todo escritor se dedica a ordenar un mundo propio, en un juego cuyas reglas solo él conoce, de forma que si se crea un *fake*, su autor quiere que contribuya a modificar el orden convencionalmente aceptado por los «guardianes de la ortodoxia», que si es aceptado (si triunfa) pierde entonces su sentido, porque fracasa en el *ordine nuovo* que proponía. Aunque don Daniel, mayor y más práctico, no le sigue del todo en la teoría, sí puede aportar casos de falsarios confesos: Plácido del Trigo, por ejemplo, gran experto en la historia de la *monja alférez*, el duque de Osasuna, con su nombre de pluma «doctor Mabusse», presunto poseedor y editor del manuscrito *Don Quijote en el Avapiés*, tercera e improbable salida del ingenioso hidalgo; Gloria Lasso —de la que hablaba con reticencia, reacio a involucrar a una dama—, autora de una serie de panfletos pretendidamente escritos por autores fallecidos en las filas nacionales durante la guerra, Miguel Ángel Arcos, presunto descubridor de una serie de romances en antigua fabla astur, tan fabulosa como el *Ossyan*, de Siro Fontaneda, erudito del románico campurriano, que publicara un interminable diario medieval, con láminas en madera, narrando todos los mínimos detalles de la vida cotidiana en los siglos XII y XIII..., sombras de sombras, polvo, humo, arena secante sobre pergaminos pergeñados, palabras sobre palabras, vano empeño de ilusos oropeles, cuitas de académicos, nada. Rafael sospechaba que todo aquello era material de arrastre para su nunca encargado discurso de ingreso en la RAE, y en una sospecha cúbica, que no faltaban nombres en clave, de entre los citados por don Daniel, que no eran más que disfraces de inmortales, ya con asiento, y poco proclives a admitirle en aquel empíreo. Laus Deo.

Claro que toda esta retahíla de detalles puede ser también falsa de toda falsedad, adorno de plumas y abalorios para incautos, todo lo que escribimos puede ser una pantalla de humo, nube de tinta, máscara barata, desolación de la quimera; puede que todo lo que ustedes leen sea la falsa retórica de un dolor en verdad sentido, el dolor de no poder hablar de lo que de verdad importa, el dolor ante el fallo miserable del instrumento (la palabra) para expresar lo poco que sabemos, lo

poco que importamos, lo poco que queda de nosotros en el papel: un arenilla secante, la pelusa del polvo de los años, los vilanos empujados por un aire suave, el craquelado, el sonido del barquillo al romperse sus capas, una por una, la melodía del tiempo que pasa ¿o pasamos nosotros?

O puede que no, y que lo importante sea Rafael, sentado en un banco a la salida de Atocha (mediodía), contemplando a un tipo que parece querer engañarle con un timo barato, engañarle a él, que tantos años lleva engañándose a sí mismo. Atocha y Príncipe Pío, vía 4, esta composición no admite viajeros. Guadalajara (feria del libro) C-5. Próxima estación Callao (estación en curva) no introduzca el pie entre el tren y el andén.

SEGUNDA PARTE. LA CIUDAD. CAPÍTULO III. TERTULIAS

¡Cartagenas del mundo, uníos! Este eslogan, algo sorprendente, era el manejado por Pancho y Rancho para su nonato Simposio, aquel que había de darles fama definitiva (según ellos). Mientras Rafael se encontraba en Madrid —era un placer melancólico recorrer los barrios dejados hacía años: Cuatro Caminos, Legazpi, Chamberí; preguntar por los viejos amigos: Carlota, Daniel Reinoso (prematuramente fallecido de pulmonía), don Rigoberto (ascendido a monseñor); frecuentar los inmutables bares (una bayonesa y un café...); en Cartagena la vida lánguida y muelle, propia de pequeña ciudad marítima en que el dinero público —ese bien mostrenco— se encargaba de subvenir las necesidades, también pequeñas, de la mayoría, con sus tentáculos de entidades bancarias también públicas, subvenciones modestas y festejos municipales y espesos.

Será mejor recurrir a las tertulias estables para describir el ambiente de finales del 62 (tras un largo verano), como uno más de los motivos musicales o «temas» que recorren esta ajada trilogía del medio siglo. Si a veces hemos empleado una prosa pretendidamente rítmica, otras tomado prestado el vocabulario musical para nuestro propósito, bien podemos recurrir a la estructura de la composición con sus temas, estribillos, melodías y armonía. La tertulia, ese pasatiempo del que dispone de todo el tiempo del mundo, ese simulacro de eternidad en el que nada cambia, esa inclinación al arreglo instantáneo de todos los problemas con el mismo remedio universal «... pues si de mí dependiera», ese intercambio de monólogos ligeramente absurdos en que nunca se escucha al interlocutor, es un buen espejo para recorrer este camino arenoso, desvaído, desolado, entre el conocimiento y la desesperación. Mientras Rafael encuentra un banco propicio para recordar lo que pudo haber sido y no fue (tal vez en la esquina de Goya y Velázquez, o entre Príncipe y Serrano), dejemos que sean nuestros adorables secundarios los que intriguen con sus mediocres obsesiones y ansiedades vanas.

Tendríamos primero la tertulia de La Uva Santa, antes aludida, con su rutina procesionaria, bajo la presidencia de Juan Mata Porquera, antiguo hermano mayor de la Cofradía del Perdón (*perdónanos, Señor*), algún concejal despistado como Puig Desmont, los hermanos Porrás y Porrás y don Roque, administrador de la marquesa de Molina, cuyo palacio se encontraba justo al lado, si bien la señora marquesa no lo habitaba desde la última vista del Jefe del Estado (perdón por las mayúsculas) en 1957, una visita evidentemente provocada por el conflicto de Ifni. ¡Qué felices seríamos si pudiéramos sentirnos cómodos con esta jerigonza de conflicto y relato, de equidistancia y perdón, de patrias chicas y grandes ventas! Pero no lo somos, tenemos que cargar con personajes de dibujos animados, con muertos vivientes y vivos medio muertos,

con el peso de betas y omegas, de seres omniscientes que no nos dejan mentir y nos zahieren con sus pretensiones de convertirnos en ese triste hazmerreír, el escritor «literario». En esta tertulia se hablaba, sobre todo, de la relación entre la pequeña política municipal y el esplendor de los desfiles de Semana Santa; asunto que puede parecer notablemente estrecho pero también largo: cada diminuta decisión del consistorio podía ser anatema para la sección tradicionalista cofrade: un mero buzón en la esquina de, digamos, Duque con Caridad, sería catastrófico (potencialmente) para el tercio de la coronación de ortigas, cuyas capas aceitunadas contrastaban con el gris oficial de Correos; o el enlosado de un tramo de la calle Cuatro Santos letal para las sandalias de las turbas hebreas el Domingo de Ramos por la noche. Este nivel de especialización se extendía a la preocupación ante las veleidades culturales del concejal Rastrillo (enemigo acérrimo de Puig), puesto que el presupuesto para los festejos iba menguando conforme los eventos de Pancho y Rancho tomaban «excremento».

Los cuales tenían la suya en El Cantón, cerca de la calle del Carmen, intentando atraer al joven Alcaraz, el poeta-librero, con escaso éxito, porque este ha aprendido francés y se hace traer revistas de vanguardia a la librería. Desprecia un tanto los lugares comunes (las ideas rancias) de esa pareja feliz, y un poco más la ligera halitosis de Pancho y la caspa incurable de Rancho, ¿o es al revés?, él que se cree un pequeño *gentleman* o un joven airado, o un poeta de la *nouvelle vague*. En realidad, debemos romper una lanza por nuestros personajes, Pancho se ve agobiado por una enfermedad difusa de su esposa, a la que atiende con torpe ternura, y Rancho tiene un perro «Negro» al que mimas y agasaja por encima de sus posibilidades, aunque ahora no puede acompañarles porque Violeta, la camarera, se lo prohíbe. Dejan un rastro viscoso sobre la mesa, como grandes sapos —Pancho y Rancho—, pero eso es justamente lo que no queremos decir (ahora que Rafael no nos oye), sino comprender el porqué actúan como lo hacen ¿*motu proprio* o de *modus vivendi*? Son una parte imprescindible del ecosistema Cartagena medio siglo, como lo serán medio siglo más tarde. Son, están, existen, no necesitan explicación, así es la cosa. Está con ellos un sedicente autor, diz que de novela, negociando el paquete completo de promoción: radio, periódico, venta del librito en el quiosco de Eladio, plaza del Lago, un acto público (velada trovera, flor natural, concurso de pintura rápida, recital de pulso y púa...).

Además de las «especializadas» (fútbol en un chiringuito del puerto, toros en el bar Taurino...), tenemos de vuelta en *Puerto Rico* a Velmar y Duque, que quisieran hacer algo para los veinte años de la muerte de Miguel, a ser posible con María, aunque Losantos se oponga. Cuentan con la visita de Marifé Saavedra, habitualmente residente en Suiza, donde enseña español a los hijos de emigrantes, y del taciturno José Alberto (alias Colacao porque es de los primeros en tomar este nuevo brebaje, aunque no tararee la cancioncilla publicitaria aquella de los negritos), otro librero enemigo acérrimo de Alcaraz. Marifé le habla ¡cómo no!, de nuestro viejo conocido Valiente, al que ha conocido en Suiza, pero el lector le conoce mejor. José Alberto es muy tímido, pero fortificado por el sucedáneo, propone a Marifé un paseo hasta su residencia temporal (de ella), frente al parque de Artillería, no lejos del comienzo de la cuesta en cuya cima se halla la pensión Rosarito; es un caballero y no quiere que pase sola por delante del teatro chino, ante cuya pintoresca taquilla ya se agolpan a aquella hora algunos potenciales clientes —que no frecuentan tertulias—.

Y así podríamos seguir con los bancarios amigos de Antúnez, con los ferroviarios cerca de la estación, con los asentadores de frutas junto a la lonja, con los metalúrgicos, con esa pequeña fauna de una pequeña ciudad de provincias: familia, municipio, sindicato. Con las lánguidas

aspiraciones, siempre las mismas, de sus habitantes, con el olor a coliflor, municipal y espeso, que indica los preparativos para la cena, con los tranvías tomando la curva de la calle Honda, con el encendido de las farolas, con Juanico el Tonto que busca nuevos trozos de cuerda para su sempiterno rollo; como el novelista busca nuevas tramas para su historia pequeña. Pero hay joyas ocultas, ese escaparate encendido —digamos en la calle del Carmen— que se refleja por un curioso efecto óptico, como si estuviéramos dentro cuando miramos desde la acera y fuera cuando lo hacemos desde la tienda; o los establecimientos que ponen como reclamo un disco que termina indefectiblemente con «redondo es el disco sorpresa de...» y el final es en efecto, siempre una sorpresa permanente; o el tragaluz iluminado en el piso superior del edificio de Telefónica, simbolizando a un cíclope que lanza sus mensajes a todo el mundo (si no hay problemas con la conferencia); o el tacto acerado y fresco de los postes de las señales de tráfico —generalmente prohibiciones—, contra los que puedes rozar tu brazo desnudo; o los montoncitos de arena y pelusas que el diligente barrendero municipal va trasladando, sin prisas, calle abajo, como si su escoba fuese desgastando la textura del tiempo de esta antigua ciudad, para que luego su compañero de la «manga riega» describa elegantes *semiparábolas* que nos lustran, borrando nuestros pecados (nuestras rutinas) de forma eucarística y leve. Como si en la rutina estuviera la salvación; en la repetición, la dicha; en la cotidianidad, el perdón; en la comprensión, el conocimiento y la bondad; como si no nos acechara la desolación en el banco de la esquina, tal vez el banco frente al edificio España, o el regimiento España, o la triste síntesis entre el bien y el mal: una madre no recordada, un padre ausente, una hija muerta, un nieto que habla desde un paraíso perdido.

TERCERA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO III. ESTADÍSTICAS

Porque de vuelta de un viaje, nunca es el cambio en uno mismo lo que nos extraña, sino la permanencia de lo ajeno (persistencia de las imágenes en la retina). Por ello Rafael, que ha dejado en Madrid a don Daniel, intentando conseguir audiencia con don Ramón para el extraño caso de su candidatura académica (pero el sabio está ya muy mayor, y en todo caso no se llevan bien, porque son colegas de la RAH), Rafael, digo, se encuentra con Antúnez para que le dé las últimas estadísticas:

	MIN	PT	RT	AS	VA
Rafael	200	72,1	27,7	11,3	66,9
Antúnez	200	80	32	12,7	78,4
Velmar	200	70,9	30,4	14,1	68
Duque	200	73,6	35,9	11,9	74,2
Daniel	200	76,8	33,2	13,9	77,4
Francisca	200	81,1	35	13,7	85,3
Chaparro	200	76,6	34,1	17,3	90,2
Isabel	206	76,6	33,3	11,1	77,6
Carmen	203	78,4	37,6	13,4	78,7
Pancho	200	70,1	31,3	12,6	70,7
Rancho	200	70,1	31,3	12,6	70,7

- Observo que Pancho y Rancho se clavan uno al otro.
- Claro, eso es seguro, bastante muy seguro.
- Ese 90 de la Chaparro es sorprendente.
- Bueno, hay que tener en cuenta la estatura.

—Y Carmen e Isabel superan los 200...

—Es por sus respectivas profesiones, tan sacrificadas.

—Ahora faltan los FG, FT, 3P y *total score per cent*.

—Te los doy cuando vengas a la Academia, el lunes, ¿no?

Sí, el lunes tenía que dar unas charlas a los alumnos de Antúnez sobre muestreo aleatorio, seis-sigma, gráficos de rachas, control estadístico de procesos, diseño de experimentos, *brainstorming*, análisis de Pareto..., por supuesto todo esto era conocimiento de segunda mano, fruto de mi amistad con Mr. Beta, que luego me había llevado a interesarme por W. Edwards Deming, Nathan Juran *et al*. Pero ¡basta!, esto (y es lástima) no le interesa a nadie. Hablemos de mi libro. Es un libro sobre un libro sobre libros, y podría bastar, por tanto, con que yo les diera ese libro —cosa que tal vez haga al final—, pero también es un libro que se construye a sí mismo y contribuye, inevitablemente, a su propia estadística. Algunos paladines del «realismo» (son ya pocos ancianos envueltos en toquillas de premios provinciales, y algún admirador aún les lleva tabaco de liar y periódicos añejos) sostienen sorprendentemente que la selección de unos pocos casos prácticos: la pareja de enamorados proletarios, el barón tripón, el complejo militar-industrial, el poeta comprometido... pueden escapar de su condición de dato estadístico para elevarse —tirándose de los pelos como otros tantos Münchhausen— a caso general. Por supuesto, nosotros, mucho más modestos, no creemos en casos generales, y nos conformamos con los datos desnudos, por ejemplo:

20/11: 78 Kbs, 15094 p, un paraíso perdido.

17/11: 75,5 Kbs, 14423 o, se lo prohíbe.

15/11: 72,7 Kbs, 13665 p, el tren y el andén.

13/11: 69,8 Kbs, 13011 p, de mal en peor.

10/11: 65,3 Kbs, 12026 p, cronológico y atmosférico.

6/11: 63,2 Kbs, 11640 p, glaciaciones y neumonías.

3/11: 60,7 Kbs, 11059 p, de la solana.

31/10: 58,2 Kbs, 10501 p, La raza.

26/10: 56 Kbs, 10039 p, Miguel de los Santos.

21/10: 54,2 Kbs, 9567 p, las cosas de Miguel.

17/10: 51,7Kbs, 9030 p, trapacerías literarias.

14/10: 50,3 Kbs, 8505 p, mensajero y comerciante.

10/10: 48 Kbs, 8120 p, por qué estoy equivocado...

¿Estoy equivocado? ¿Tampoco así se entiende? ¿No confiabais tanto en la informática? ¿Habrá que volver a la narración lineal y cronológica? A seguir la senda sinuosa de los granitos de arena sobre la página (página 37). Si así lo queréis, como gustéis. A seguir el polvo, el humo, la nada, las voces y memorias de ultratumba. Los hombres sin atributos, los delirios de un paseante, los gozos y las sombras, la novela de Antúnez.

Daniel vendría con Isabel, que se había tomado unas convenientes vacaciones en el hospital; ella se alojaría con los Velmar-Duque, en una hábil jugada, aprovechando su parentesco con Plaza; el profesor en el Gran Hotel, cuya fachada solía emplearse como imagen icónica [*sic*] de la ciudad en guías y folletos. En él se celebraban puestas de largo de debutantes y bailes de la

Armada, tal vez queriendo blanquear su pasado progresista, pues fue inaugurado en 1916, siendo alcalde el luego diputado republicano García-Vaso. Destacaba la cocina de Pepe Díaz, famoso por sus tortillas de chanquete (contribuyó esta fama no poco al rápido declive de la especie), en aquella década de los 60 que se iría despeñando por los abismos de mal gusto, nombres pretendidamente pintorescos —*Chamonix, Denver...*— copas de vidrio verde y chalets neocoloniales en la playa. Daniel venía contento de sus gestiones en Madrid (y un tanto ufano por la compañía de Isabel, cuya notable presencia no había pasado desapercibida entre la población masculina local). Aunque de intachable moralidad, era una compañía alegre (*merry*) y con su título de comadrona podríamos llamarla *the merry midwife of Windsor*.

—¡Abuelo!

—Vaya por Dios, el niño, ¿qué?

—¿Quién fue la comadrona en mi parto?

—Ya podrías preguntar cosas normales como ¿de dónde vienen los niños? ¿No se supone que tú lo sabes todo?

—No, no puedo saber cosas sobre mí, además, yo era muy pequeño entonces...

Muy pequeño, desde luego, y eso de no poder acceder a información sobre uno mismo me sonaba a falacia de Mr. Beta. ¿Quién, en efecto, intervino en la muerte de mi hija? Los detalles, los benditos detalles: el doctor Grijander, el doctor Scommons, el anestésista Slumber, la enfermera Nurse, la hermana Sister, el celador Celacanto (de Celanova, a cuyos hijos diera clase Marifé), mister Undertaker, mister DNA, el patólogo forense doctor Cabezas (primo del psiquiatra Salvador). Decidme, fieles lectores, ¿queréis más detalles?, ¿queréis estadísticas de mortalidad y morbilidad infantil en los cantones suizos vs. departamento del mediterráneo?

¿Queréis que os dé el plano de la *maison* Velmar-Duque? Antes no pudimos pasar de la puerta. Es una de esas típicas casas-pasillo, que va a dar a un mirador sobre la calle, soleado a sus horas, donde la señora hace punto y escribe cartas (aunque no es *a room of her own*). Claro que esa habitación incluye un ciclamen, macramé, aromas de lisura —desde el puente sobre la rambla de Benipila a la Alameda de San Antón (un quinto santo)—, la flor de la canela, y una campana, una vela y un libro ¡y un gato, Pyewacket! Tal vez porque han visto una película de unos años antes, o puede que yo esté viendo otra película de entre los muertos, con sus dobles y sus voces volviendo del más allá, rubias mediante, aunque los caballeros se casen con las morenas. Morena ha vuelto Isabel, que se aloja en la habitación de los invitados, entre el baño y el *boudoir*, ¿hora?, las siete, se oyen las campanas de la Caridad, se enciende una vela y el libro es (sin sorpresas) la poesía completa de Evaristo Plaza Valdés, nacido hace ciento tres años, por la gracia de Dios.

Rafael sigue intentándolo, da la vuelta por San Ginés y baja San Francisco, donde está la librería de Colacao, hasta la Glorieta, donde saluda a la estatua de don Isidoro, cruza Jara y por San Miguel hasta Medieras (con la casa natal de don Antonio de Escaño, un marino español) y duda si seguir hasta Mayor o retirarse por Escorial hasta Cañón. Como le duele la rodilla —esa maldita humedad de la costa—, entra en la farmacia de la esquina. Ustedes ya conocen sus males, y alguno de sus remedios (si han leído el capítulo 31 de otro libro, otro libro), pero si no, y con permiso de Fox, pueden hacerse una idea viendo al doctor House. Un doctor bastante ácido, claro que hablando de *acidhouse* ahí tenemos a Phuture, DJ Pierre, Armando, Mr. Lee, Fast Eddie, Adonis, BamBam, Lil Louis, KLF, TheShamen o Daft Punk. O puede que me esté dejando llevar por los gustos musicales de mi nieto y deba seguir por ahora con el *twist*, el dúo

dinámico, el porrompompero, Marisol y su tómbola (que está a punto de instalarse, la tómbola digo, en Juan XXIII, a su vez a punto de morir en pleno Vaticano II). Seguro que nuestra pareja feliz prefiere a los franceses, *et maintenant, un premier amour...*, pero yo sigo oyendo *Come September* con Bobby Darin, que para eso es instrumental.

Como instrumentales son todos nuestros queridos personajes, nuestras tramas, nuestras máscaras en busca de autor. Faltarían las estadísticas de suicidios en levante, los retrasos de los trenes en la línea MZA, la ocupación hotelera en el invierno 62-63, el consumo de tabaco y de cerveza y de café entre las tres y las siete, las recetas selladas en las farmacias de la zona marítima del mediterráneo...y con eso, ¿qué tendríamos? Una historia de silencio y paz contada por un autista, la lenta erosión de los glaciares en un trabajo escolar de alumnos de trece años, los tonos tenues de la arena, el gran Sund, el atardecer en una ciudad de provincias, la nostalgia por la madre muerta, el tercer tomo de una trilogía imaginaria. Humo, polvo, nada. Si giraba hacia la derecha llegaría en pocos minutos a la cena con don Daniel, pasado Santo Domingo, San Sebastián, Gran Hotel.

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO IV. OTOÑOS

Y las castañeras, con sus puestos macilentos, llama de picón, avivada con cartones, cucuruchos de papel de periódico (*La Ocasión*), tal vez tiñendo de negro la crónica donde había puesto sus esperanzas algún autor como Kierkegaard, o Sergio Morón —sin plumas y cacareando, en la mejor ocasión—, o Manolita Sabañón, que con sus manos enrojecidas ha juntado seiscientos versos cojos, o Juancho Medianejo (cuya primera rodaja no tiene pellejo) o tantos otros que pasan por las horcas caudinas de Pancho y Rancho, vestidos de sapo cancionero o de urracas parlanchinas «véase la sutil rima interna», poniendo sus esperanzas en un párrafo de la prensa, en el polvo, en el humo de las castañas asadas, en nada. Castañeras que han sucedido a los barquilleros de dos por un real, barquillos ajados, rotos antes de tiempo, desolados, con la tristeza inmensa de Monsieur de Sainte-Colombe, dejando inconclusas sus composiciones para que las retome Marin Marais, una de estas mañanas, todas las mañanas del mundo, la viola de gamba yerta y los dedos fríos (como con sabañones) que no la quieren tocar. Tal vez si fuera un *oboe d'amore* o un fliscornio, o un arpa eólica. Autores que se suceden unos a los otros como fungibles fusibles del circuito fundido de la literatura popular, hojas volanderas del calendario, hojarasca que se suicida al ritmo de los primeros fríos invernales —28 de noviembre— en una ciudad costera de provincias.

Desolación de las clases particulares, clases después de las clases, clases sin clase para los involuntarios mártires de la escolarización universal: clases de mecanografía, de corte y confección, de Perito Agrónomo, de Profesor Mercantil, de Agente Judicial, de improbables bicocas administrativas (como «secretariado internacional» «pentatlón moderno») que se unen a la trinidad habitual; la Armada, Repesa, Bazán como grandes esperanzas de los desheredados, hijos de Eva..., pero no empecemos a cantar. La academia donde ejerce Antúnez está en la misma calle Medieras, donde hemos visto el medallón que recuerda a Escaño, pero en el lado malo, frente a la consulta de un afamado pediatra (don Vicente) y a la confitería Fulgencio Casado, cuyo escaparate obnubila a los alumnos más pequeños, con pantaloncito corto pese a lo avanzado de la estación y la mirada desolada fija en los envoltorios multicolores de los caramelos y ese lujo inalcanzable, el *explorador*.

Datos adicionales: Receta.

Para la masa

200g de harina (o la que admita)
100g de manteca de cerdo
100ml de vino blanco
Para el relleno
1/2kg de carne picada, mitad cerdo mitad ternera
3 huevos
1 cebolla
1 vaso de vino blanco
Sal y pimienta al gusto
Foie (de ahí lo de lujo inalcanzable) o sesos de cordero

Pero Rafael ha ido a dar clase a los mayores, una colección dispareja de aspirantes a la universidad (de Murcia, claro), señoritas con medios propios de fortuna y eternos opositores a «lo que salga», generalmente cortos de vista y de entendederas. Hoy tiene que hablarles de seis sigma. ¿Seis sigma? Sí, sigma es la desviación típica, luego seis sigma serían tres desviaciones típicas a cada lado de la media, o del valor deseado, y todo lo que caiga fuera de eso se considera un defecto. Teniendo en cuenta que podemos tomar como sigma la raíz cuadrada de npq ... «perdón, hemos olvidado cómo se hace una raíz cuadrada». De acuerdo, tomemos por comodidad un número de cuatro cifras y agrupemos de dos en dos: por ejemplo 3844, apartemos el 38 del 44. Ahora bien, el número entero cuyo cuadrado está más próximo (sin pasarte, si te pasas es peor) a 38 es 6 ¿verdad?, seis al cuadrado treinta y seis y faltan dos para treinta y ocho; muy bien, ahora el doble de seis es doce y el cuadrado de doce son ciento cuarenta y cuatro..., bueno todo esto es una aplicación del binomio de Newton $(a+b)^2=a^2+b^2+2ab$ y en nuestro caso $60^2+2^2+2 \times 60 \times 2 = 3844$ como se quería demostrar, *ergo* la raíz cuadrada de 3844 es 62. Por lo demás, si hablamos de defectos podemos tomar una distribución binomial (o es aceptable o es defectuoso), pero tratándose de miles, cuando no millones de datos, es preferible ajustar a una distribución normal, con intervalos de confianza de .9, .95 o .99. Se puede calcular que el proceso seis-sigma daría menos de cuatro defectos por millón.

Por supuesto, para que esto tenga algún sentido, debemos trabajar con un proceso bajo control estadístico, como propuso Walter A. Shewhart y desarrolló W. Edwards Deming, hay que hacer los gráficos de control, aplicar los 14 puntos y evitar las 7 enfermedades mortales. Hay que saber cuándo hacer muestreo estadístico o inspección del cien por cien e implicar a la alta dirección en la política de calidad total. Puede que a ustedes, queridos lectores, les suene todo esto de las lecciones que Mr. Beta diera a Rafael un lustro antes, lo que podemos asegurar es que a los jóvenes alumnos de la academia Torrente les sonaba a chino en aquel otoño:

VI. 122. Juventud, divino tesoro, ¡ya te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro... y a veces lloro sin querer...

El señor Torrente, propietario, alias el Séneca, le pagó en monedas sus honorarios, con un rictus de dolor cada vez que se desprendía de una, mientras le contemplaba con gesto disconforme —puede que les resulte difícil imaginar esos dos gestos simultáneos, dolor y

desagrado, en la misma cara, pero inténtenlo, el señor Torrente tiene mucha cara—. Y Rafael sale hacia la calle Mayor, pensando en si comprar un dulce en la confitería o un calmante en la farmacia, doblando ahora hacia la izquierda, camino del garito de Carmen, la cerillera, la Carmen de España y no la de don Prósper.

—¡Hola, Rafael!, saludó Antúnez, acodado en la barra, ¿cómo te ha ido con Torrente? ¿Te ha pagado?

—Sí, las treinta monedas estipuladas. ¿Qué haces tú aquí?, ¿no daba yo las clases para que pudieras hacer la corte a Sarita?

Sarita era la hija del director del Banco CASE, y Antúnez la pretendía como medio más seguro para ascender en la profesión, pero también tenía una «amiga», María Antonia, a la que veía en La Cerillera de forma clandestina, lo que añadía algo de morbo a la relación (puede que a ambas relaciones).

—Calla, pidió Antúnez, todavía tengo que recogerla después de la Canasta benéfica de la cofradía recoleta en la calle del Aire.

—¿Has reunido nuevas estadísticas?

—Bueno, pronto es el aniversario de bodas de Velmar y Duque, se dice que darán una cena en el Gran Hotel, y tengo las terminaciones más premiadas del sorteo de Navidad.

Con estas palabras se fue y Rafael, en aquel otoño de su desolación, precursor de un invierno del descontento, pasó por la trampilla del mostrador y se fue con Carmen a la trastienda. Al volver, triste como animal que era, pidió un Cantueso Oro y *La Ocasión* para leer la columna semanal donde Rancho loaba a Pancho, ¿o era al revés? La mención al hotel le había hecho pensar en don Daniel, pero aquella noche no le apetecía más compañía después de haber estado con Carmen, que volvía al salón preparada para su número musical *La balada de la trompeta* de los 5 latinos —tan populares que habían dado nombre a los destructores de la 21 escuadrilla, surta en el puerto: Lepanto, Almirante Ferrándiz, Almirante Valdés, Alcalá Galiano, Jorge Juan. Precisamente en el D-23 servía un hombre que..., pero esa es otra historia. Para su número, Carmen contaba con la colaboración de Lorenzo Píriz, de la joven Orquesta Filarmónica Santa Cecilia, reciente agrupación musical que vegetaba a la sombra de la Banda de Infantería. Rafael pensaba que aquel tipo estaba interesado en ella, pero no tenía ánimos ni fuerza para involucrarse en un típico asunto español de celos, por eso lo de don Prósper, si es que antes se han quedado con curiosidad. La noche caía, brumosa y densa, Rafael hace sonar unas monedas (de Torrente) en la barra y se despide, bastón a las cuatro horas, camino de una ronda de noche, grabada al aguafuerte del olvido, de la nada, del polvo de deseos sin cumplir, tremendismo provincial de diciembre 1962.

SEGUNDA PARTE. LA CIUDAD. CAPÍTULO IV. LOS ARTISTAS

¡Ah!, aquellas artistas del teatro chino Chin-chón, mujeres ya talludas, veteranas de mil guerras (en caminos de tierra y en campos de pluma), ajadas, manoseadas, baqueteadas. Las chicas de vida triste, llenas de esperanzas rotas como medias llenas de carreras, luciendo cicatrices del tiempo y del desengaño, mil veces engañadas y otras tantas vueltas a engañar —porque nadie se hace tanto daño como uno mismo—. Las chicas del coro, chicas del *couplet* (tan veteranas son algunas), un giro erróneo del camino las hizo vagar por los círculos del infierno de la mediocridad, cuesta abajo en la rodada, «es demasiado aburrido seguir y seguir la huella». Las lonas rancias que separan cubículos inmundos de ignominia, las lacias medias sudadas colgando de las cuerdas grasientas, los potes abiertos y pringosos de cremas sin etiqueta: belladona, carmín, polvos de arroz, lanolina, vaselina, alumbre, óxido de zinc, cera de abejas, árnica, talco, glicerina, esencia de almendras, agua de hamamelis, ancusa, caolín, goma tragacanto, esperma de ballena, ácido salicílico, bergamota, aceite de ricino, manteca de cacao, manteca de coco, polvos rachel, y el inacabable apartado de los depilatorios: cal viva, almidón de arroz, almidón de trigo, acetato de talio, acetanilida, perhidrol o su contrario, el mundo de los remedios para la caída del cabello: clorhidrato de pilocarpina, bálsamo del Perú, médula de vaca, resorcina, tintura de benjuí, hojas de jaborandi, sulfuro de carbono, xilol, ácido benzoico, o para teñirlo nitrato de plata, té negro, tintura de ruibarbo, azul de metileno, ácido bórico y salvia, y cómo olvidar el cuidado de las uñas con glicerolado de aluminio, alumbre calcinado, vainilla, borato de sosa, glicerosfosfatos de cal, sales halógenas de magnesio, oxalato de potasa, ácido estánnico, piedra pómez, carmín en polvo.

Y las deformes prendas interiores y los arreos para los números, las lentejuelas y las plumas aquejadas de alopecia y halitosis, los zapatos juanetudos y torcidos, el símil-piel rajado y recosido, los sombreros indescritibles y los antifaces de tafetán, los abanicos de país ignoto, las mallas de baile, parasoles de papel, kimonos, saltos de cama, *negligés*, vestuario-bestiarario que ha ocupado baúles del tiempo del Orient Express. La utilería es digna de un circo de pulgas o de un mercado persa, hay ukeleles, bandurrias (para las corsarias), banderas y gallardetes, diabólos y rulos, mancuernas y [no sigamos por ahí] un bandoneón, cuatro castañuelas, pájaros disecados, un tambor, dos serpientes de plástico y una boa de peluche, geranios contrahechos y esposas de guardarropía, biombos, sillones, una gualdrapa, conchas de tortuga, pieles de leopardo, un látigo errático, dos pisapapeles, un caleidoscopio y un aguamanil. Los mil cachivaches del despacho de Ramón y los oscuros utensilios de un cuadro de Solana. Hay también bebidas de dudoso gusto, vasos de café, tostadas mordidas, restos de pollo frío, una perola de potaje, tres botellas de

cerveza y un poco de pan.

Los artistas serios están en el estudio de Caparrós, pero la parafernalia es en parte común con la de las muchachas de vida triste. Por el lado del dibujo técnico —en la parte derecha del ring, porque el arte siempre tiene que estar, como es sabido, en la izquierda— se ven dos compases de gran tamaño que recuerdan inevitablemente a una cabra (*the goat and compasses*), media escuadra de color madera desvaído, tres trozos de goma elástica (procedente de la cercana mercería Bazar X) impregnados en tiza para trazar, por contacto, mediatrices, apotemas, circuncentros, baricentros, bisectrices, perpendiculares trazadas por la base y charnelas, dos charnelas en desuso que han conocido tiempos mejores ¿tal vez en academia Torrente?, y vegetan ahora en su senectud en el también desusado estudio tras la muerte del maestro. Del lado artístico dos bustos, cubiertos de polvo como arpas, algo nos dice que son respectivamente masculino y femenino, pero no tienen atributos, un jarrón de terracota con seis geranios contrahechos, tres botellas (pequeña, mediana y grande) para los seguidores de Morandi (nosotros nos declaramos seguidores de Elsa), papel guarro, crayón, ceras blandas, punta seca, sanguina, un caballete sobre el que envejece una copia de Palencia, varias espátulas con resecos manchurroneados, un estuche de acuarelas de tiempos de Turner, lienzos, trapos, cucharillas (para los pescadores), tubos de blanco nuclear, azul genciana, amarillo huevo, granate, bermellón, siena, todo un pantone antes de hora.

Los amigos de Velmar y Duque aprovechan su ausencia para preparar la fiesta sorpresa de su aniversario.

—Entonces, ¿tenemos reservado el Gran Hotel?

—Sí, ya se lo hemos dicho a Pepe el cocinero y Horacio el maestre-sala.

—Y ese profesor que llegó hace poco, ¿habrá que invitarlo también?, se aloja allí.

—Bueno, creo que ya conocía a don Avelino (es el joven Alcaraz que todavía conserva el tratamiento de respeto a sus mayores).

—¡Ah, y ahora tienen una invitada en casa!, una enfermera, creo.

Pero hay más artistas en la ciudad, son artistas «del alambre», del mundo flotante, por falta de alimentos y exceso de fantasía, son nuestro amigo Juanico el Tonto con su alambre interminable, son los feriantes que para la temporada navideña van a instalar sus tristes puestos en la Glorieta, son los barquilleros y vendedores de algodón de azúcar, esa pesadilla pegajosa, son los humildes impresores que preparan tarjetas de felicitación y de aguinaldo: «mi esposa engorda y yo adelgazo, trae nueva boca el embarazo» (no, eso es de otro), digamos «su barrendero amigo le desea felices fiestas, su basurero amigo le recuerda que el niño nace para todos, no deje su basura fuera en Nochebuena y Nochevieja, su sereno del barrio vela para que usted duerma, agradece su generosidad...», son los trabajadores del puerto que ven amanecer desde el muelle, los pequeños propietarios de bares y garitos que abren a las seis para que los estibadores tomen sus reparos, láguenas y asiáticos, los empleados de la lonja que descargan bultos y banastas frente a las monjitas de las siervas que también están despiertas para laudes, son los miles, millones de muertos a los que no podemos cerrar los ojos uno por uno, porque el que vive cerca del cementerio no puede llorar por cada difunto.

Y los artistas florales, como *Fernando* padre, frente a la sede del Banco CASE, especialista en ramos de violetas y nomeolvides, siempreflor y geranios, petunias y begonias, poinsetias y ciclámenes...son tus ciclámenes mujer..., jazmines y alhelíes, las plantas trepadoras, las rosas y los lirios.

21-22. 4-6. 11-12. Muy buenos días, huerto. Saludo tu frescura que brota de las ramas de tu durazno en flor; las plantas trepadoras conversan de política; las rosas y los lirios, del arte y del amor.

O el clavel humilde, un rojo rojo clavel en el ojal, en tu pelo, en la boca de la española cuando besa, una aceituna como ninguna. Y las flores fúnebres, gladiolos (de gladio, la espada corta del gladiador) y crisantemos —si es la llamada que espero, anule las rosas y encargue crisantemos—*I crisantemi* de Puccini, pecadillos de juventud. Y las macetas desbordantes que buscan a la señora Jones, plantas, semillas, bulbos, el especulativo tulipán holandés o el tulipán negro, o fanfán el tulipán, la dalia (también negra, originaria de L.A. confidencial), la planta del dinero, la uña de gato, la campánula azul, el diente de león en infusión. Y los lirios, caballero.

Y los artistas reunidos cerca de Pancho y Rancho, esperando su migaja semanal: el nórdico Menkell, amigo de Kierkegaard, esperanza del género negro, la misteriosa y bella Blancaflor de Harina, pretendiente a la editorial Molino, que desea una reseña de su debut *Candanchú, amor en la nieve*, el joven Pepito Chisgarabís, con su trilogía inédita *Cincuenta años de compañía*, mendigando una entrevista en la radio del movimiento se demuestra andando, el chupatintas Segado Verdes, compañero de Antúnez, que busca una idea de saldo y recuelo para adelantarse a aquel con una novela costumbrista, la poetisa Mona Lisa, autora del romance histórico *El conde Lucas Knorr*, 19 307 octosílabos mal medidos.

Y la sensación de que todo gira en torno a mí, que no puedo girar bruscamente sin que todos ellos se vengan abajo como figuras de un tiovivo desencajado por exceso de revoluciones, como ninots camino de la hoguera, como personajes de ocasión (la ocasión) desechados en tugurios de teatro chino, en cafés de provincia pobre, en floristerías marchitas sin una aspirina que añadir al agua ¿desleer o desleir?, entre potes de cremas baratas, tizas de colores pasados de moda, leche aguada, raíces secas, desolación, polvo, humo, nada. O no del todo nada: al caer la noche hay función *chez* Chin-chón con su número famoso *nene*, ¿quieres naranjitas? y también exposición de naturalezas muertas en el estudio Caparrós (plantas suministradas por floristería Fernando, padre), se ha decidido el regalo para el aniversario (de *la tienda barata*, comercio local), y se han preparado tres notas de prensa, dos cuñas de radio y una presentación en El Cantón, ¿quién da más? Habrá que preguntarle a Antúnez que lleva, incansable, las estadísticas.

Yo sigo mi camino, llevo zapatos *gorila* de gran resistencia, y una flor en el ojal, me espera Isabel, vestida de enfermera para mayor claridad, ha sustraído los papeles de casa Velmar-Duque, y tengo que llevarlos a don Daniel para autentificar. Tengo una cartera de cordobán de Jerez de los Caballeros con las iniciales (falsas) TEBPI. Isabel está bella, está bella esta noche, vestida de ella, vestida de Eva, y yo me pregunto si su trato con el profesor es solo de enfermera y paciente o si tú eres mi enfermera de noche y siempre estarás a mi lado (la Mode). Yo sigo mi camino, camino de La Cerillera, donde Carmen me espera, ya he leído todos los libros.

Hagamos, pues, deporte, socios de Educación y Descanso, jinetes del Club Santiago (caballeros, como Quevedo), Gimnástica y Balompédica, entrenando en los terrenos de los montes amarillos, desmontes rellenos con escombros bélicos, atletas de Refinerías Populares, clubes de pentatlón moderno, reyes del ping-pong, campeonatos de fútbolín, asociación de dominó, piscinas del club de oficiales, carreras campo a través, bolos cartageneros, balón medicinal, clavadistas desde el cantil del puerto, concursos de apnea en la base de buzos,

competición de pulsos, levantamiento de pesas, ciclismo en el circuito de Barrio Peral, paracaidismo en Alcantarilla (¡ella ya ha nacido!), salvamento y socorrismo, colombicultura y caza menor, pesca deportiva al curricán, baloncesto —el equipo de Antúnez contra C.B. Mastia, las estadísticas... Antúnez 3P, 2P, FG,FT, Re, As, Barriocanal, Casadó, Daudén, Falagán, Gómes, Hedilla, Imbernón, Jimeno, Ketterer, Lazaga, Meneses, Nicolás, Otalora, Pancho, Quesada, Rancho, Sánchez, Trashorras, Unzúe, Velmar, Waldo, Xandro, Yo, Zumalacárregui.

¿Qué es el conocimiento? Una enumeración caótica de lo que pudo haber sido, la ecuación de onda de una muchedumbre indistinguible, la frecuencia de vibración de las moléculas de agua que se separan al hornear la masa de aquellos barquillos de Monsieur Sainte-Colombe, las estadísticas de anotación del sexto hombre (cuatro santos, un *playmaker*, un suplente) saliendo del banquillo en los primeros segundos del tercer cuarto, la población del condado de Dade antes del censo mormón, la psicología barata de un narrador de tercera en una ciudad de provincias que prepara su Navidad, triste Navidad, las citas a pie de página de un poema desconocido, el contenido de las maletas abandonadas en objetos perdidos, un *casting* inabarcable proyectado sobre la pantalla de un cine de verano, los reflejos iridiscentes de los peces de colores en el estanque de ese mismo cine, los manuscritos falsificados de esta verdadera historia, el dolor que en verdad siente, el polvo, el humo, la nada. *Exitstageleft*.

TERCERA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO IV. EL COTO

Tal fue el éxito de la convocatoria para el aniversario de bodas de esa pareja feliz (el 5 de diciembre, san Sabas, sacerdote de Anatolia, venerado tanto por católicos como por ortodoxos, fallecido el 5 de diciembre —de ahí la festividad— de 532 en Jerusalén) que, incapaces de encontrar un local cubierto con aforo suficiente, se vieron obligados a instalar unas carpas en el terreno conocido como *El Coto*, justo al lado del nuevo paseo. Por fortuna el tiempo era excepcionalmente suave (era un aire suave...) y la animación de los bailes junto a la ingesta de bebidas cordiales hizo pronto innecesaria la presencia de prendas de abrigo. Claro que también tenían unos *chubesquis*, cortesía del primo de don Lino, siempre a la penúltima en pequeño y mediano electrodoméstico (sin electricidad): molinillos de café (café-café), ventiladores, lavadoras —que se llenaban con palanganas—, radio y televisión (incipiente). Porque había también, puestos a tirar la casa por la ventana, un tendido eléctrico de fortuna merced al generador aportado por la zona marítima, en plena campaña de acercamiento a la cultura local, el almirante Zumalacárregui en persona nos honraba con su presencia, y una docena de reposteros servían bandejas de pechuga de gallina de *chez* Pepe Díaz. Estaban las señoras de la fea burguesía, la madre de Sarita, la esposa del alcalde, las damas de la Cruz Roja, juntas de mesa de cofradías de Semana Santa, mesa presidencial de «la gota de leche» (Obra Pía), «Ropero de Caridad», «Hogar del Productor», «Asilo de Desamparados», «Casa Cuna» *et al.* Destacaban los miembros del Círculo Agrícola-Ganadero y de la Sociedad Económica, Casino Literario, Real Hospitalidad, Hermandad de la Sábana Santa, Casa de Socorro, Obras del Puerto, Agrupación de Consignatarios Marítimos, Consejo de Cónsules hanseáticos, cajas de ahorro (CASE), profesores mercantiles, academias de corte y confección, Sindicato de Asentadores de Frutas, Unión de Líneas de Transporte por Carretera, Consorcio de Talleres metal-mecánicos, Comité de Sanidad exterior y Veterinaria, Federación de Practicantes y Enfermeros, Prácticos del Puerto, Liga de huérfanos de la Armada, Farmacéuticos unidos, Subdelegación de Estancos y Loterías, Patronato de la Milagrosa, Sección local de agrupaciones musicales de pulso y púa, viento y metal, feriantes y sindicato del espectáculo (e industrias afines), postes de combustible, destacamento de peones camineros, tahonas federadas 3, 4 y 5...

La representación literaria era por demás brillante, no solo todas las tertulias mancomunadas para la ocasión, Alcaraz, Teresa, Chaparro, Pancho y Rancho, Kierkegaard, Miguel de los Santos, Guedejas, Mariano José, Parrado (han fletado un microbús para la ocasión), la redacción de *La Ocasión* en pleno, la radio (no hay más que una), los autores inéditos encabezados por Antúñez que toma notas para la estadística, los asiduos a juegos florales, troveros, repentizadores

(junto a los Piñata), sección de cultura del ayuntamiento, cesantes, pedigüños —que son expulsados por un servicio de orden militarizado—, niños curiosos y dos perros andaluces. Llega también don Daniel con Juanico el Tonto, que porta una gran maleta sobre la carretilla que han tomado prestada en la lonja, Juanico que siempre lleva su jersey corto que no abriga pero no siente el frío, o los demás no sentimos que lo sienta.

Daniel, que tiene que volver a Madrid para el último empujón hacia la Academia y en un rápido aparte con Rafael le dice que ha aprovechado, en combinación con la enfermera Plaza, la ausencia del matrimonio cuyo aniversario celebrábamos para cotejar el fondo del poeta, de forma satisfactoria (esto último señalando la maleta con el pulgar). Su aspecto atildado destaca aún más frente al de Juanico, que le acompaña a la cercana estación a cambio de una perra gorda y la promesa del cabo de cuerda que ata el baúl. Tales son los intereses humanos: humo, sombra, nada, vanidad de vanidades...

—¡Abuelo!

—¡Joder!

—¿No estarás bebiendo cantueso?

—No, hijo, soy Olímpico. ¿Qué querías?

—He encontrado a tu madre, la bisabuela.

Definitivamente los bailes no le sentaban bien a Rafael, ¡su madre! Su madre había muerto a principios del 19 (1919, naintín-naintín), a causa de aquella mal llamada «gripe española», en realidad una epidemia debida a la desmovilización de millones de excombatientes de la Primera Guerra Mundial, heridos, desnutridos, recorriendo miles de kilómetros, sin defensas, en condiciones higiénicas penosas. Él no había cumplido todavía los tres años y sus recuerdos (o ausencia de recuerdos) maternos eran más escasos y nebulosos que los de Proust, quien debía de estar escribiendo por entonces. En esa asociación de ideas (pensar en Proust cuando te hablan de tu madre) podemos ver —doctos amigos— una buena metáfora de la literatura; no nos hablen de sentimientos puros, de deberes conyugales o familiares, de piedad, no nos hablen de obligaciones morales, somos seres obligados para con la escritura, seres para los que vivir no es necesario, pero escribir sí lo es. Y entonces todo empezó a girar (con una acusada tendencia levógira) —todo *dancia* en torno a la estancia, ¡más luz!—, giran las ruedas de la carretilla de Juanico camino de la estación donde entra el nuevo Talgo 4 en viaje de pruebas, con sus ruedas girando levógiras para aminorar su frenética velocidad, giran los gráciles danzantes —el matrimonio homenajeado ha abierto el baile a los sonos de *Báilame un pasodoble español*—, un disco que gira a 45 rpm en el tocadiscos Philips que ha traído nuestro querido primo [en realidad vino de contrabando en las bodegas de uno de los 5 latinos, tan sobrecargadas que la línea de flotación bajaba peligrosamente, *down to the waterline*] giran las ruedas de la silla donde Pancho ha traído a su esposa, enferma incurable, postrada en cama salvo ocasiones excepcionales como esta, Pancho, a quien debiéramos tal vez absolver de sus pecadillos literarios por mor de su abnegación (o tal vez no, no es nuestro oficio el perdón), giran los haces de luz multicolor que en un alarde de técnica ha instalado Castellito, luminaria argentina y familiar lejano de otro Castellito, S.J. a quien ustedes deberían conocer, gira la bandeja de alpaca que uno de los reposteros coloca frente a Rafael, que gira sobre sus talones (y su bastón) rechazando las especialidades locales: el fronterizo, el reglamento, el cantonal, las medias noches, los maribrunis..., gira el grupo de literarios sedicentes, que ha formado una conga al socaire de la ingesta de Licor 86 (doble seco, ¡oh, Smart!), gira la cabeza Antúnez ante la llegada de Isabel, de

uniforme blanco de la cofia a las medias, y juntos empiezan a girar bailando hasta luego cocodrilo, el generoso pecho de la matrona contra el estrecho del estadístico, imprudentemente excitado (la vieja fantasía de la enfermera particular) en presencia de su potencial suegro, giran los ojos de Marujita Díaz y gira el disco sorpresa, gira el reloj del Arsenal y el escaso tráfico en la intersección del Almarjal, gira la ruleta y siempre sale el 42, gira el mundo, gira y en las calles, en la gente, corazones que se encuentran, corazones que se pierden, alegrías y dolores de la gente como yo... (aunque aún no se ha compuesto) y alguien me la chiva desde un lugar del tiempo a resguardo del tiempo, porque yo sé, y el conocimiento no me ayuda, no me sostiene sobre este mundo que gira al contrario de mis deseos, porque el conocimiento puede —suele— ser falso, y conduce a la desolación y a la falsedad, estos falsos fiambres finados que nos sirven falsos militares con sonrisa falsa, este falso Rancho que calcula posibles beneficios infinitesimales, estos falsos documentos de un falso poeta, estas falsas confesiones de un pecador, colaboracionista falso de falsos saberes, esas fechas falsas de falsas referencias, la falsa alegría de una falsa ciudad en una falsa provincia de un falso país, un paso en falso, las falsas estadísticas —*lies, damned lies and statistics*—, los falsos anuncios de falsos compromisos, las falsas declaraciones de políticos falsos y el falso fulgor de las fotos que intentan recordarnos falsos encuentros con la falsa verdad.

La fiesta se deshace en grupos desordenados: unos por el colegio de huérfanos, el convento de Siervas y la Caridad, otros por la nueva avenida hacia la Plaza de España, otros por detrás de la Lonja hacia el monte Sacro, algunos deben volver hasta el muelle, otros hacia Murcia en su microbús, aquel parará en la plaza de los Carros, hay caballerías que van hacia la posada del Parque, motocarros y ciclomotores hacia el Hondón o San Antón, quien va al Casino o a las confiterías del Barrio, los noctámbulos irredentos camino del Teatro chino o de La Cerillera; se deshace el convite en dúos y tríos, como se deshace un duelo al comenzar a llover, lluvia lustral, eucarística y breve, falsa garúa de diciembre. Don Daniel ya camino de Albacete (con dos maletas), los *aniversados* e Isabel hacia Cuatro Santos, Rafael que va sin rumbo, pensando en su madre muerta, pisando un falso charco (su falso charol rompiendo la luna que acaba de salir según un viejo ardid convencional), se encuentra con Juanico y le da otra perra gorda y un trozo de cordel «por las molestias», musita. Santo nieto, santa hija, santa madre, ¿quién es el cuarto santo? La noche cayendo está.

CUARTA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO III. LAS ROCAS

Las rocas metamórficas, las rocas sedimentarias, las rocas volcánicas.

Las rocas metamórficas (del griego *meta*: ‘cambio, transformación’, y *morphe*: ‘forma, cambio de forma’) resultan de la transformación de rocas preexistentes que han sufrido ajustes estructurales y mineralógicos bajo ciertas condiciones físicas y químicas como temperatura, presión y actividad química de fluidos (agua o aire). De rocas preexistentes, ¡incluso de otras rocas metamórficas! La vieja explicación que no conduce a ninguna parte —*metamorfosis*: ‘acción y efecto de metamorfosear’—, todo tiene una causa previa que a su vez carece de causa conocida, salvo que seamos tomistas y creamos en la causa primera, o atomistas y pensemos que no hace falta causa alguna. Pero en aquel viaje hacia Madrid nos encontrábamos primero con rocas sedimentarias, no en vano aquella cuenca mediterránea es un aluvión de residuos de otras rocas, un depósito residual al paio de acciones erosivas que, por diagénesis, produce estratos, brecha, arenisca, lutita, marga, caliza, arcilla, limo, calcita, carbonato. Las rocas ígneas de volcanes apagados nadie sabe cuándo, entre estertores del magma, las plutónicas como el granito de los altos edificios renacentistas, las extrusivas como el basalto ¡más alto! o la preciosa obsidiana. Aquellas bajas colinas amarillas, las blanquecinas calizas, las canteras arcillosas, los fértiles suelos aluviales, las minas de hierro en El Garbanzal ya explotadas en tiempo de los romanos, los pequeños filones de plata redivivos a finales de siglo —que habían permitido la fortuna de los constructores de muchos de los edificios que había admirado Rafael en Cartagena—, las cárcavas de la zona de Cieza ¿pá que quiés que vaya?, las sierras de Calasparra y Hellín, los picachos de Cancarix y Agramón, el Cuco, los Donceles, las llanuras de la Mancha con sus viñedos sobre suelo calizo, arenoso, arcilloso o húmifero, los pedregales camino de Cuenca, los montes de Toledo, sus austeras canteras propiedad de cementeras, el salto del Tajo, la vega de Aranjuez, Rivas-Vaciamadrid, el cinturón industrial que empieza a emerger, Madrid.

Las rocas que acompañan siempre, *from the cradle to the grave*, rocas, piedras, piedra de toque, la extracción de la piedra de la locura, versos que se inscriben en piedra, rotundos, marmóreos, y las piedras que flotan entre aguas de espejo, las tierras solares, las tierras extrañas, el polvo que formó al hombre, la piedra filosofal, tú eres Pedro...

234. 21-22...y las piedras de Venecia siguen impasibles...Piedras de Venecia, ¿quién diría vuestros encantos, vuestros maravillosos secretos, vuestras floraciones de idea y de arte?

No es el arte, ni siquiera la idea, la que trae a Rafael de vuelta a Madrid; más bien es el deber y la rutina, aunque ya su vida es casi pura rutina y no sabe muy bien cuál es su deber, pura técnica de finales, pura burocracia que se alimenta a sí misma, burocracia metamórfica que tal vez provenga de la transformación de otra burocracia más antigua (sánscrita, digamos, o del Bajo Imperio), no ya una burocracia ígnea, volcánica, plutónica, no una burocracia escrita en granito o en lápidas de basalto —*keine Basalte*— se quejaba Goethe de la joven América. Necesidades del Servicio (necesidades las llamaba él), ajuste de cuentas de fin de año, visitas sociales, compra de libros, recogida de información. De pronto ha terminado, no se sabe cómo, esas obligaciones lerdas y se encuentra, en las horas tempranas de la tarde —hay luz todavía— del 23 de diciembre, paseando por la calle de Serrano, y hace viento. Y ese viento arrastra, cosa rara en aquella zona generalmente limpia, una hoja de periódico, ennegrecida como si hubiera sido usada para contener castañas asadas (que tal vez han sido comidas cincuenta y cinco años después en Cartagena o cincuenta y cinco días después en Pekín), pero en la que un criptógrafo veterano como Rafael puede leer el premio de la lotería de Navidad, jugada ayer, le parecen números muy «feos» y decide comprar el periódico —tres pesetas, ciento veintiocho páginas— en el quiosco que está a la altura del número 8 (casa central de la muñeca Mariquita Pérez) y entrar a leerlo en el bar de la esquina con Goya. Lleva una camisa Tervilor comprada en Galerías de José Antonio 78, y un pañuelo Guasch que le asoma (dos picos) por el bolsillo, saca un paquete de 3 Carabelas (el más español de los tabacos americanos o viceversa) y enciende un cigarrillo con su encendedor (Silver Match) mientras pide una cocacola *on the rocks*. El camarero está contando afanosamente taponos de Fundador (coronillas, dicen los expertos), pues por cada tres dan un disco microsurco:

—¿Qué discos va a pedir? —le pregunta Rafael.

—No sé si tendrán algo de Elvis Presley—contesta el joven, que pronuncia *preisli*—. Me van a regalar un tocadiscos Iberofon, porque a mi tía Virtudes le han tocado quince mil pesetas en la lotería, pero hasta después de Reyes no puedo ir a cambiar las coronillas, cierran por Navidad.

Rafael recuerda que iba a mirar lo de la lotería y encuentra en la página 79 que ha caído algún décimo del segundo premio en El Garbanzal, cerca de Cartagena, se imagina a Antúnez (quien tal vez había calculado las posibilidades de acertar) buscando agraciados para abrirles cuenta en el banco CASE. En otra página dice que eran papeletas repartidas por jóvenes alumnos del Isaac Peral, puede que alguno sea de los que asisten a la academia Torrente, o reciba clases particulares de Pancho; hablan de un millón cuatrocientas mil, eso viene a ser diez pesetas por habitante de la ciudad, deja diez pesetas en la barra (hay bote) y sale de nuevo a la calle, ya ha leído el periódico. Sabe que puede elegir entre varias películas atractivas: Jack Palance en *Los Mongoles* (y sobre todo Anita Ekberg); Rock Hudson en *Su único deseo* (lamentablemente sin Doris Day); *El Cid*, en el cine Luchana; *Hatari!*, que le tienta; o la reposición de *El maquinista de la General*, del gran Buster, cuya cara adopta ahora inconscientemente mientras se decide por un estreno, *La gran familia*, en el Lope de Vega. Puedo darle el castin:

Alberto Closas, Amparo Soler Leal, José Isbert, López Vázquez, María José Alfonso, Jaime Blanch, Pedro Mari Sánchez, Maribel Martín, Paco Valladares, Erasmo Pascual, Julia Gutiérrez Caba, María Isbert, Jesús Álvarez, Luis Barbero, Jesús Guzmán, Paco Camoiras, Pedro Sempson, Valentín Tornos, Félix Acaso, José María Caffarel, José María Prada, Luis Morris, Alfonso Godá, Carlos Piñar... tira el periódico (ha guardado una página, la reseña de un libro sobre Pedro Salinas, de la editorial Isla de los ratones) y se va pensando en los viejos equilibrios

de poder que ya apenas le atañen, Alonso pasa a la v Región Militar, dejando el Sahara, mientras Aznar va de embajador a Rabat. Rafael conoce al hijo de Aznar, son coetáneos estrictos y ahora casi compañeros, pues ha pasado de la SER a Radio Nacional y él depende teóricamente de Información y Turismo; tal vez vaya a saludarlo si tiene tiempo, pero ahora hay que sacar la entrada (no hay mucha gente en la sesión nocturna) y olvidarlo todo; Cartagena, Plaza, Pancho y Rancho, generales y embajadores, amigos y enemigos..., le apetece sumergirse en la negrura de la sala y dejarse llevar por la dulce pendiente de la nada abarcadora, del humo que aparece en el cono de luz del proyector, pero entonces:

—¡Abuelo, abuelo!

Falsa alarma, no es Rafaelillo, sino uno de los niños de la película (también Sánchez), que llama a su abuelo porque se les ha perdido Chenchó, en la plaza Mayor —ese agujero negro que él evita cuidadosamente cuando está en Madrid, y cuando no, también—. Es una cinta muy interesante, para alguien que no tiene familia, aparecen todos los tipos humanos como en un catálogo de especímenes o una lista de caracteres según las protuberancias craneales: los hay coléricos y flemáticos, sanguíneos y mórbidos, glotones y ascetas, atletas y contemplativos, salaces e inocentes, víctimas y verdugos, leales y traidores, ambiciosos y apáticos. Sobre todo le impresiona la evidencia de que la madre *no quiere a los hijos*, tal vez llevada su maternidad al límite con quince vástagos o dividida ya en fracciones infinitesimales; seguramente empezó amando a su marido (o lo siga amando como hombre) y a los primeros niños, luego algo cambió y el torbellino de partos trajo en su lugar una secretaria, una ordenanza, una gestora de mal humor y listas, horarios y economías: la vida que impone su exuberancia, demasiada realidad, demasiada. Y eso que alguna de las niñas es muy mona, esa M.M. adorable. ¡Un momento! ¿Es Rafael un monstruo? ¿Ha leído *Principado junto al mar*, *Kingdom by the sea*? ¿Lleva abrigos largos aunque el tiempo, como en Cartagena, sea suave? ¿Caramelos en los bolsillos, usa sombrero? ¿Abandona, a veces, el patio de butacas para acercarse a los baños y vuelve poco después, sudando y arreglándose la ropa? ¿Su fracaso con las mujeres adultas tiene raíces perversas? ¿Tal vez su propia hija, en aquellos años en que no podía reconocerla, ha sido objeto de...? ¿Es ese el secreto atroz de Rafael?, ¿frecuenta los espectáculos infantiles?, ¿compra algodón de azúcar?, ¿va a menudo a los caballitos?, ¿sabe de gorritos y verdugos?, ¿tallas de calcetas y leotardos?, ¿hay pequeños huesos enterrados en algún jardín de senderos bifurcados?, ¿dientes de leche?, ¿fontanelas abiertas?, ¿escucha con frecuencia las canciones de los niños muertos?

Falsa alarma, su nieto lo sabría y... ¡abuelo!, ¡abuelo! Es él ahora quien le llama, al acabar la proyección:

—Don Daniel va a morir...

—¿Dónde?

—En su casa, calle Ruiz de Alarcón, al lado de la casa que fue de Pío Baroja.

Rafael no ha visitado allí a don Daniel, de hecho nunca ha vuelto, superstición tal vez, a la calle aquella donde acudió hace ya seis años cuando murió Baroja, con el amigo Seaborn y su abrigo. Toma ahora un taxi, ángeles del volante, José Luis Ozores, José Isbert (otra vez), Manolo Morán, Tony Leblanc, las calles vacías, ya casi es día 24, un sereno, le enseña una pequeña tarjeta circular —seguramente cortesía del Vicepresidente—, sube, sale en ese momento un hombre gris con maletín, seguramente el facultativo, saluda y hace un gesto negativo con la cabeza. Hemos entrado en la casa de enfrente, esa donde la muerte va siempre de visita, hoy

mismo. Un ama de llaves, a juzgar por su aspecto, le sale al encuentro, parece tranquila, Julia Caba Alba, Guadalupe Muñoz Sampedro, Blanca Sendino, Pegotty ¡qué sé yo! Le reconoce:

—Pase, don Daniel quería hablar con usted...

—¿Puede hablar? —pregunté mientras recorríamos un pasillo con cierto olor a coliflor.

—Ya sabe lo que dicen siempre los médicos—respondió Isabelita Garcés, o Lola Gaos, o alguna característica de su gusto—, que no se canse, que volverá al amanecer, que siga tomando lo mismo..., pero yo sé que el señor ha perdido la voluntad de vivir y que tiene que contarle ahora mismo sus cosas, antes de que sea tarde.

Las palabras eran textuales, incluso me pareció que «voluntad de vivir» sonaba con un ligero alemán, como de una desmejorada Marlene Dietrich, o Herta Frankel sin caniche ¿era un caniche? Llegados al fin del pasillo —un olor a desinfectante se mezclaba ahora con el de la coliflor—, me indicó la puerta entreabierta (como la dejara el médico, doctor Barrientos, según la somera afirmación de la doméstica) y se retiró, *exit stage right*. Hay dos formas, según mis largos años de observación, de entrar en la habitación de un enfermo: o bien se entra encogido, pusilánime, arrastrando los pies, como queriendo identificarse con la situación del paciente o se hace justo lo contrario, un derroche de vitalidad, una simulación de bienestar exuberante, un teatrillo *pro domo nostra* que quiere ahuyentar el contagio de la enfermedad, con el mismo mecanismo pueril del que canta en la oscuridad o quema un papel con sus temores para huir de ellos. Yo lo hice con mi habitual torpeza, intentando acostumar la vista a la escasa luz que vertía —fluido amarillento— una lamparita de mesa, mesa atestada con la habitual parafernalia de vasito, termómetro, papelitos de polvos medicinales, cucharilla que se quiebra en la interfaz agua-aire, un bolígrafo (invento relativamente reciente) sin capucha y un libro sobre el que venía a dar la luz, *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

—Ese charlatán de César —me recibió don Daniel siguiendo la dirección de mi mirada.

—Tonterías, Sánchez —nunca me llamó otra cosa—, tonterías, menos mal que lo tengo todo preparado. Entre las páginas 56 y 57 de ese libro encontrará instrucciones. Esos malditos académicos han acabado conmigo, ¡mira que elegir al Tato!, es añadir el insulto a la ofensa; por lo menos podían haber alegado falta de *quorum* o dejarlo vacante, pero esto es demasiado. Me muero de verdad, yo que he dedicado mi vida a lo falso, no podré falsificar mi muerte. Mientras agonizo disuelva usted ese polvillo en el agua, me estoy ahogando otra vez...

Así lo hice, y no pude menos que observar su risilla salaz al decir «polvillo», puede que él siguiera ese mismo tren de pensamiento (ya sé que es un tópico, pero también lo es la muerte) porque continuó:

—Daré usted mis mejores deseos a la enfermera Plaza, con la que tan buenos ratos he pasado en mi ancianidad, buena chica. Pero hay que hablar del otro Plaza, todo está en orden, he hecho mi trabajo hasta el final. Usted volverá pronto a Cartagena, espero...

—No bien pase año nuevo —contesté—, hace frío aquí en Madrid, corre un cierto gris...

—Y unos ciertos grises, no me sea revolucionario, Sánchez, que nos conocemos. Muy bien, allí les diré a Velmar y a su esposa que procedan con el legado del poeta, tiene vía libre, tendrán que hacer una especie de gira por Sudamérica, el Ministerio tiene fondos, lo pondremos a cargo de los 25 años de Paz.

—No habrá que preocuparse de Pancho y Rancho, supongo...

—Pobres diablos, deje que se diviertan con su simposio, luego acabaremos con ellos, tienen bastantes irregularidades contables para acabar en la cárcel de San Antón, pero harán un trato,

son malos pero realistas.

—Gracias, Sánchez, recuerdo con cariño esa actuación. No, está también enferma, me lo ha dicho el alcalde Girón, que es agente nuestro. La traeremos a Madrid para que muera y no se dará cuenta de nada. Al fin y al cabo, ¿qué es la vida?, ruido, furia, humo, polvo, nada...

Estos pensamientos eran tan afines a los míos, como el eco que sucede a un disparo, que podría pensarse que todo era un monólogo interior, y que era Molly la que estaba en la cama en lugar de don Daniel; si yo fuese un lector lo pensaría, seguro, soy un desconfiado. Estamos hablando de dos falsarios, dos pícaros de la peor especie, la intelectual, que no tiene reparo en rizar el rizo de la mentira con tal de obtener un resultado estéticamente aceptable (para su estragado paladar). Pero yo veía —si es que los sentidos son fuente de conocimiento, queridos epistemólogos, querido Russell, querido Kant— a don Daniel en su cama, tan pulido como siempre, con su *pijama* a lo Clifton Webb, la raya en el lado izquierdo y los dedos tecleando en el embozo de la cama, Clifton Webb en Laura (o el original de Laura), Clifton Webb en *Cheaper by the dozen*, maximizando el beneficio, eliminando errores y reprocesos, Clifton Webb con Myrna Loy, la compañera del hombre delgado. Pero, entonces, ¿estaba Daniel actuando?

En estas sabrosas disquisiciones pasamos las pequeñas horas de la noche (el ama de llaves entró un par de veces con puré de coliflor, pero él no tomó nada), hacia el final se volvió hacia la pared y de allí parecían surgir bustos de personajes célebres, todos llamados Ivan Ilich, que poblaban poco a poco la habitación y me hablaban, impidiendo que me durmiese. A las 5:45 expiró y enseguida, como suele suceder, llegó el doctor, que era amigo de la familia, vio que Otro más poderoso había intervenido antes, sacó su pluma y escribió un certificado ¿falso?, causa de la muerte: insuficiencia cardiaca. Era la mañana de nochebuena, 1962, la nochebuena se viene, la nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Intermedio ohne opus. Información adicional.

Con una habilidad tal vez nacida de la práctica (seguramente había trabajado con varios señores «de cierta edad» que habían fallecido durante su desempeño), el ama de llaves —Judith Anderson, o la señora Danvers, o la señora Fletcher, o Agnes Moorehead, o sir Alec Guinness travestido, o la madre de Norman Bates—, se ocupó de los luctuosos detalles (funeraria Sueño Eterno, floristería Florinda, calcetines Ferrys ¡sin comenzar!, anís la Asturiana su presencia siempre agrada, Petrita Puig marmolistas, presupuestos sin compromiso, esquelas en ABC, seis por ocho, ocho por diez, diez por doce, grandes descuentos en medias páginas, teléfono veinticuatro horas...), permitiéndome leer aquella carta que el difunto había deslizado entre las páginas de Ruano. Al hacerlo, una llavecita cayó al suelo, la nota indicaba que abría la cerradura de un cajón secreto en el bargeño de su despacho, un cajón como aquel en que Peter Baron encontró la carta [sí, volvemos a Henry James, *sir Dominick Ferrand*]. Pero yo no emplearé cinco páginas en describir el mecanismo de marquetería que formaba el hueco secreto, ni los historiados adornos del mueble, este es un texto eucarístico y breve, tengo bastante con enumerar los documentos que había descrito don Daniel en un texto autógrafo que leí mientras la casa empezaba a llenarse de esos sonidos luctuosos que debían permitir adivinar a los vecinos de enfrente que ha habido una muerte en la casa de enfrente. Eran:

—Romances de los valles tudancos. Píriz y Piriz eds. Santoña, 1950.

—Construyendo un mito: manuscritos del *Cantar del Myo Cid* en la Biblioteca de

Chatanooga, Padre Barrientos, S.J. Salamanca, Prensas Universitarias, 1936.

—Dialectalismos y barbarismos en la recepción del *Día grande de Navarra*, Sino, L. Anales de la Sociedad Mejicana de Estudios Hidrocálidos, Nuevo León.

—Privilegios rodados en la colección Marqués de los Vélez, Sociedad Alfonso xi, Murcia, 1962.

—Intervenciones darianas en la obra de Evaristo Plaza Valdés (1888-1891), Daniel Barriocanal, Institución Libre de Méritos, 1956.

Aquí hube de detenerme horrorizado, no solo todos los títulos anteriores despertaban mis sospechas por su aroma a falso (esa Lupe Sino erudita en el padre Isla, ese sacerdote jesuita revisando las bibliotecas de Tennessee *in tempori bello*, ese monarca de más en Murcia...), era la atribución —póstuma— de partes del legado Plaza a Rubén Darío, ¡el mismo legado cuya autenticación nos había reunido! Ahora que el experto había muerto, se revelaba/rebelaba como autor del estudio que atribuía al nicaragüense la autoría de algunos ¿quién sabe cuántos? de los poemas que el mismo Daniel examinase como perito. Todo aquello era una maldita *mise en abyme* de nuestra misión, una dimensión adicional que hacía el problema insoluble —como una condición de contorno que llevase todas las ecuaciones a lo irreal, una división por cero—. Empecé a pensar que las consecuencias eran todavía más terribles, Darío era, al fin y al cabo, una compañía habitual de mis andanzas, desde aquella absurda *quest* tras un obispo castellano (precisamente el mismo año en que Barriocanal databa su presunto estudio); si todo era falso, también lo sería mi propia aventura, mi misma vida de papel: como si un personaje se instituyera director de escena y co-guionista de la obra que intentamos poner en pie. Si todo era falso, si las falsificaciones eran falsas, ¿qué creer?, ¿dónde buscar el conocimiento?, ¿cuál era el criterio de verdad? Tendría que reconsiderar mis conclusiones como agente inextricablemente enmarañado en una jungla de intervenciones cruzadas, desprovisto de una condición especial de autor, reducido al papel de una marioneta en la larga serie de mistificaciones engendradas por otra voluntad ajena, *puppet on a string*...

Los demás cajones del bagueño, los que podían abrirse sin llave, contenían obras conocidas del difunto profesor:

—Celenio, construcción de un personaje en el cambio de siglo xviii/xix, Revista de asuntos propios, Anne Árbol, 1960.

—López Vázquez, un actor en la historia literaria, Ed. Cibera, Madrid, 1962.

—La invención de personajes hacia el medio siglo, Revista de Tanatología e Industrias Afines, Auckland (aquí el texto estaba corrompido, podría ser Oakland), 1951.

—La novela de un ilustrado (con ilustraciones de G. Caro-Kahn), Transacciones de la Academia de pulso y púa de Plasencia, Cáceres, 1959.

—Ortografía nacional con apéndice conteniendo un proyecto de monumento a Jerónimo de Pasamonte, Boletín epigráfico del museo aragonés de dialectología epicúrea, Zaragoza, 1947.

—Tradicón y traición: hacia una sistemática de las invenciones locales con especial atención a las mesoamericanas, Instituto de Cultura Alto Vacío, Westinghouse, 1956.

Recuerdo vagamente haber comido un plato de coliflor que me sirvió el ama de llaves (estuve repitiendo el refrito de pimentón y ajo toda la tarde), y que al retirar la mesa me advirtió de que llegaban numerosas manifestaciones de duelo por el fallecimiento. También de que tuve

que hablar con la funeraria Sueño Eterno para que guardase los restos en las instalaciones de La Siberiana, fábrica de hielo (tan higiénico que se puede añadir a toda clase de bebidas, según su publicidad). Era hora de prepararse para la misa del gallo, a la que iba a acompañar a Carlota, en los Jerónimos, tendría que hablar con el sacristán para los detalles del funeral del profesor —era su parroquia, de hecho, aunque no sabía en qué relaciones se había encontrado con la Iglesia—.

¿Han pasado una Navidad en Madrid?, ¿han estado en Bahía?, ¿conocen ese estupor, consecutivo al dolor, con un elemento de oquedad? Cuando el conocimiento es sinónimo de desolación, y la vida no nos alcanza para vivir, cuando las sombras del pasado circulan preñadas de ausencia, como las nubes de humedad, y el paso de los minutos es retrógrado, dejando cada vez más lejos el instante de reposo, el comienzo del final... Yo estaba apoyado en el transepto, cariátide coja, cuando Carlota vino al rescate, ¡la buena Carlota! Ahora una matrona con muñecas y tobillos rollizos, pero con su inconfundible buen humor en la mirada. Aunque el Concilio empezaba a hacer estragos, los padres jerónimos (Antonio de Segovia, Ignacio de Burgos, Fernando de Santander) mantenían el rito en latín, desde el *Orate fratres* hasta el *Sursumcorda*, y cantábamos motetes y antífonas que ni siquiera recordábamos, en otro lugar, en otro tiempo. Llegó el momento de adorar al niño *for unto us a child is given*...y miré a Carlota, que nunca había sido —que nunca sería— madre, y a mí mismo, que apenas había sido padre, y pensé en mi madre, a la que no recordaba, y lloré lágrimas leves como inocente lluvia lustral, blando vellón, pan eucarístico. Cuando tañeron las campanas se puso a nevar, coreografía bien ensayada, sobre la calle Ruiz de Alarcón, y vetustos taxistas con gorra de visera pusieron en marcha sus motores y nos fuimos a casa de Carlota, pero antes...

110. XIII. 2-3. La esperanza, dame esperanza, Jesús perdonador, dame una gracia lustral (eucarística y breve), dame el tierno pan de tus hostias.

Porque en mayo de 1963 tendremos la primera redacción de *Gaudium et spes*, cuyo relator fue el cardenal Suenes (no sé si les suene...), pero fue considerada insatisfactoria —como debieran serlo todas las primeras versiones— y, habiendo muerto Juan XXIII el 3 de junio, hasta el 7 de diciembre de 1965, tal vez por el frío, no fue votada favorablemente y proclamada «constitución pastoral».

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO V. EL ENTIERRO

Siempre era agradable pasar unos momentos con Carlota, que me ponía de buen humor con sus comentarios sobre la Casa: las andanzas del C.G., que esta vez parecía seriamente enfermo, la confirmación de mis sospechas sobre Asensio y Aznar, los chismes sobre la mala relación entre Interior, Educación e Información, las carreras de los jóvenes agentes que habíamos conocido en la década anterior... La comida de Navidad, que tomamos solos (libres ambos de parientes indeseables), estaba ensombrecida, sin embargo, por la muerte de Daniel y la sombra del caso Greyma, que se hacía por momentos complicada. Julián Greyma (alias el de los retales), era el contacto interior de aquella red que formase Ivo Lido —mi antiguo conocido de los tiempos suizos—, una complicación colateral de Max Headpain. Había sido detenido en noviembre, delatado sin duda por algún recluta traidor, y yo mismo sospechaba de nuestro poeta Bastante (de vuelta a España desde hacía un año), cuando no del propio Lido, a salvo en París y proclive a realizar estas «purgas» por seguridad o por simple diversión. Carlota me contó detalles de los interrogatorios y eso nos llevó a una de las escasas reflexiones éticas que nos permitiéramos a lo largo de nuestra colaboración:

—Así que el final está cantado, ¿no?

—Claro—contestó ella, encendiendo el cigarrillo postprandial (los restos del besugo y la lombarda aún sobre la mesa)—. Mate en cuatro, para la primavera será fusilado.

—A Información y Turismo le va a caer un buen trabajo de «blanqueo».

—En ello está ya el ministro. La idea brillante es lanzar una campaña de veinticinco años de paz para el 64, empezará ya en verano, junto con la del turista «seiscientosmil», habrá fotos, entrega de ramos de flores, discos dedicados, concurso de paellas..., y, para lo otro, demostraciones sindicales, entrega de llaves a familias numerosas, inauguraciones de molinos harineros, torneo de fútbol internacional (con Portugal), coros y danzas.

—La vieja historia—bostecé—, me recuerda eso del Simposio Cartagenas del Mundo...

—Pero no parece muy entusiasmado con el asunto Plaza—que bien pudiera unirse a los fastos de la campaña—.

—No estoy entusiasmado en absoluto —protesté, como un pequeño vikingo sin casco, obligado a leerse los textos mitológicos de las Eddas—. De todos modos creo que esperarán unos años, hasta el centenario de Rubén Darío. ¿A ti te convence lo de Greyma?

—No —respondió con la sencillez de una mujer decidida a seguir su vida a despecho de las tonterías que se nos ocurrieran a los hombres—. Nunca me he planteado la justicia absoluta de

mis actos, simplemente actúo con cierta elegancia siguiendo las órdenes.

—¿Elegancia? —estaba empezando a preguntar demasiado—. Yo no llego a tanto. Desde mi enfermedad en Brasil —era una forma de evitar referirme a la muerte de mi hija— no he querido preocuparme de la estética ni de la ética, allá ellas, allá los jefes. El conocimiento no me ha dado más que disgustos: se va como humo, como polvo. Para mí, *conocimiento* y *desolación* son sinónimos.

—No te volveré a preguntar esto—comenzó dudosa mientras servía las últimas gotas de café—, pero ¿tú nunca hablas con tu hija? ¿O ella contigo?

Bueno, aquello era demasiado para un día de Navidad; le besé la mano, me levanté, estiré los brazos, chasquéé groseramente los nudillos y le pedí que me dejara echar una siesta (la noche pasada con los manuscritos de Daniel me exigía ahora descanso en forma de pinchazos en la espalda y pitidos en los oídos). Afortunadamente Carlota había prosperado en seis años de secretaria de dirección y tenía una cama para invitados donde ¿quién sabe?, tal vez siguiera trabajando para el Servicio, sonsacando información a efímeros agregados culturales o encargados de negocios de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero. Pero aquel era un pensamiento indigno, seguí disfrutando de la hospitalidad de Carlota (una de las muchas carpetas cerradas de mi vida, amigos para siempre, nada más que amigos) hasta que llegó el día del entierro.

Es habitual el deseo de encontrar señales y símbolos en los días, fastos o nefastos, a los que concedemos una importancia cualquiera. Ellos, por su parte, se mantienen imperturbables (está en su naturaleza permanecer en su esencia), grises o soleados, despejados o nubosos, lentos con la inercia de un magma espeso o ágiles como los saltos de un niño jugando a pídola. Y ahora esperarían ustedes una regresión a mi infancia, huérfano de madre, rememorando los juegos de un recreo imaginado, juegos de los que seguramente me vería excluido porque visto de negro y no puedo reír —estaría mal visto—, pero no, les prometí un entierro y eso es lo que van a tener.

Los días transcurridos habían permitido la organización de una extensa serie de delegaciones y representaciones varias. Yo no era en realidad consciente del amplio conjunto de conocidos que había mantenido don Daniel tras varias décadas de discreta pero continua presencia en el panorama cultural, por ello me sorprendió que estuvieran ya formadas largas filas de asistentes a la entrada del monasterio cuando, a las once y media, me acerqué a sus puertas. Si mal no recuerdo había:

—Delegación del Ministerio de Instrucción Pública (después Educación y Ciencia), presidida por el subsecretario señor Baremo.

—Junta Directiva de la Sociedad Española de Numismática y Vexilología (sección Castilla la Vieja) con portaestandarte y guardia de honor uniformada a la «antigua ultranza», espadín corto y todo. Ostenta su representación el guardagujas menor señor Acerico (por delegación del marqués de la Cogorza, indispuerto).

—Banda de cornetas y tambores de la Academia Santa Cecilia de Carbonero el Menor, con parches negros y cajas destempladas, interpretan *In the midst of life we are in death*, de Daniel Purcell (arreglo Lorenzo Solosancho).

—Vocales de la Institución Ateneísta Serrana, encabezados por el viejo conocido don Julianito, al que encontráramos en la sierra del Guadarrama. Todos de luto riguroso, incluyendo chistera de ocho espejos.

—Coro de niños *Träumerei*, a los sonos de ¿Le gusta a usted Brahms? Los pequeños cantores

vestían de pequeño lord Fauntleroy.

—Colegio de Ópticos y Optometristas de Altavista (Islas Canarias).

—Agrupación de Hermanos Mayores de cofradías pasionarias penitenciales en el paso de su mayor dolor, portando facsímiles de las Obras Completas del finado.

—Oficiales alumnos de las bases aéreas de Los Llanos, Alcantarilla y Los Alcázares, con banda de música («Marcial, eres el más grande») y su mascota, un caribú vivo de vivos colores.

—Representantes de la Fiscalía zona Centro, con toga y puñetas.

—Académicos de la Lengua, Historia, Ciencias Morales y Pompas Fúnebres, con un cocodrilo (?).

—Colegio de Enfermería y Otorrinolaringología (Dr. Respighi). Interpretan el coro *a bocca chiusa* de Madame Butterfly.

—Maceros, talabarteros, libreros de viejo y nuevo, vendedores de pulseras, junta de damas de la ilustración española y americana, turistas extraviados, presentadores de televisión, escoliastas, exégetas, prestamistas, inspectores del gas, guardas jurados de la Casa Campo, oficinistas en la hora del bocadillo..., o puede que no, era el día de inocentes y la vida seguía su curso. El duelo se despide en la iglesia.

Pero hasta la Almudena siguen los de más «reacio abolengo», sentimentalmente unidos al finado o simplemente desocupados que en aquellos días fríos (11,2-0,9) no temen arrostrar la desolación de la huesa abierta. Están los miembros de la Agrupación de Hijosdalgo de Numancia (los numantinos), Hermandad de Supervivientes de Santiago de Cuba y Cavite (el más joven tiene 83 años), la Cámara de la Propiedad de Albacete (donde Daniel había pasado largas temporadas, como sabemos, en los últimos tiempos), la Academia La lira de Ana Creonte [*sic*], profesora de métrica y arpa murciana, el Comité de Hombres Buenos del Valle libre de Impuestos..., estuvo Julianito portando el ataúd —también yo, y era notoriamente ligero, tan consumido había quedado don Daniel o ¿es que no había nada dentro?, tengo que curarme esta manía conspirativa—. El cementerio se había desbordado hacía años por el otro margen de la Avenida, y era un mar de cruces con algunos, pocos, ejemplos de bella arquitectura funeraria; precisamente estaba por allí la señorita Scrope, sucesora de miss Marirot que, con la excusa de los mausoleos, se ocupaba de representar las políticas de Moseley, ocupado ahora en defender la entrada del Reino Unido en la Comunidad Europea —en esto coincidía con la línea del Ministerio Castiella—, sobre todo para «repartir» entre los países miembros la enorme cantidad de refugiados que afluía a Londres con el proceso de descolonización asiático, africano y caribeño. O puede que todo aquello fuese otra de mis obsesiones. Se había encargado una inscripción para la lápida, una cita algo sorprendente «*From the lion's mouth*», en presunta referencia a su nombre de pila y el episodio del pozo de los leones, y la premura de tiempo se mostraba en la presencia de un polvillo tenue, producto del apresurado grabado. Tampoco hubo oportunidad de conseguir el coche de caballos que le hubiera gustado, y se utilizó un vehículo de motor cuyo chófer, eso sí, llevaba unas incongruentes espuelas y procuraba mantenerse apartado de los neumáticos bicolores.

En otros vehículos nos volvimos al centro, yo para despedirme de Carlota, una escena tierna de ojos brillantes y diminutas caricias al óvalo de su rostro (mis dedos quedaron manchados de maquillaje, puede que Lauder *and I mean louder than that*). Tenía que volver a Cartagena, para cumplir mi destino, eso que Mr. Beta llamase «mi mayor éxito», un destino vigilado ahora por mi nieto muerto, por los cuatro santos, por la miriada de autores noveles y pueriles de la escena

cultural mediterránea ¡qué lejos Pepe Planillas en su exilio interior, y mis ambiciones literarias de un lustro antes, ya deslustradas, durmiendo otro sueño justo en el almacén de alguna imprenta de extrarradio! Tenía que volver para afrontar el año nuevo, con ese pavor al futuro que experimenta el que ya lo ha vivido todo, el que ya lo sabe todo y ha encontrado en el conocimiento nada más que polvo, humo, muerte y desolación.

Y quise despedirme de Daniel con versos manidos:

56. 7-9.

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
que se humedezca el áspero hocico de la fiera
de amor si pasa por allí.

SEGUNDA PARTE. LA CIUDAD. CAPÍTULO V. EXTRAMUROS

El comienzo del nuevo año le encontró con Antúnez, recorriendo las afueras de la ciudad, en busca de afortunados poseedores del seis-siete-cinco que aún no hubieran ingresado sus boletos, a mayor gloria del Banco CASE. Podíamos ir, en el nuevo *Gordini*—que Pepe había recibido de su futuro suegro como regalo al anunciarse el compromiso con Sarita—, hacia el Garbanzal (cuyo alcalde, don Antonio, era buen amigo e iba a participar en el Simposio de Cartagenas del mundo como experto en cantes de las minas), pasando por El Algar —no confundir con la cultura del vaso campaniforme—, o bien hacia la Media Sala, por el camino del Sifón (camino sin fin). Podíamos visitar Quitapellejos y seguir hacia Tentegorra, o los Molinos Marfagones hasta Santa Ana. Estuvimos donde Ginesico el chatarrero y paramos en la Venta de «el guarro», preguntamos por las Cuatrocientas viviendas y en el poblado de Escombreras, rodeamos por la Aparecida y el Molino Derribao [*sic*], después de repostar en el Polígono nos llegamos hasta Roldán y Las Palas, Los Puertos de Santa Bárbara y Lobosillo, límite de la demarcación de Antúnez, más allá estaba la *terra incognita* capitalina.

La mayoría de paisanos nos recibían con agrado, embutido de la tierra y un vino peleón que normalmente rechazábamos. Algunos tenían participaciones escritas en un papel cualquiera, con dudosa ortografía y peor sintaxis, pero el negocio se basaba en la confianza, y los premios no superaban generalmente las 10 000 pesetas: no podrían comprarse un coche como el de Pepe, ni unas tahúllas de tierra donde plantar tápenas e higos chumbos; lo que querían era (además de «los reyes» para los niños) sobre todo aquello que a mí me parecía más inútil: una televisión, muebles de material sintético (el horror de los sofás de «escai») o joyas que, en todo caso, deberían abonar a plazos. Conocimos a un par de afortunados de mayor cuantía, Pepe Amores, de Los Dolores, que deseaba un coche para meterse a taxista, dejando la tahona donde había trabajado de chico para todo (ocupación que a su edad comenzaba a ser absurda), y Paco Torreagüera, cuyo sueño era poner una pescadería «en Cartagena», es decir, en el centro, dejando el secarral de Perín donde vivía. Creo que Antúnez se portó bastante bien y pudieron realizar sus imprudentes deseos. Yo le pregunté por las condiciones de las cuentas, conociendo su afición a las estadísticas, y me contestó más o menos lo que sigue:

—...la disposición de efectivo en entidad propia será gratuita a débito y con una comisión del 3,5-4% a crédito, en entidad ajena nacional se repercutirá un 100% de lo acordado por el propietario, más un 5% en caso de tratarse de una entidad internacional; los movimientos en red propia serán gratuitos, pero las transferencias a cuenta contarán con un recargo del 3,5% mínimo; las operaciones de cancelación anticipada de crédito aplazado (en función del tiempo restante

para último vencimiento) vendrán gravadas del 0,5 al 1%, siendo el recargo por exceso sobre el límite o reclamación de posiciones deudoras —lo más ventajoso, en su caso, para el prestatario— desde 600 a 3500 pesetas. El tipo de interés por pago aplazado se establece en un 23,40% TIN (o lo que es igual el 26,06% TAE), con un interés de demora mensual del 2,25%. Se considera periodo de facturación desde el 26 de cada mes hasta el 25 próximo siguiente, si bien la liquidación se realizará el día 1 del mes siguiente a la fecha de cierre de facturación, realizándose un cargo por cada una, no teniéndose en cuenta las operaciones realizadas ni los intereses o comisiones devengados durante el periodo de facturación que se esté liquidando, sino que formarán parte de la cuota que se liquide a partir del mes siguiente (esta cláusula me pareció en extremo satisfactoria, claro que yo no era cliente de CASE), en cualquier caso, usted podrá solicitar en su oficina la modificación del reparto del límite y la cuota. Las condiciones se entenderán aceptadas si no manifiesta expresamente su oposición a las mismas antes de la fecha de aceptación. En caso de no aceptarlas, le informamos sobre su derecho a ponerlo de manifiesto, en cuyo caso podrá cancelar la relación contractual sin que sean de aplicación las nuevas condiciones y sin coste alguno. En tal caso deberá hacer frente al pago de las deudas que por cualquier concepto quedaran pendientes a su cargo.

—Bastante claro —respondí—, ¿y para operaciones SGIIC?

—Pues, básicamente, la única novedad es que respecto a los gastos actualmente previstos en los folletos/DFI, los fondos podrán soportar gastos derivados del servicio de análisis financiero sobre inversiones. Este cambio entrará en vigor al inscribirse en la CNMV el Folleto y Documento con los datos fundamentales para el inversor actualizados que los recojan, lo cual no ocurrirá hasta haber transcurrido, al menos, 30 días naturales desde la remisión de esta comunicación. Previsiblemente, dicha inscripción se realizará aproximadamente dentro de los 15 días siguientes a haber finalizado el citado plazo.

En ese momento estuvimos a punto de chocar con un coche que venía por el camino del Badén, saltándose un *stop* medio tapado por unas ramas de higuera: era el tal Amores que estaba practicando con su nuevo vehículo (un 1400 C de cinco plazas) y todavía no se aclaraba mucho con el cambio. Como no nos pasó nada fuimos a celebrarlo a la taberna Monte Sacro, no lejos de allí, pero esa es otra historia...

El caso es que habíamos acordado, como más práctico, que yo viviera en el pisito de soltero de Antúnez, sito en la calle Escorial 14 (muy cerca, por tanto, de la academia Torrente), donde había estado un taller de vidrios, del que conservaba el edificio grandes cristales que de poco le servían, pues la calle era angosta aunque agradable. Él se veía cada vez más ocupado con la decoración del que iba a ser hogar conyugal, en la calle ¡cómo no!, Cuatro Santos y puede que una de aquellas tardes se diese un golpe intentando colocar unas cortinas, pero sería injusto por nuestra parte prometerles tal cosa. También tenía que aclarar su *affaire* con María Antonia y vérselas con el padre Ricardo, el cura de la iglesia de El Carmen que tenía que casarlo y que se estaba poniendo un poco riguroso con los cursillos prematrimoniales.

Yo estaba por lo tanto solo aquella Noche de Reyes, *the twelfth night*, en que las tiendas de regalos estaban abiertas más allá de las doce, para las últimas compras, después de la cabalgata, cuando los niños estaban ya —presuntamente— dormidos, y se podían llevar a casa sin miedo a que las descubrieran. La novedad de aquel año había sido que un negro de verdad (Omicrón Omega, que tenía nombre de estrella) fuese el rey Baltasar, librándonos así del habitual

embarazo que solían producir los bienintencionados concejales pintarrajeados con betún que desteñía al besar a los niños. Omicrón era uno de los pocos estadounidenses negros y católicos que habían llegado hacía poco como personal de apoyo para el depósito de combustible y la estación de comunicaciones que tenía la US Navy en las afueras de Cartagena, personal que había recibido órdenes de confraternizar con la población local (pintaban y hacían pequeñas reparaciones en el asilo, daban regalos por Navidad y cosas así), aunque en realidad eran autosuficientes y se mezclaban poco con los españoles: llegaban a tener sus propias revistas y cursos por correspondencia. Omicrón era, además, un tipo culto, que había leído a Aldecoa y todo. Y yo pensaba en mi nieto y en las infinitas sucesiones de niños muertos que no recibirían regalos —¡pensad también en ellos, Reyes Magos!—, pensaba en si todos los niños muertos hablaban con sus madres o abuelos, o si era al revés, y la desgarradora tristeza de una madre «huérfana de hijo» se acalla alguna vez o siempre vuelve al punto cero de su dolor, si ella le habla al hijo como si tuviera siempre la edad de su muerte (la muerte de ambos, porque la de un niño es contagiosa y tiñe de negro toda la vida circundante, ahora y por siempre, amén) o varía sus palabras con los años, en si tiene el corazón parado en el minuto exacto de la noticia fría, aséptica, increíble, o el tiempo que nunca cura va, sin embargo, tiñendo la enormidad de gris como el cabello de los dolientes, polvo al polvo, cenizas a las cenizas. Yo pensaba si aquella pistola de agua (avanzadilla de la inminente invasión totalitaria del plástico) sería apropiada para un chico de cinco años y dos meses, o si sería mejor un buen balón para jugar en aquellos desmontes de la tierra amarilla, detrás del Ensanche, organizando paradas con una sola mano —teniendo la otra ocupada por el bastón— a sus disparos infantiles, o en qué equipo sería su favorito (quiero pensar que el Atleti, era un chico con buen gusto) para comprarle una camiseta con el 9, todos los críos quieren ser delantero centro, una camiseta que «diera el pego» aunque se manchara de aquella tierra ocre, al fin y al cabo no tenemos que preocuparnos de que su madre se enfade porque está muerta, pero él también está muerto, ¿o soy yo y en mí han perdido su precaria existencia todos mis personajes?, ¿o soy Yo una vez creador y ahora impotente para salvar a una sola de mis criaturas? ¿A quién salvarías, Rafael? ¿A la madre de tu hija, que nunca te quiso más allá de un estupor de la carne y un temblor del deseo? ¿A tu propia hija, que apenas comenzaba a llamarte *padre* cuando un enemigo casual la eligió para su venganza, víctima colateral del viejo enfrentamiento entre bien y mal? ¿Salvarías tal vez al niño, a pesar de que tuviera que vivir sin madre, sacrificarías un lustro de tu propia creación literaria para criar a un bebé sin madre? ¿O habrías salvado a tu madre, que murió en la mal llamada gripe española antes de que pudieses atesorar recuerdos de ella, más pobre que el niño Proust en su cama o el niño Karenin recibiendo la caricia de las pieles de Anna? ¿A quién habrías salvado Tú, autor, pensando en el éxito literario, calculando qué presencia equilibra mejor tu amado artificio narrativo? ¿Tienes el valor de aducir razones humanitarias para tus decisiones, o solo argumentos sacados de algún taller de escritura creativa? ¡Hey, TÚ, a ti (a mí) te digo!, ¿cuál de tus cuatro santos es el favorito, cuál en esta duodécima noche, Noche de Reyes? Deja que Rafael siga vagando por la Serreta, que pase frente a la Caridad, que compare escaparates con zambombas y armónicas, con muñecos de varia expresión, con tristes hojalatas que se mueven torpemente al darles cuerda, con diábolos y flechas de punta de goma para lanzar a un blanco que nunca se alcanza porque nos está vetado el milagro: no podemos convertir en carne y sangre la ristra de palabras que nos brota de la herida, *heavenly hurt*, la herida del artista impotente.

Y se cruza con otro santo de ocasión, como de saldo apresurado ahora que los juguetes no

vendidos han perdido gran parte de su valor, es Juancito el tonto, que ha encontrado las serpentinas lanzadas en la cabalgata y ha hecho esta noche un *liote* mucho más grande que nunca, tanto que un extremo se va desenredando como si dejase un rastro a su paso, tal vez el rastro de una felicidad modesta, porque en su cara de simple adivino una sonrisa amplia, mientras vago por las calles ajenas, ajeno al sueño esperanzado de los hijos ajenos, ajeno al menor ápice posible de felicidad que pueda disfrutar un tonto con unos papeles de colores en las manos. Y vuelvo al frío apartamento de Antúnez, que está invitado por sus suegros, lo recorro buscando una explicación al desencanto, una expiación del desmoronamiento, un banco de la desolación. Desolación mayor porque desde su vuelta de Madrid apenas oye ya a Rafaelito, que no le habla (o es que él se está quedando sordo), y Daniel ha muerto, y tiene que hablar con Carmen porque aquello no va a ninguna parte, y porque es estéril y ya ha leído todos los libros..., pero no, acaba de entrar en la habitación de Pepe y, curioseando en su escritorio ha encontrado, entre cientos de estadísticas deportivas y económicas (y un montón de boletos de quiniela, ahora le ha dado por ahí, asegura tener *un sistema*), unos folios mecanografiados, sin duda el borrador de aquella novela de la que siempre habla «la novela de Pepe Antúnez», y que Rafael creía una quimera. No va a dormir esta noche y la lee, con cierta indiferencia condescendiente o condescendencia indiferente, que lo diga el crítico, y no podemos asegurar (yo no puedo asegurar) que algo de ella no haya ido a parar aquí, a esta historia de un poeta mitológico que dejó (o no) un legado literario en un pueblo de la sierra abulense, falsificado tal vez por espurios intereses, para ser descubierto por una pareja cartagenera, e intentado desmembrar por otra pareja foránea, dobles parejas, cuatro figuras, cuatro non sanctos de la pequeña o gran historia de lo que a nadie importa, consumación de la indiferencia, polvo sobre el papel, gris sobre ocre, humo, sombra, nada.

29. 20-22. Era en un amable piso de soltero, de risas y versos, de placer sonoro, era un inspirado caballero...

CUARTA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO IV. MUERTES

Las muertes seguían su acostumbrado carrusel (o la Muerte, porque solo hay una, que no es la nuestra, esa no existe por definición, es la que nos deja inertes e inermes de una vez para siempre; puede ser la muerte del padre, que nos deja en primera línea de las víctimas restantes, un sucedáneo de la muerte de Dios, o puede ser la muerte del hijo, ese desbarajuste vital que sucede como si nada, en la tibia sala de espera del hospital, o en la cuneta árida de una carretera secundaria, puede ser la muerte de la amada que se niega a esperarnos hasta el final, cuando tantas veces la hemos esperado —el cigarrillo de la impaciencia entre los labios— mientras se prueba un enésimo par de pendientes, siendo muy baja para llevarlos largos y muy moderna para las tópicas bolitas de perla). Así, desde tierras abulenses nos manda noticia el alcalde Girón de la muerte de Paca, que no ha superado el frío serrano; su carta anuncia la llegada de una maleta (*poste restante*) que la difunta hubiera querido dejar a don Daniel, y siendo yo su albacea... Me tocará deshacer el cambio con Julianito, que está tan feliz con su nuevo museo en Madrid (se inaugura para San Isidro). Hay una complicación, y es que el mismo Daniel, en una manda «diferida», me encarga editar su manuscrito póstumo, el trabajo de una vida, *Sartorialismo actoral: vestuario escénico entre el incendio de la maqueta* (1857) y *el Congreso Eucarístico de Barcelona* (1952). Yo no sé gran cosa de actores y menos de vestuario, y siempre tengo la sospecha de que sea otra superchería del profesor.

Paquita ha sido enterrada muy sencillamente, en una tumba sin lápida del cementerio de Arenas, aunque se habló de llevarla al claustro de la catedral, pero el Cabildo se opuso porque era, según rumores, «hija natural». Tal vez María Teresa y Avelino puedan, dentro de unos años, hacer algún homenaje de más fuste (si es que hay alguno superior al olvido), con recitales y descubrimiento de bustos, discursos de diputados provinciales y una ruta romántica hasta Piedrasluengas: yo les daré el legado Plaza y de su paciencia espero grandes frutos, pueden empezar a hacer contactos en el simposio de las Cartagenas múltiples, incluyendo alguna chilena.

También me avisa Antúnez de que ha muerto Felisa, la mujer de Pancho, que llevaba mucho tiempo enferma, tal vez hastiada de las ausencias y manejos del marido, que sin embargo la cuidaba en lo posible. El entierro fue en Los Remedios (curioso nombre), y asistieron docenas de pretendientes literarios —solo hombres, cual es costumbre— que no dejan un momento al viudo, procurando que no olvide sus míseros manuscritos, la notita en el periódico o el minuto de gloria en la radio local: así es el ser humano, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. También aquí habrá homenaje: en El Cantón se leerán versos a la memoria de la muerta, y un epígono del pintor Ros trabaja ya en un óleo de medio cuerpo donde destaque el único orgullo de la pobre Felisa: su

cabello color caoba, cuidado en la peluquería de doña Victoria *coiffure pour dames* plaza de San Sebastián.

Me lo dice Antúnez que lo sabe por medio de don Ricardo, oficiante del funeral y director espiritual de la finada, con él ha tenido otra procelosa sesión pre-matrimonial, parecen haber alcanzado algún tipo de acuerdo una vez María Antonia se ha unido al elenco del teatro chino. Me lo dice Antúnez que quiere hablar sobre su novela, aunque yo no le he dicho que la he leído, tal vez haya notado algún desorden entre sus papeles, que ahora ha llevado al banco para mayor seguridad, no quiere que los encuentre Sarita.

—¿Qué es lo más importante en una novela? —pregunta—, ¿los personajes, la trama o el tono?

—¿Qué es lo más importante en un traje? —pregunto yo—, ¿el género, el corte o el modelo? Debe de ser que estoy bajo la influencia del sartorialismo danielesco.

—No me hables de trajes que Sarita lleva seis pruebas del suyo y yo tres...

—Pero se supone que tú no puedes ver el traje de novia antes de la boda ¿no?

—Claro, verlo no, pero oír hablar de él... Es monotemática en las últimas semanas. Sería mejor ver el traje pero no a la novia hasta la ceremonia. Pero, volviendo a la novela, yo pienso que una buena historia que atrape al lector...

—¿A qué lector?

—Al lector medio, ese culturalmente interesado, aunque no especialista, que pueda acceder a un nivel superior al mero entretenimiento y recomendar el libro a sus amistades.

—Eso no existe —contesté—. Es como tus estadísticas, la media y la mediana son abstracciones, buenas para explicar a los alumnos de Torrente, pero nada más. ¿Tú crees que el conocimiento es transmisible en una novela?

—Hombre, si no lo creyese no intentaría escribir, o al menos no pensaría en publicar...

—Vamos a empezar un poco antes. Ese conocimiento, ¿qué es? Supongamos que tú te conocieras completamente, y por lo tanto también a tus personajes, sus acciones, sus pensamientos, su pasado y futuro dentro y fuera del libro, que conocieras las consecuencias de esas acciones para ellos y para los demás, así como las razones «verdaderas» de esos comportamientos. Es mucho suponer, pero bueno, es que además tendrías que saber cada detalle externo que les afecta: las horas de sol en un pueblo levantino, las combinaciones de transporte público con la capital, la tasa de embarazos en mujeres fértiles durante el siglo anterior, la recaudación de impuestos en la provincia. Tendrías que ser DIOS para poseer ese conocimiento, y después tendrías que ser capaz de ponerlo en palabras, ¡palabras que son un mero instrumento de ese conocimiento!, y esas palabras deberían ser captadas por el tal lector medio que por su parte las descodifique. Yo no me creo ese cuento, y hay al menos dos buenas razones (que me contó alguien en otro lugar) para no creerlo.

—Tampoco he dicho yo que me lo crea —dijo Antúnez—, pero me temo que aunque no quiera me vas a contar esas razones.

—Ciertamente. Tenemos por un lado el teorema de Gödel —los teoremas de incompletitud, mejor dicho, porque son dos—. Vienen a decir que ninguna teoría formal puede ser a la vez consistente y completa, y que hay sentencias indecidibles en dicha teoría, particularmente la de su consistencia. Aunque los propuso para la aritmética yo lo aplico a la escritura y tomo indecidible por indecible, así como consistente por comunicable. Ningún sistema formal permite

la narración de hechos sin recurrir a sentencias externas a dicho sistema, porque la realidad es inefable, indecible, incomunicable...

—Pero yo no quiero escribir una tesis sobre filosofía matemática —protestó Pepe—. Solo una novela costumbrista...

—Muy modesto ese «solo». No puedes escribir una novela modesta, es inconcebible, se trata de un arte absoluto, que no deja nada fuera, y obliga a medirse con lo absoluto, y con los mejores. No tiene sentido querer escribir para tu barrio o tu peña de amigos, hay que salir ahí fuera a tocar las narices de Tólstoi, de Dickens, de Baroja, de Bermúdez...

—Vale, muy bien. Quedaba todavía una segunda razón, según eso que te dijo alguien.

—Sí, es de la misma época y tal vez mejor conocida: es el principio de incertidumbre de Heisenberg (que yo prefiero llamar de incerteza). Ya sabes, es imposible determinar al mismo tiempo la posición y el momento de un sistema físico. Es notable que Gödel demostrara sus teoremas en 1931 y Heisenberg recibiera el Nobel en 1932, esos años de entreguerras. Ya han pasado más de treinta y no parece que hayamos aprendido mucho más, seguramente el avance técnico nos ciega antes esas realidades fundamentales. ¿Sabes?, yo creo que en realidad vamos hacia atrás, veo cómo el plástico se impone a la madera, veo esos carteles que nos pone el Ministerio (como el penoso de la Semana Santa de este año), veo los nuevos comercios que sustituyen a los del siglo pasado, las nuevas modas, oigo las canciones de la radio y pienso que, además de volverme viejo, todo se torna más vulgar, menos auténtico, más falso. Todo, incluyendo las novelas. Pero tú seguramente querías preguntarme algo, no hablar sobre mecánica cuántica.

—Pues sí, algunos detalles. ¿Cómo elegir un buen protagonista? Si es muy parecido al autor nos van a decir que somos autobiográficos, si es muy diferente que no hemos profundizado suficientemente en su psicología, también es conveniente que el público se pueda identificar con él. ¿Y la duración de la trama? Ya no nos regimos por las tres unidades del teatro clásico, pero una novela que se extienda durante años va a tener inevitablemente caídas en la tensión (por decirlo con un símil eléctrico). Otra cosa, ¿es bueno tener el final antes de empezar a escribir o es mejor esperar a que la propia historia te lo dicte?

—El protagonista eres tú, y nadie más que tú. Hay unos señores muy serios que escriben «por encargo»: la biografía de un bodeguero ampurdanés que cuenta treinta y seis años de cosechas macabeas (un rollo), las experiencias pedagógicas de un inspector de secundaria retirado (el inspector general, cara de cómico americano), los negocios de un magnate del motor a 18 000 rpm (el general Motors), lo que sea..., pero siguen siendo ellos los protagonistas, no puedes escribir sobre lo externo porque eso, como te decía, es incomunicable. No puedes pintar algo que esté fuera de ti, aunque la observación de la naturaleza te ayudará a encontrar eso que llevas dentro, ni componer una música distinta de la que suena en tu interior —una música constante—, ni contar otra historia que no sea la tuya. ¿La extensión? 73600 palabras por supuesto. Y el final siempre ha estado ahí, desde el principio de los tiempos, alfa y omega, *si alcanzas un final acabará más allá*, en la determinación de lo indeterminado. Una muchacha muere, virgen, en una habitación que su enamorado solo ha visto en un espejo, cámara oscura, una joven con una perla y un pañuelo de blonda de Holanda. El joven se retira, incapaz de soportar la vista de los vivos, y solo se alimenta de agua (en un vaso de cristal de roca) y unos barquillos, cuyas capas tritura inconsciente, cenizas a las cenizas, polvo al polvo; suena una fugaz fuga, tal o cual gavota, *viola d'amore*, se duerme, despierta, y han pasado trescientos años: el rey ha muerto y solo

quedan unas migajas de barquillo y una palmatoria con restos de cera de abeja (una abeja ocluida en la gota de ámbar que reluce por el rayo de sol que atraviesa el resto de agua y el cristal), la música sigue sonando, constante, y es más de lo que podemos soportar. ¿Quién es el protagonista, cuál la duración, hemos llegado al final? O puede que cada mañana sigamos despertando al hilo de la desolación, del adagio, del reflejo, de las migajas...Monsieur Sainte-Colombe, Monsieur Quignard, Monsieur Grignard, Monsieur Pardiez, Monsieur La Palisse SVP!

—¿Con quién estás hablando tú? ¿Quién soy YO? YO soy tu superior, ¡tu supremo! Osas explicar lo que no sabes, personaje en busca de salida, mosca en el unguento, criatura desmedrada, montón de palabras, risa en la oscuridad. ¡YO explicaré lo que quieres saber! Porque YO te he creado del polvo, del humo, de la nada. Es mi trabajo, es mi job, es mi Job.

—¡Abu-lo!

—Mi nieto, mi esperanza, que me empieza a fallar porque tal vez he incurrido en falta a los ojos de Dios. ¿Vendrás a darme de tu dedo una gota de agua, a acariciar mis llagas, a contar los pelos de mi barba (pues hasta el último está contado)?

—¡Abue-o!

—Mi vida, mi pasado, carne de mi carne y sangre de mi sangre. ¿Vendrás a dictarme el final de esta agonía de palabras, a soplar tu alivio sobre mi escarnio? Pero ¡si estás muerto! Y ahora casi no te oigo, hijo de mi hija, temblor diferido de mis miembros, no te oigo...

—¡Ab-elo!

—Mi última esperanza, terrible aletear de pájaros de la noche, me alcanza, tengo miedo de vivir cuando ya no pueda oírte, seguir pensando en una tarde sin final, eternidad desolada, castigo lento. No te oigo...

—¡Abue-o!

149. XXXVI. 7, 9, 10.

En medio del camino de la muerte [...] emperatriz y reina de la Nada. Por ella nuestra tela está tejida.

Pero contemos el resumen de «la novela de Pepe Antúnez». Un afamado hombre de letras (pongamos que extremeño), ya mayor, cargado de hijos y de achaques, piensa optar a un premio de novela (digamos que un premio primaveral), bien dotado, poco prestigioso, con una obra ligera sobre las andanzas de un empleado de banco en una mediana ciudad de provincias. Para ello decide (previo encargo de unas conferencias que le permitan pagarse la estancia) documentarse *in situ*. En la entidad bancaria que patrocina las charlas descubre a un joven oficinista aficionado a la escritura que le entrega un manuscrito sobre las andanzas de un empleado de banco en una mediana ciudad de provincias. Nuestro autor está tentado de enviar tal cual ese texto al concurso, pero es un hombre de conciencia y se pone a escribir una novela sobre un autor famoso que recibe un manuscrito de un joven empleado de banca contando la historia de un empleado de banco aficionado a la literatura que conoce a un autor antaño famoso que ha ido a una mediana ciudad de provincias con tal de documentarse para escribir una novela sobre un joven, empleado de banco, y enviarla a un premio de novela, bien dotado, aunque poco prestigioso, un premio primaveral. Un premio «balcanizado» por la división del jurado, un premio croata o bosnio, serbio o montenegrino.

—¿Y no tendrías un argumento alternativo?

—Claro, claro, será por argumentos...Piensa en un famoso poeta hispanoamericano, para evitar disputas regionalistas, un poeta fallecido, por supuesto (todos nuestros poetas son cadáveres o esposas), pero eso es demasiado fácil, piensa en un oscuro personaje secundario — una nota a pie de página de una nota a pie de página en la voluminosa monografía de un oscuro polígrafo de entreguerras o Entre Ríos—, ese secundario conoció al poeta famoso, tal vez hasta le prestó una ayuda decisiva en momentos de tribulación, esos momentos de la mocedad artística en que tan pocas manos se ofrecen y tan importante es cualquier apoyo, piensa en que ese desconocido fuese redactor jefe de un periódico oscuro en una ciudad de provincias (Santa Fe o Viña del Mar, quién sabe), y en que le ofreciera un precario empleo al luego poeta laureado: corresponsal deportivo del nuevo *football* o reportero de sucesos en época de tribulaciones patrias (un golpe de estado patriótico contra el general Aramburu o una revuelta cívica libertadora del general Rodríguez). El caso es que, como agradecimiento, le deja algunos de sus primeros originales, luego famosos, cuyos manuscritos nunca han sido hallados. Piensa en que este secundario muere joven, al modo romántico, no sé, en un naufragio como Granados o tísico como Castorp o en un incendio por connivencia del jefe de bomberos voluntarios Pedro Picapiedra. Tiene que haber una amante, por supuesto, estos periodistas son muy promiscuos y su moral, relajada, supongamos que la amante está embarazada cuando él muere y que tiene una hija a la que pasan esos manuscritos. Digamos, por mor del argumento, que la hija viaja a España y, ya adulta, durante la Guerra Civil, sufre numerosas vicisitudes pero logra conservar los papeles ¡ella no conoce la fama que ha alcanzado entretanto aquel joven poeta, ya consagrado! hasta que alguien descubre su paradero (una aldea perdida en la sierra) y la existencia de los documentos. Hagamos que otra facción del mundillo literario intervenga para hacerse con la gloria del hallazgo, fabrique falsificaciones e intrigue contra los descubridores. Pon un par de muertos para mantener el interés, multiplica las pistas falsas, los toques de color local, los personajes incidentales, los viajes, las descripciones...ya tienes argumento de sobra.

Sí, de sobra, ¿por qué esa obsesión de contar lo que a nadie importa? Pero ese, amigo Rafael, es Mi argumento, soy Yo quien lo ha pensado, igual que te he pensado a ti. Y en todo caso esa es la novela de un literato, cansina, metaliteraria, falta de pasión. Ve mejor a pasear por las calles que ya se engalanan para los fastos del simposio (el 26 de marzo), toma algo en la granja Zunino y Zungri, lechería que te importará conocer. Porque no has preguntado el pH de la leche (6,7) ni las estadísticas del precio de los locales comerciales en marzo, ni has contado los votos del festival de Eurovisión (algo prodigioso), ni los escalones de tu antigua casa familiar en Valladolid (39), ni los sinónimos de nieve en islandés (40 en finés, 50 en inuit), ni las liquidaciones de ventas de los *bestsellers* que luego se saldan a bajo precio para acabar alimentando las máquinas de pulpa en las islas Canarias. Todo el conocimiento del mundo para acabar arrastrado hasta el banco de la desolación, en el extremo del paseo del muelle, lejos de la animación de los chiringuitos, mirando cómo un niño serio y larguirucho (tendrá doce años), se sumerge en el agua oleaginosa para capturar unas monedas que le lanza el piloto de una de las gaviotas que cruzan el puerto. Supongamos que es un chico expulsado de los Escolapios y que se llama Pérez. La tarde está cayendo, tan callando, y los fúlgidos rayos del sol poniente arrancan destellos a las escamas de unos peces que yacen sobre el cantil del muelle: escórpora, pajel, magre, morralla. La pesca triste de una dársena sin carta de marear, y un *couplet* lejano que llega desde el teatrillo chino: «la que quiera peces que se acuerde del refrán».

CUARTA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO V. HOMÓNIMOS

Alguien debería aprestarse a narrar algo, alguien, no Yo, alguien que narre lo que sepa, sin añadidos espurios, sin digresiones estetizantes, un notario, un testigo de la actualidad, ¿quieres contarlo tú? Sea:

Es la última semana de marzo, ese paréntesis variable entre San José y el Viernes de Dolores, que según la luna de Pascua es más o menos largo. Mientras unos obreros prestados por la refinería y la constructora naval dan los últimos toques a los monumentos efímeros (arcos de triunfo de cartón piedra, rótulos luminosos de baja tensión, tribunas para el público, palcos para las autoridades), en la planta baja del palacio consistorial —obra del arquitecto Valarino, 1907, estilo modernista ecléctico— se han reunido los organizadores del magno evento internacional Simposio Cívico-literario de las Cartagenas del Mundo. También están sus adláteres y otros desocupados, destacan Rastrillo y Losantos, que nunca están de acuerdo en cuestiones de precedencia, al fin y al cabo, ¿quién es el jefe local del movimiento?, Velmar y Duque (sentada en un banco con vestido verde de volantes), los directivos del banco CASE capitaneados por el suegro de Antúnez (que reparte puros como en un ensayo de la próxima boda, el padre de la novia); en un guardarropa adyacente secretean Pancho y Rancho, ya sentenciados aunque ellos no lo sepan. Van llegando los pobrecitos figurantes, a los que ya conocemos de las tertulias y antesalas varias que han poblado esta crepuscular narración: vean el capítulo IV de la tercera parte. Ahora es primavera y se han previsto sorbetes para las damas (de helados Rumisan, productor local), sabores limón, fresa y mandarina, gran novedad; algunas degustan el blanco-y-negro de larga tradición; otras, la horchata y el agua de cebada, alguna señorita lame el polo de menta con mohín pícaro, escarlata oh horror duerme la siesta. Los caballeros se decantan por algo más fuerte: asiáticos, láguenas, reparos, coñac delirio (tremendo, destilerías carthago), licor 86...

Se han dispuesto varias instalaciones para acoger al ingente número de invitados, desde el Gran Hotel para los jefes de delegación hasta la Casa del Niño para los menores sin graduación, pasando por un ala del Hospital Militar y otra del parque de Artillería. El primer desfile partirá desde la plaza de España y llegará hasta la Casa del Mar, atravesando Carmen, Puerta de Murcia, San Sebastián —donde se rendirá pleitesía a las autoridades civiles y militares, ubicadas en el balcón de Capitanía General—, Mayor, Héros de Cavite, Muralla del Mar, Alfonso XII... y si repasan sus apuntes verán que todos ellos han intervenido en esta trilogía de mi medio siglo, hace ya más de medio siglo de todo, o siglo y medio ¡qué más da! La relación de ciudades invitadas, tras algún problema con visados y subvenciones, es la siguiente:

Cartagena de Colombia (de Indias, del Chairá, del Cauca)
Cartagena de México (Durango y Jalisco)
Cartagena de Costa Rica (Nueva Carthago)
Cartagena de Chile
Cartagena de Perú
Cartagena de Cuba
Cartagena de Honduras
Cartagena de Filipinas
Cartagena de EE.UU. (Cartago de Maine, de New York, de Tennessee, de Kentucky, de Carolina del Norte, de Indiana, de Mississippi, de Illinois, de Ohio, de Missouri, de Texas, de Dakota del Sur, de Nuevo México, de Arkansas, de California)
Cartago de Túnez

Los miembros del destacamento montado de la Guardia Municipal (dos) despejaban el recorrido (gritos de se les ve el plumero, se les ve el plumero, digamos ahora que vamos a prescindir de guiones, cursivas y comillas en lo que sigue, por mor de la claridad y de la economía editorial, aunque guiones sí habrá alguno, acompañando al cortejo, muy desmejorados desde que les han quitado la tilde). Les sigue la vistosa delegación tunecina, traída desde Bizerta por barcos franceses, camellos incluidos; los camellos no se llevan muy bien con los caballos de la guardia, y hay algún percance a la altura del famoso establecimiento La Campana. Suenan atabales y chirimías (se venden chirivías en la verdulería de la esquina de la calle Cuatro Santos), se oyen largos lamentos monofónicos, melodías de maluf, entre las autoridades empieza a tomar forma la idea de un festival musical veraniego de músicas mediterráneas, para acompañar al reciente del Cante de las minas (canta Mina, cantará Amina). Túnicas de color azafrán y un diorama con las ruinas de Cartago, sembrada de sal, lamento de Dido, adiós Eneas, recuérdame pero olvida mi destino fatal.

Sigue de cerca Cartagena de Indias, la que salvara Lezo del pérfido inglés Vernon. Vienen las colombianas con sus polleras colorás, y algún revuelo con las cubanas que se han colado y a las que cantan la bamba colorá: tú pa mí eres ná..., cubanas cortesía del ministro de Información, gashego al fin como el comandante. Reparten tazas de café y sonrisas por doquier. Caballos de paso fino colombiano, un caballo bien pulido, de color castaño oscuro. Y desde la Cartagena de Perú llegan aromas de lisura, del puente a la Alameda, la flor de la canela. Delegación presidida por el docto doctor Elskamp, afamado semiólogo de la escuela de Arequipa, que participará en la sección literaria del Simposio con la ponencia «El desierto como elemento ficcional: del hortus conclusus al vacío del significado». Vienen incas erectos, raza de bronce y de piedra: los paracas (que han ensayado en la base de Alcantarilla), los mochicas, los tiahuanasco, los de nazca, trazando líneas por la calzada. Portan el sarcófago de la dama de Cao, gobernanta del siglo IV que murió por nocáut, recubierta de placas de metal y con sus cetros de cobre. Traen aperitivos de sour-pisco y en el restaurante Gran Hotel servirán ceviche de corvina y chupe de camarones. Laus Deo.

—¡Abuelo, no -e oigo!

—¡Abuelo, no te o-go!

Tampoco Rafael oye muy bien, está mareado, el desfile se alarga y las músicas del mundo resultan machaconas, hay olor a fritanga y empujones entre la concurrencia. Pasan ahora los

norteamericanos, que han hecho frente común bajo una enorme bandera de barras y estrellas. Traen una *marching band* con tubas blancas como monstruosas aplicaciones sanitarias, *majorettes* faldicortas que lanzan al aire bastones, algunos militares reparten chicles y bombones *Hershey* entre la chiquillería; más tarde donarán leche en polvo y *corned beef* a las instituciones caritativas (cuyas juntas de damas miran con malos ojos las minifaldas). Para completar el parecido con un circo traen ¡un bisonte!, el último bisonte vivo al este del río Pecos, y un Búfalo Bill Cody de guardarropía que luce cartucheras con lentejuelas y revólver con cachas de nácar. Gigantes al este del edén y horizontes de grandeza, raíces profundas y un lazo amarillo. Claro que la juventud prefiere a Sandra Lee y Troy Donahue, saben bailar el twist y sueñan con hacer surf aunque en nuestro puerto —cerrado a todos vientos y encubierto— no hay olas, ¡da igual, si no hay olas ya soplaré! Han traído haigas y un portaaviones de la sexta flota que está fondeado cerca del muelle de la Curra (su calado le impide acercarse más), las golondrinas se afanan yendo y viniendo al USS Enterprise, y algunos chavales como el joven Pérez han hecho amistad con los marineros hispanos que les lanzan monedas de níquel y latas (pequeñas) de conservas. Ayuda en acción.

La Cartagena de Chile pone algo de seriedad, nada menos que el embajador Lynch los mantiene firmes, con una efigie de su antepasado el poeta Valdés vestido de bombero voluntario, sección Valparaíso. Los bomberos locales, con su mando el cabo Curro al frente, los han recibido bajo los tradicionales chorros cruzados de sus mangueras, y les escoltarán mañana hasta el parque de Torres, donde se descubrirá un monolito en su memoria, con los famosos (inmortales, inmarcesibles) versos: «yo siempre fui, por alma y por cabeza, español de conciencia, obra y deseo y yo nada concibo y nada veo sino español por mi naturaleza». Pero por ahora desfilan carteles de nitrato de Chile y enormes cabezas —cartón piedra— de moáis de la isla de Pascua y yo te buscaré en Groenlandia, en Perú, en el Tíbet, en Japón, en la isla de Pascua. Yo te buscaré, a TI, más allá de los anillos de Saturno, de Austerlitz, del final de las novelas por entregas, de las trilogías pentateucas, de los juegos de lenguaje metafísicos. A pesar de que no creo ya encontrarte, falto de guías, abandonado por Beatriz y por Pilar, a punto de perder el contacto con mi nieto, cerca de entrar en una eternidad de mesa de despacho y mesa camilla, cuarenta años de funcionariado y jubilación, rutina y espera, tiempo y marea, punto y seguido. Pero TÚ me puedes encontrar, en la fila de los penitentes, largas filas de promesas tras imágenes para vestir. ¿Qué dices? Ya, que aún no es tiempo de procesiones, sigamos con este desfile cívico-popular. Nos faltaba Honduras (no nos metamos en Honduras), que no ha venido porque tenían una cita en Tegucigalpa, una cita con un tal Oswaldo. Y los amigos filipinos, con sus blancas borang tagalog.

Y, ¿qué nos trae el anfitrión, Carthago Nova? Viene primero el cronista municipal, señor Cañavate, ondeando una bandera carmesí algo desvaída, pues es de las milicias ciudadanas de Felipe III, le cuesta bastante seguir sosteniendo el asta, y le relevan dos fornidos sudaristas (de los tercios de san Juan y san Pedro, para que no haya resquemores). Sigue un soldado romano de guardarropía con el CVINK —Colonia Urbs Iulia Nova Cartago—, figurantes representando a Aníbal, Himilce, Escipión y Gala Placidia, el duque Severiano y sus cuatro hijos: Florentina, Leandro, Fulgencio e Isidoro (los cuatro santos); Jaime I y Alfonso X (un poco a la manera de los reyes de barajas fabricadas por Heraclio Fournier, Vitoria); el infante Juan Manuel y Fernando el Católico. Reproducción facsímil del famoso elogio de Cervantes: «con esto poco a poco llegué al puerto a quien los de Cartago dieron nombre, cerrado a todos vientos y encubierto,

a cuyo claro y singular renombre, se postran cuantos puertos el mar baña, descubre el sol y ha navegado el hombre» (aplausos); el licenciado Cascales (por imposición de las autoridades murcianas, pitos), don Antonio de Escaño, el actor Máiquez (a quien todos llamaban Máiquez), el poeta Monroy, Isaac Peral y Caballero..., y algunos otros que la memoria histórica ha preferido borrar. Detrás, una turbamulta de curiosos, desocupados y hambrientos, sabedores de que en la explanada de los Héroe de Cavite se iba a servir una paella masiva, acompañada de cerveza Azor y diez mil raciones de empalagoso tocino de cielo. Por la tarde se ha programado un espectáculo ecuestre en el Club Santiago (*alive and kicking at the country club*) y una demostración gimnástica en el campo de fútbol de El Almarjal —tristemente desaparecido por una inundación, como también desapareció el del Grass Shoppers, todo desaparece, ido con el humo y el polvo de los días—, pues se persigue el ideal del cuerpo sano en una mente sana, ¿o es al revés?

Gracias por esta interesantísima narración, Jota, eres un amigo, ya sigo yo. ¿Tú o TÚ?, Yo, Rafael. Pues mientras los organizadores y fuerzas vivas, invitados y público en general se iba a seguir los agasajos postineros, yo tomé como camino de salida la calle Real, por delante de los muros del Arsenal de Carlos III —sobre el que algún día escribirán una monografía, el Arsenal, digo, pero el rey también—, camino de la plaza de España en la que aún quedan restos del desfile: un padre joven empuja el columpio al que se agarra su niño, inconscientes ambos de que ha sido montado especialmente para la ocasión y está dejando restos de pintura negra en la camisa azul del crío (en su canesú), y de que van a ser abroncados cuando vuelvan a casa para la merienda, una casa sita, tal vez, en la calle San Rafael, donde les espera la madre y esposa, horneando un bizcocho con agujero en el centro; suena lejano el son de Cartagenera morena, dorada de luz de luna, Cartagenera morena, luciendo tu piel morena..., que la legación colombiana se ha dejado en bucle (cortesía de sonido Castellani, plaza San Agustín). La piel de Rafael es pálida, se ha remangado ligeramente a mediodía y ahora roza con el antebrazo la superficie rugosa de señales de tráfico y carteles explicativos del simposio, sobre el que ustedes han oído, visto, tocado y gustado lo suficiente, pero, ¿y los olores? El olor del pan de Viena horneado en las tahonas de la calle del Carmen, panecillos blancos que hubieran encantado a Juana Spyri para su Heidi ¡abuelito, abuelito! ¡abuelo -ío, abuel-¡El olor de los embutidos recién hechos en la tienda de Manola, donde compra la madre del niño manchado de pintura, una tienda con su propio matachín y una máquina abstrusa mezcla de picadora y remalladora de medias de nailon, el olor de la floristería, a la vuelta de la esquina, con especies tropicales conmemorativas de las ciudades presentes en la ocasión, más allá la mezcla de olores del mercado municipal, donde se recogen y limpian los puestos de fruta y pescado, con charcos de agua sobre el suelo desigual. El olor que llega desde el mar con la brisa de la tarde, de incienso que acompaña los rezos de vísperas en el convento de las Siervas, de humus y agua eutrofizada en los patios del colegio de marina, de churros que llega desde el barracón fronterero a la lonja de verduras, con sus romanas ligeramente dudosas y sus banastas de palmas entrelazadas ¡no hay plástico! Y si los olores nos han de llevar, tópicamente, a un pasado remoto, personal y genérico, Rafael, que suele pensar al revés, atesora esos aromas como un guardián de la memoria; piensa que se encuentra en un ápice, en un *acmé*, y que cualquier tiempo futuro va a ser peor: tiempos de plástico y desinfección, de alimentos procesados más allá de lo reconocible, de pan sintético, de flores inodoras (de penas indoloras, de música inaudible, de colores invisibles), de estadísticas sin alma, de conocimiento sin cultura, de interminable burocracia sin sentido..., porque Rafael es un

poquito reaccionario, y además se nos hace viejo, tiene «el futuro por detrás» y un largo declive hacia la llanura de la muerte, amén.

96. 14-15.

...así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino.

PRIMERA PARTE. DESOLACIÓN. CAPÍTULO VI. COMO TÚ ME DESEAS

El objetivo de todos estos rodeos era encontrar sola a Carmen, le debía una explicación, como suelen los hombres deber siempre, no se sabe cómo, explicaciones a las mujeres, seguramente en expiación por una incógnita inmemorial, una equis de más, un fallo de diseño. No iban a encontrarse, desde luego, en La Cerillera, lleno aquel día como todos los locales de la ciudad, entre invitados foráneos y nativos de fiesta. Habían quedado en el pisito, y Rafael temía ser verdugo de las nunca expresadas aspiraciones de la mujer, aspiraciones evidentes porque van de suyo y apuntadas en mil gestos pequeños: la forma de pedir u ofrecer fuego, de preguntar o no preguntar la hora, de acompañar o no las consumiciones masculinas con una copita de granadina o de menta piperita. Un código hermético de miradas y mohines (le gusta la palabra) que ha venido a sustituir al lenguaje del abanico de nuestras abuelas galantes, o al lenguaje de las flores, o a las empresas y lemas barrocos, jerigonza gongorina de mitologías y arte de ingenio, arcanas falerísticas y vexilologías, oscura estadística de variable oculta, inteligencia artificial.

Han quedado, pues, a las siete, y hay sobre una mesa una botella de anís y otra de algo que no es completamente distinto del sifón. Han llegado los dos y, aunque no hace falta encender la luz todavía, Rafael se ha puesto de espaldas a la ventana para que sus rasgos queden en sombra, rasgos que no van a alterar el discurso —manido, torpe, cobarde— que debe pronunciar. Carmen lleva un vestido de entretiem po, de la talla que coincide con sus años, y unos zapatos de medio tacón, del número que coincide con los años que dice tener, se ha pintado los labios de un rojo discreto *jungle queen*, y también un lunar postizo hacia el mentón, un *grain de beauté*. Ella viene también a despedirse, de una forma distinta, porque se queda y sabe que Rafael se va; ha vivido lo suyo y no va a hacer escenas, pero quiere, por esa extraña ley de compensación que nos impele a soportar mejor las razones ajenas que las propias, escuchar las razones del hombre, las razones antiguas de por qué lo nuestro es imposible, de por qué es mejor así, las razones que no llevan a ninguna parte pero serán, curiosamente, lo que se recuerde al final de una relación, cuando otras primaveras hayan pasado volando sobre el recuerdo de la separación y la vocecilla interior nos dice «fue mejor así, ¿no te parece?, mejor recordar lo bueno que insistir en una prolongación baldía para estropear lo poco que tuvimos». ¿Qué tuviste, Carmen? La sombra de una ilusión, la ilusión de una sombra, el humo torpe de una combustión enrarecida, el sesgo de una oscuridad aún más turbio que la noche. La perspicacia femenina sabe que el hombre ha perdido el resto de pasión que le quedaba, ha agotado su recorrido, como una figurita de cuerda que cae de perfil, aunque puede todavía mover compulsivamente un bracito, incapaz en todo caso de batir ya el tambor de hojalata. Rafael enciende dos cigarrillos y le pasa uno a ella, acerca

un cenicero (publicidad de una bebida), como en un remedo de *nouveauroman*, expulsa el humo y pregunta, con un tono suave que añade tal vez impertinencia a la observación:

—¿Necesitas dinero?

—No —responde ella—, me va bien (con una mirada descendente a sus medias nuevas).

—Espero que te vaya muy bien —dice él como un eco—, realmente espero ya pocas cosas, pero esa es una de ellas. ¿Tenéis un contrato en firme?

—Sí, con el banco del futuro suegro de Antúnez —deja caer la ceniza—, ¿no te quedarás para la boda?

—Volveré, ahora tengo que rendir cuentas en Madrid, ya está todo claro, si es que esos Pancho y Rancho no se empeñan en causar problemas.

Hay un teléfono en la habitación, un cierto lujo, poco frecuente, que se hizo instalar Pepe para seguir sus estadísticas —Rafael se lo imagina ahora contando los metros de cable eléctrico que se han usado para el desfile, los metros recorridos por cada delegación, los tiempos empleados, el número de espectadores en cada calle..., reuniendo datos inauditos para su empeño de conocimiento global, de registro panóptico—. Suena el teléfono en la creciente penumbra, interrumpiendo uno de esos silencios largos entre hombre y mujer, cuando ya todo se ha dicho y el recurso a la carne está fuera de lugar:

—¿-iga?

—Abu-lo

—¿-ómo tienes este número?

—Ab-elo

Puede que Carmen crea que se trata de «la otra, la otra», su sustituta, pero Rafael cuelga y no puede explicarle que era un niño muerto.

—Supongo que tendréis mucho trabajo con los visitantes de la noche...

—Muchísimo, pero antes de irme quiero darte algo, seguramente no tendrá importancia para ti, nada la tiene nunca para los demás, qué importa ya... Esta foto —sacó una de su bolso— te la hizo Sánchez García, el fotógrafo que tenemos en el local para las parejas que quieren immortalizar un momento (como si los momentos no fuesen todos igual de volátiles), o los marineros que quieren recordar a su novia de este puerto, o mandar una foto a casa. Solo que aquí estás solo, creo que siempre estás solo, Rafael. Pareces un tipo interesante, un extranjero, tal vez, como ese escritor que se mató hace poco en un accidente de coche. Ya ves que por detrás ponemos los datos del local, como propaganda, puede que algún día quieras recordarlos, recordarme (hay una tenue lágrima en la esquina de su ojo izquierdo, puede llorar por un ojo). Claro que también es posible (se ha secado con un pañuelito muy blanco) que prefieras olvidarlo todo, creo que se puede sacar una copia en papel diferente y romper esta. Tengo que irme...

Rafael no va a dejar que se vaya sin retener su muñeca suavemente y darle un beso, pero no más de seis segundos, el resto es eternidad y derrota, espina y llanto. Ha vuelto a hacerlo, está solo, y sueña con un cementerio alpino donde algunos enmascarados profanan tumbas, roban ataúdes blancos, extraen restos con la presunta intención de analizar posibles venenos, sustancias prohibidas, tóxicas tinieblas. Todo ha muerto, el mismo recuerdo de la muerte está enfermo y se deshace, dejando jirones como un vendaje podrido, como la piel de un rey leproso, y máscaras de plata sobre el hueco de unos ojos ciegos. Todo es muerte, a-uelo,-buelo...

Pero al día siguiente tiene que ir al acto de homenaje al poeta Evaristo Plaza Valdés, cuyo

legado justifica, al fin y al cabo, estas tristes líneas escritas sobre el mar. En el parque de Torres, antiguo alcalde en tiempos de Primo, al que en el 36 se le agradecieron los servicios prestados con un «paseo» y algunos gramos de plomo, corre un airecillo fino, y se han dispuesto los antes mentados bomberos en fila de a dos, con gallardetes conmemorativos. Junto al embajador se apretujan las fuerzas vivas, inquietos porque el fotógrafo enviado para la ocasión por el diario ídem pueda sacarlos reconocibles: están Pancho y Rancho ¡cómo no!, y hasta cuarenta y tres presuntos organizadores de la cosa (de esos «sinmi», ya saben: sin mí no se hubiera podido hacer nada), *dramatis personae* de patético encanto. El monolito está cubierto por las banderas cruzadas de Chile y España, la banda de Infantería toca los himnos, Rafael conversa con Lino y María Teresa para confirmarles que recibirán los papeles del poeta, en el puerto saluda el D-23 *Almirante Valdés* —bonito detalle, aunque don Cayetano nada tuviese que ver con nuestro poeta, o tal vez sí, quién sabe, misterios de la genealogía, para eso estuvo en la expedición Malaspina que «tocó» en Santiago—.

El discurso del embajador pueden leerlo en *La Ocasión*, nos habla de la juventud (divino tesoro) del poeta, de su vinculación con la mar, agradeciendo la presencia del *destroyer* —que responde con su bocina tras unos segundos de vacilación, por problemas eléctricos y con la giroscópica, acallando durante algunos instantes la alocución—, de su relación con el cuerpo de bomberos, aquí presente —chorros de agua que van a regar algunos parterres, recién plantados para el acto por la concejalía de Rastrillo—, de las letras hispánicas y de la raza común, cita a Edwards, a Santos Vega, a Santos Dumont, cita a los cuatro santos, hace gala de su conocimiento etimológico y enciclopédico, alude a la tradicional amistad hispano-chilena, entrega una metopa en alpaca al gobernador civil, quien le da a cambio una insignia de la orden de Isabel la Católica —al volver a Madrid el ministro le confiará la de Carlos III para su presidente Alessandrini, gran aficionado a la música antigua—. Se lanza a una complicada metáfora sobre los recientes terremotos que han asolado su país y la sólida relación entre ambos países, toma aire, redoble de tambor y declama los versos *yo siempre fui* al tiempo que se descubre la inscripción. Grandes aplausos, hay previsto un aperitivo en el Palacio Consistorial.

—¿Has tomado tus estadísticas, Pepe?

—Claro, horas, minutos, segundos, autor, año, página, número de palabras, sílabas y caracteres, todo para la posteridad. ¿Vienes al pisolabis?

—No, me agobia ese gentío, tengo que hablar por teléfono. El de tu piso... ¿funciona bien?

—Sí, que yo sepa, pero en mayo corto la línea, ¿lo vas a necesitar después?

—Creo que ya nunca más, gracias.

Le cuesta bajar...la cuesta, si es que nos permiten la redundancia, le costará encontrar un sitio tranquilo para comer, con toda la ciudad llena de aquellos figurantes entusiastas, le cuesta no pasar por La Cerillera, dejar que el frío de las despedidas se asiente en su interior, fraguando como un cemento lento, peso interior, bloque como para lanzar al agua a algún infeliz Chicago-años-30. Le cuesta aceptar que sus vínculos, hacia el pasado y hacia el futuro, están igualmente rotos, y que un presente sin puntos de referencia se extiende inclemente. Decide volver al banco de la desolación, batido por la brisa que a esas horas empieza a soplar desde el mar —la mar—, desde donde puede ver a la dotación del Valdés volviendo a su barco (ya con la ropa gris plancha de faena), al joven buceador que nunca parece tener frío, recogiendo algunas monedas que los visitantes han lanzado al agua, tal vez con la idea de expresar su deseo de volver, como si esto fuera Venecia y el muelle la fontana de Trevi, y al tonto Juanico que sonríe (le faltan varios

dientes) con su hilacha más grande que nunca, hecha de colores diversos, como si hubiese ido recogiendo muestras de cada delegación, en un acto de hermanamiento más sutil que todos los vacuos desfiles y discursos oficiales. Pero ve también a un hombre ya viejo, o lastrado por un dolor primordial que lo encorva, avanza como si viniera desde el mural de Santa Lucía o más lejos aún, viene despacio por el paseo cargando un organillo manual que (ahora le llegan sus sonos a Rafael) hace sonar en una melodía lúgubre, tan triste como el recuerdo de un amor que una vez se fue, tan desolada como el conocimiento de la futilidad de la música, de la vida, del mismo dolor. Parece un despistado avance de los feriantes que, para el verano, invadirán esa zona con atracciones diversas, un pájaro funesto anunciador, no de la primavera, sino del eterno invierno de nuestro descontento. Organillero, nadie quiere oír tu son, nadie te mira, ni a los perros congregas a tu alrededor, organillero, puedo prestarte una canción, triste como el minuto que precede al recreo. Aunque algún día se levantará aquí un enorme auditorio para tus Schuberts y Schumanns (schu, schu), ahora nadie quiere oír tu canción, ni leer mis historias, organillero, somos parientes en la desolación. Haré sonar tu platillo con una moneda, organillero, para que dejes de tocar tu canción que me habla de la muerte en progreso. Porque tengo dinero, organillero, me han comprado con treinta monedas.

Rafael ha podido librarse de los actos de la tarde, pero tiene que acudir a la mañana siguiente al festival literario, para el que la señora marquesa ha dado orden de ofrecer su palacio. Están ¡cómo no! Pancho y Rancho, y el profesor Ramírez, que nos hablará de mil formas de decir camisa en las distintas Cartagenas del mundo: blusón, camisola, peto, pechera, remera, saya, almilla, sarong, liqui-liqui, guayabera, tengo la camisa negra, faceta nera... El profesor Torre-Pacheco, por su parte, nos ilustra sobre el efecto de las conmemoraciones del 92 en la poesía de Valdés, destacando su poema *Portada*, con sus referencias a Málaga (lejana y sola), a Granada (cumbre nevada), a Sevilla (sus lindas mujeres), a las Asturias (gaitas quebradas), recitando los inmortales versos, de todo colegial conocidos:

47. 9-10. Una andaluza despliega su manto para el poeta de música eximia...

Pausa para el café (rico, rico, rico, el café del Puerto Rico). El profesor Ortera y Casset nos hablará sobre el tiempo atmosférico en las distintas latitudes «cartageneristas», el pronóstico del tiempo ahora lo van a escuchar, destacando el fenómeno del niño y la niña, entonces poco conocido. El profesor Valle san Juan diserta sobre «préstamos y deudas del joven poeta», haciendo hincapié en su conocimiento de la tradición romántica (algunos dirían tardorromántica) por parte de Evaristo, así como en su influencia sobre los parnasianos —aquí se produjo una educada discusión con don Lino, al asegurar este que el simbolismo de raíz hispánica era anterior al desarrollo del parnasianismo parisino—. La comida se celebró en La Uva Santa, donde continuó el erudito intercambio de impresiones, atizado por el vinillo del campo de Cartagena (España).

—Abu-lo

—Abue-o

—¡C-illa, hijo!

—Abuel-

—Hijo -ío...

Cuando ya se van empieza a sonar un organillo desafinado, pero todos pasan al lado del

organillero sin dejar caer una moneda, en ninguna de las acuñaciones de los continentes implicados, tienen prisa por seguir debatiendo la obra inexistente de un poeta falso, falsificada por un personaje secundario de una obra de ficción, no tienen tiempo para el dolor ajeno, no lo ven, no pueden percibirlo, son (somos) intelectuales internacionales. Organillero, no dejes descansar tu instrumento, hazlo sonar, porque a no mucho tardar yo caminaré contigo, rumbo a ningún lugar, ahora que casi no puedo oír al último ser que me ataba a la vida, iré contigo y tañerás mi canción, porque *a nadie la digo sino al que conmigo va*. Y miro con algo parecido a la indulgencia a esos coros de eruditos que siempre cantan la misma canción (tal vez la de Hiawatha), con rostros apopléticos tras la ingesta de cordiales y digestivos, considerando si merece la pena desenmascarar a Pancho y Rancho, caza menor al cabo, morralla que no vale ni para hacer caldo, género bufo del ruedo ibérico. Yo que me he codeado con la flor y nata de la delincuencia internacional, con santos y pecadores, con capitanes generales y maestros del crimen, con dragones y mazmorras, con asesinos profesionales y espías con licencia para matar, ¿qué hago yo ocupado con esta pareja batracia, ciega en gasa, en el molino cartagenero? Esta decadencia del tiempo que corre hacia atrás, del progreso retrógrado, de la aparición del usar y tirar, la pérdida de la tradición, la modernidad de lo barato y chusco. Tengo que acabar esta misión crepuscular, casar a Pepe, publicar a Valdés ¡que viene Valdéz, Burt Lancaster, rodado aquí al lado en Almería, otra muestra del avance cangrejil, es necesario que nada cambie para que todo pueda cambiar, la cagaste Burt Lancaster! Irme de aquí, esta atmósfera amable y pelúcida, esta peligrosa facilidad de los días que transcurren siempre iguales, luz y cielo, vaharadas de vapor de azahar. Irme, ya.

—¡A-uelo!

—¡No te puedo oír!

—¡Abu-lo!

La sesión de tarde (por la 1) incluía la disertación del profesor Jorge Eduardo Bienvenido ¡bienvenido, Jorge Eduardo!, sobre «Duración de la lírica y lírica de la duración», pero su excesiva duración, el sopor postprandial y el hecho de que la distinguida audiencia hubiera descubierto ya la ubicación de los principales bares de la localidad (el mismo Rancho andaba por El Cantón descuidando sus obligaciones de co-organizador), restaron brillantez a la ponencia. La última del programa, en cambio, «Tierra y Sol: reflexiones latitudinales sobre la obra transcontinental», del profesor Ninot Bravo, fue un éxito pues procedió a repartir unas galletitas que le había hecho su madre ¡bravo por la señora Bravo! La receta incluía Harina (lacadmita), bicarbonato (sódico), jengibre (ginger ale), nuez moscada (nux vómica), sal, mantequilla (holandesa) y melaza. Así que con eso y un bizcocho se fueron hasta mañana a las ocho.

El evento se clausuró con gran brillantez, se entregaron premios a los mejores trajes regionales, los mejores relatos de tema cartagenero —que serían recogidos en un bonito volumen impreso por gráficas La Caridad—, los mejores lemas publicitarios de la unidad de las cartagenas del mundo: «Cartagena me da pena, Murcia me da dolor, Cartagena de mi alma, Murcia de mi corazón», el balcón mejor engalanado (plaza de Risueño, alias Corazón de María, curiosamente perteneciente al inmueble donde había nacido don Lino), al mejor cuadro infantil «cornetas y tambores de la oje», etc. Se descubrió el retrato alegórico realizado por los discípulos de Caparrós y se eligió (con escasas esperanzas de llevarlo a cabo) a Cartagena, Colombia, para un próximo encuentro en 1966 (pero los avatares de la política dispusieron que ese año hubiese elecciones a la Presidencia y todo quedó en humo, en polvo, en nada). Se intercambiaban

direcciones, se hacían promesas de eterna amistad, los buques surtos en el puerto levaban anclas, se desmontaban los efímeros focos de la fugaz fortuna, pasaban los barrenderos, se repartían empanadillas (algo rancias) en los asilos, se aflojaban cuellos y corbatas, partían guaguas y autobuses. Las sombras se enseñoreaban del paisaje y la espesa vida municipal reclamaba sus derechos de rutina y tedio. Se sacó del calabozo donde habían pasado dos noches a los sospechosos habituales y pobres de solemnidad y las señoritas de moral distraída del teatro chino volvían a su camerino. Desolación.

SEGUNDA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO VI. TODO ESTÁ AQUÍ

Estaba buscando piso. Sí, ya tenía una edad —¿recuerdan que su cumpleaños es dentro de unos días?— y no podía seguir viviendo en hostales y alojamientos de ocasión, a salto de mata, por emplear una expresión desafortunada. Estaba buscando piso en Madrid, rodeado de informes de porteras, recortes de periódico, sugerencias de colegas y lectura de anuncios callejeros. Un hombre sin dirección es un vagabundo, decía G.B. Shaw, y un hombre con dos direcciones, un depravado; Shaw, el vecino de Cherry-Garrard, pero eso es de otro libro. Había estado en el paseo de La Habana, el Centro, donde seguía la cordial lucha entre los hombres del vicepresidente (*in pectore*, aún no *de iure*) y los del capitán general, CB vs. CG. Capataz Billanueva [*sic*], Cardenal Mendoza, Cromatografía de Gases; lucha que cursaba con gran regocijo para todas las partes implicadas, aunque a Rafael le gustaba poco pasar por allí, no conseguía sentirse cómodo en presencia de su antiguo compañero de correrías en Suiza y ahora superior, el Comandante (*vid. El hombre de negro*). Él iba a ocupar ahora un despacho en una de las múltiples instituciones pantalla del Servicio, el Consejo Neoclásico (Neo-Con), un edificio lógicamente churrigueresco cercano a las Cortes. Medinaceli 6, uno de esos lugares más grandes por dentro que por fuera [*sic*] y en sus bajos acogía una librería dickensiana y la consulta de un doctor:

—¿Qué doctor?

—Dr. Who

El primer piso parecía sacado de Swift (Jonathan) con sus sabios despistados manejando legajos cubiertos de polvo —incluyendo varios trabajos de don Daniel—, el principal era para uso secreto: departamentos de estadística operativa, archivo de identidades superficiales, genealogía de protección de testigos, economía doméstica y mi propio y unipersonal «novelas ejemplares o cómo hacer pasar la agitación política por narrativa de vanguardia».

Pero no buscaba piso por allí, fiel a la máxima de que no conviene vivir demasiado cerca del trabajo, para poder «perdersé» en el trayecto. Buscaba algo por los bulevares, y como estaba pasando unos días en el Wellington (restos de la antigua generosidad de Paul Enc), empezó por Velázquez. Allí estaba aquel sábado 30 de marzo, sentado en un bar (*La chica del diecisiete*) que ostentaba una monstruosa cabeza disecada de toro de lidia: *Sebastianito*, número 17, de la acreditada ganadería de González-Camino (no confundir con Paco), estoqueado por Olivares «Diamante Rubio», diestro venezolano. Se fuma un puro (Rafael, no el torero, cuya prometedora carrera se viera coartada y cortada al ser apuñalado por un mozo de espadas, en secuencia no se

sabe si de celos profesionales o pasionales) y piensa que allí está todo: La Habana, los toros, Camino, el humo (el polvo, la nada), las cabezas que embisten, la chica del 17 (de dónde saca...), Velázquez, un café, el periódico que nos trae en portada un asunto de su gremio, Christine Keeler, exmodelo y chica de alterne, el escándalo Profumo del que no se puede hablar, *nothing has been proved*, viajando de Madrid a Londres y viceversa, por cierto que había otro político llamado Profumo en Cartagena, del que tampoco se puede hablar. Y en páginas interiores los bocetos de medalla y placa al Mérito Turístico (que irían a la reunión de las cartagenas del mundo, claro, todo tiene su relación, aquí está todo), y de Saturnino, superviviente de la guerra de Filipinas, 65 años después, uno de los últimos de Filipinas, pero no el último de Cuba, eso no. Y es que aquí está todo, Enciclopedia Espesa, llena de referencias, nombres y estadísticas, haría feliz a Antúnez, que por fin presenta su novela *Los cuatro santos* para el día del libro; Madrid y su gente, sección dedicada a don Ramón de la Cruz y el sainete, con nuevas aportaciones del Consejo Neoclásico, porque aquí está todo, donde también trabajó don Daniel, de quien hablaría, en una parada técnica de vuelta a Cartagena —había prometido asistir a las procesiones—, con Isabel, la enfermera, que va a darle unos papeles (aquí está todo) para una posible biografía del erudito. Bahía, ¿has estado en Bahía, Rafael? Y otro caso curioso de espías y cardenales, ¿qué ocurrió con Mindszenty, saldrá de la Embajada, tendrá *wifi*, habrá apostatado? Y el santo padre que no se encuentra muy bien y en las Cancillerías famosas empiezan las apuestas sobre su sucesor (intentando averiguar las intenciones del Espíritu Santo). Porque todo está aquí, en un periódico de un día cualquiera sobre el velador de un bar cualquiera, en la misma sección de deportes: el Atleti viaja a Málaga sin Jones, con el cinco Jones, sin el cinco, no hacen falta estadísticas de mil partidos de liga, basta con un personaje que, sacudiendo la ceniza de su puro, mira por el ventanal de un café y piensa. Piensa en lo que pensaría un autor si dispusiera de tal personaje, y en lo que al autor pensaría de un Autor más alto (Yo, YO), piensa de adentro hacia afuera, como en el juego especular de la luz —decididamente velazqueña, por supuesto— de mediodía fuera y dentro del café, y el sonido de las campanas de la cercana iglesia de la Concepción, hora del ángelus (faltan ocho días para Semana Santa y las procesiones). Todo está aquí, en el crepitar de la hoja que se va quemando y de la otra hoja, la de papel, al volver la página del diario y leer la crónica del concierto de Celibidache, por el padre Sopena, su paisano y coetáneo ¡buenos días, señor, buenos días! Todo está aquí, incluso las ofertas de empleo «se busca secretaria alemana», un obvio gancho del Servicio, una clave anticuada que ya solo se usa los fines de semana, con otro café y el camarero que le dice casualmente:

—A la vuelta de la esquina alquilan habitaciones, tal vez le interese, es el cuatro de la calle Gurtubay.

Todo está aquí, tan próximo, Gurtubay, que fue un prócer del mercado bacaladero (puede que las habitaciones estén encima de un antiguo almacén, del que sea imposible borrar un cierto olor a pescado), o estará en las pantallas que proyectan (cine Concepción) *Tú y yo* con Kerr y Grant, aunque él prefiera —siempre ha sido un clásico— la versión antigua de Boyer y Dunne, o en los productos de contraportada, flanín El Niño, flan potax, Maizena, ginebra Fockink *fuckin' gin!*

Dejó el periódico (otro parroquiano le miraba ya con odio, quería hacer el crucigrama) y pidió una ginebra, pasó a ser una definición en el mundo del hacedor de crucigramas: cinco vertical, quince letras en cuatro palabras, que va de luto.

—¿Qué le -ebo?

—Cincu-nta, por favor.

Era un barrio caro, pero aquel olorcillo hacía que el precio de las habitaciones fuese moderado. Estaban en la acera de sombra y una acacia casi golpeaba las ventanas, tapadas con papel de estraza (restos de serie, tal vez, del difunto almacén). Fumaba ahora un cigarrillo mientras bajaba hacia Lagasca y se situaba enfrente, junto al atelier Belman (modas de Toulouse). Miraba a las ventanas ciegas y ya todo estaba decidido, eran el único lugar desde donde jamás tendría que verlas y, además, todo estaba aquí.

Sobre el viaje a Albacete, realizado en compañía de una pareja de jóvenes (no vayan ustedes a pensar mal), habría que decir que coincidió con la reunión de tamboradas de España, lo cual produjo un ritmo ciertamente machacón, por otra parte lleno de referencias culturales: había por allí niños con tambores de hojalata (marca Schlöndorff) que unían su entusiasmo percutor con berridos insoportables, estaba la representación de Calanda, con la discreta presencia (y el discreto encanto) de Buñuelo, el pintor naturalista, autor del enorme collage Zarautz, dedicado al pimiento dulce, también escuadras de Caravaca con toneladas de auténticos *lignum crucis* —o como se diga el plural de *lignum*—, aporreaban sus tambores los de Mula y Moratalla, daban la tabarra los de Tobarra y Agramón, Alagón y Albalate, Hellín y Jumilla, del alba a la medianoche, rompiendo los parches y los tímpanos, mezclando gotas de sudor y sangre, en una apoteosis de ruido, logarítmicos decibelios, efecto Doppler, sustituyendo el aire por sus afilados cuchillos de ruido y furia. Pero no hemos venido por eso, es el adelanto de la Semana Santa y esa debemos pasarla en Cartagena, estamos aquí para hablar con Isabel, la enfermera, amiga de Viktoriya, descendiente lejana del poeta Evaristo, concedora de los últimos años de don Daniel. Isabel Plaza Segura había obtenido una plaza en el Hospital de los Llanos de Albacete, también conocido como el antiguo hospital o el sanatorio de enfermedades torácicas (vulgo tuberculosis).

El lugar —ya desaparecido, no lo busquen, esta es una historia de ausencias, de polvo, ruido y nada— contaba con su propio banco de la desolación (por un momento jugueteé con la idea de montar una franquicia mundial de tales bancos, por todo el mundo, como la central de revelado fotográfico de mi amigo Dexter, pero la desolación es distinta en cada caso, si bien el banco es siempre el mismo). Allí me esperaba Isabel, con cofia y un relojito, medias blancas modelo fetichista y una capa parda, tipo Aliste, aún hacía frío al caer la tarde en Albacete. El frío debió de ser uno de los motivos para situar allí el sanatorio, regido por los preceptos del establecimiento donde vegetara décadas antes Hans Castorp (*la montaña mágica, librería*). Isabel me dijo que estaba triste, la opresiva naturaleza de la enfermedad, el prolongado periodo de estancia de los pacientes, que se iban degradando progresivamente, la falta de niños y flores, de risas y llantos propios de otros hospitales con maternidad..., todo eso la deprimía, y estaba considerando pedir el traslado cuando el rumoreado Hospital del Rosell en Cartagena se construyera —aunque aquello podía demorarse cinco o seis años—. Si yo fuese un costumbrista (Dios los bendiga), hablaría aquí de niños muertos, de mandiles de carnicero, de bisturís oxidados, de bedeles que comercian con ratas, de pabellones de infecciosos, de bebés robados, de trata de blancas, pero no lo soy, Isabel estaba simplemente triste, avanzando por la treintena, sola y con tendencia a engordar.

Me dio el cuaderno que le dejara don Daniel y me sugirió que escribiera una biografía sobre el sabio difunto (o que compusiera una pavana u organizase un congreso en su memoria). Nos besamos castamente, entraba de guardia nocturna, y me dirigí al hostel Popular, cerca de la estación, pues quería salir al día siguiente. El contenido del cuaderno (marrón) era preocupante: no solo contenía datos sobre sucesos acaecidos después de su muerte, sino que probaba ser falsos

otros que teníamos por seguros, datos sobre la vida de Evaristo, sobre su hija, sus poemas, los bomberos voluntarios de Valparaíso, sobre las propias obras de don Daniel, sobre esta propia historia, sobre la novela de Pepe Antúnez, sobre Pancho y Rancho. Estadísticas falseadas de bienes de equipo y consumo, actividad portuaria y ferroviaria, cementos y aceros, tubo flexible y corrugado, uralita y pizarras bituminosas. Me dormí en Albacete, o tal vez no.

Introduje el cuaderno en un sobre dirigido a Medinaceli 6 (como en aquel cuento de Poe, me pareció el mejor modo de esconderlo), no sin antes tomar unas notas apresuradas, como una monja polaca transcribiendo a duras penas las visiones de santa Faustina Kowalska sobre la Divina Misericordia (todo está ahí) para que un joven arzobispo las lleve a Roma en el tren correo. Yo también tenía que tomar un tren, se acaba la Cuaresma, en Cartagena es fiesta desde el Viernes de Dolores. *Tempus fugit*.

119. 2. 8, 12-14.

¡Oh, Primavera sagrada...! Paloma blanca Rosa roja Palio azul
¡Y todo por ti, oh alma!

TERCERA PARTE. LOS CUATRO SANTOS. CAPÍTULO VI. PASSOVER

¿Has estado en la Semana Santa de Cartagena? ¿Hacemos un poco de publicidad? No. Que lo haga el querido concejal, el excelentísimo ayuntamiento, la estimada comunidad, el consorcio turístico, la televisión local. Doctores tiene la santa madre...

La cosa empieza antes, claro, con la llamada, el clásico «¡música y a la calle!» para que en Cuaresma podamos presentar cincuenta revistas, tener sesenta reuniones y setenta cenas (de grandes cenas están las sepulturas llenas). Pongan ustedes diez mil personas, contando varias veces a algunas, repartidas entre cuatro cofradías y cuarenta agrupaciones, treinta bandas de música, veinte juntas de damas, diez autoridades civiles y militares y una iglesia. Añadan cincuenta y cinco tronos y echen a andar. Supongamos que no saben ustedes qué cosa sea una agrupación, muy bien, necesitan un presidente (digamos don José), tres vicepresidentes: «yo soy el vicepresidente primero, y yo el segundo, y yo el tercero», un secretario con su vicesecretario, un tesorero con su vicesesorero, dos encargados de trono, dos guardalmacenes, un encargado de prensa y tres relaciones públicas, un capellán y un cierto número de vocales (digamos cinco). Pero además es aconsejable una comisión de veteranos, una junta de damas, un número indeterminado de portagalas (banderines, mazas, varas, bandejas, borlas). Porque los hermanos penitentes —los capirotos— llevan hachote, túnica, capa, fajín o cíngulo, sandalia o zapato plano de hebilla, medalla y guantes, hasta los calcetines tienen que ser reglamentarios. Pero es que además están los «nazarenos», que llevan cruz, mocho en la cabeza y cordón a la cintura, reparten postales y caramelos, algunos son bebés en brazos de sus padres, otros son ancianos que llevan saliendo desde 1928.

Claro que puede usted pertenecer a una agrupación singular: los granaderos, con su uniforme réplica de la tropa del siglo XVIII: guerrera, morrión, botas hessianas, calzón ceñido, sable de Infantería, fusil al hombro; salvo que pertenezca a la sección de música, corneta y tambor. O los soldados romanos, conocidos popularmente como «judíos», que representan al ejército romano en Palestina, con sus fasces y plumeros, su SPQR y sus glebas (curiosamente también llevan música, y alguna de sus marchas sirve para identificar a un cartagenero en cualquier lugar del mundo, de aquí a Filipinas). Tal vez su agrupación tenga un trono portado a hombros, entonces habrá una agrupación de portapasos. Esos tronos tienen cartelas laterales y capillas alusivas, flores de todo color y alegorías pasionarias, necesitan sus propias baterías para los cientos de puntos de luz que los adornan, y su propio tambor para marcar el paso. Porque aquí, señoras, se marca el paso, desde el sudarista que indica con su estandarte el arranque del tercio, pasando por todos los capirotos al unísono —¡ay del que se equivoque!— hasta los hombres de trono, todos

menos los alegres nazarenos que sirven de fuelle en la procesión y siguen dando caramelos a los niños, estampas devotas a los mayores.

Esto dura desde el Lunes de Pascua al Domingo de Resurrección, y el miércoles habíamos estado celebrando mi cumpleaños ¡47! mientras veíamos la procesión, así que llegué bastante tarde a la calle Cuatro Santos. Nada más abrir la puerta me di cuenta del desastre: alguien había entrado y todo estaba revuelto, aunque había pocas cosas en el piso, en el que yo tenía lo imprescindible una vez desalojado por Antúnez. Había sido descuidado y, como me temí desde el principio, faltaban los papeles de don Daniel, incluyendo el cuaderno marrón; faltaban también algunas transcripciones parciales y varios originales del poeta Evaristo, en total serían 88 páginas de escritura. Un reloj volcado se había parado a las 02:49. No me cabía duda de que los responsables eran Pancho y Rancho, tal vez mediante algún ladronzuelo de los que conocían, pero me sorprendió encontrar, bajo la mesilla, un pequeño anillo con una fecha escrita (una fecha del año 51) que era sin duda la alianza de boda de la difunta esposa de Pancho, que este debía llevar ahora en el meñique tras el entierro. Era una prueba demasiado evidente, pero si lo había hecho él mismo, la torpeza y la prisa podrían explicar el descuido. Me pareció que había un resto de sangre en el anillo, como si se hubiera enganchado en algún otro elemento metálico, un tirador o la manilla de una puerta; era un rastro valioso si llegábamos a presentar una denuncia.

Pero no inmediatamente, desde luego, la noche no daba más que para ordenar someramente el desaguisado y dormir un poco: la fecha había sido bien elegida (si es que no era producto de un arrebato), pues el día siguiente, Jueves Santo, era de luto, apto solo para visitar los «monumentos», asistir a los Oficios, oír música sacra y rezar, más que para organizar una investigación —conocido el culpable lo que me importaba era encontrar los originales, pieza clave para la misión que íbamos a encomendar a Lino y señora—, la noche siguiente era de silencio y duelo (procesión incluida) y la madrugada del viernes, la del Encuentro, cuando toda Cartagena se agolpaba en la plaza del Lago esperando la llegada del Nazareno y su santa madre. Iba a ser una investigación comprometida.

Tenía que informar al concejal, al jefe de bomberos, al de la guardia municipal, a Gandía de la nacional, a Pepe (un poco más tarde porque la velada había servido también como despedida de soltero anticipada, se casaba en mayo, el mes de las flores), a los amigos de doña Teresa, a los chicos de la OJE, a la sección femenina, a los taxistas, comerciantes en general, asentadores de frutas, chóferes de guaguas y ómnibus, boticas y casa de socorro, telefonistas e imprentas... A todos menos a Rancho y sus seguidores. También a los amigos de don Daniel en Murcia, primer sitio donde huiría el sospechoso, estando el puerto cubierto por los cónsules extranjeros y los jóvenes compañeros de Arturito, los *icues*. Las primeras noticias, llegadas por medio de la joven criada de los Velmar, en la propia calle Cuatro Santos, indicaban que el ladrón había ido abandonando su botín, de forma indiscriminada. De la calle Real nos informaba el practicante de guardia de la casa de socorro sobre una cura a un varón cincuentón, obeso y demudado, descripción bastante ajustada de Rancho, al que sin embargo (ajeno al mundillo literario) no fue capaz de reconocer en foto de *La Ocasión*. Y en el primer autobús a Pacheco, escasamente ocupado aquel festivo, recordaban a un pasajero con la mano vendada (*the hand that did the deed*). Todo concordaba y la escapada no podría ir más allá del Domingo de Resurrección o Lunes de Pascua.

Puesto que las autoridades y parte de las fuerzas vivas estaban obligadas a asistir a la

procesión, decidimos dormir la siesta y quedar a las doce y cinco de la noche en el número 1 de la calle, la librería Pérez y Pérez, entre cuyos anaqueles pudiera haber escondido páginas robadas, como en el cuento de la carta de Poe: había que tomar los tomos, agitar sus lomos, comprobar los albaranes y pedidos, los posibles calambures y acrósticos ¿sería posible todo ello para alguien que huía?, y las papeleras de hierro calado, y combinar las cifras de las matrículas de los coches, aparcamiento restringido por Semana Santa, y los resquicios entre las fachadas y las volutas de las rejas de los escaparates, y los finos arabescos de las letras capitales de los rótulos y las definiciones de diccionarios y los libros de aforismos. Para encontrar una oda chilena o un soneto colombiano, una lira nicaragüense o un alejandrino español, o una indicación biográfica o la reseña de un artículo aún por escribir. Había que cruzar al 4, radio-electricidad Saura, y comprobar las bobinas y los solenoides, las válvulas viejas y los nuevos transistores, los altavoces y reóstatos, los potenciómetros de resistencia variable y los condensadores de mica y baquelita, las antenas de ferrita y los diales multifrecuencia: Tampere, Luxemburgo, Beromünster, Lisbon, por si pudiese haber pistas ocultas entre las ondas, armónicos irresueltos, graves errores, agudos conceptos, por si pudiese haber una ecuación estacionaria como un poema eterno o en fase como una teoría de moda, o en oposición como la vida revolucionaria de un joven rebelde. Por si se encontrase la sicofonía del llanto de una niña abandonada o la interferencia de las pesadas frases de discursos académicos, el crepitar aéreo de publicidades periclitadas. O volver a la acera de los impares hacia el 11 de zapatería Valencia (la más surtida), revolviendo papeles de seda que envuelven zapatos de señora, 36 negro (par y pasa), efímeros periódicos usados como relleno de las punteras de los de caballero, 42 pala lisa, cordonerías, sandalias y alpargatas humildes, zapatillas de cuadros, chanclos y pantuflas. ¿Notas apresuradas de un poeta a la violeta, lazos escondiendo en su lenguaje de nudos iniciales y variantes no impresas? Revolver los calzadores y las cremas, los tacones y hebillas, las hormas y plantillas, por si encontrara una huella reveladora del paso del tiempo sobre las hojas de papel cuadriculado, el rastro de un pie quebrado o el encabalgamiento de una metáfora audaz. Corriendo (empezaban a oírse tambores, los granaderos estaban al llegar) hacia el 20, caramelos finos (inmenso surtido) Hernández. Desliar infinitos papeles de colores: limón, yema, menta, fresa, mil sabores, y el severo paralelepípedo del sepulcro, el típico y durísimo caramelo de Semana Santa, con los colores de las cofradías, el verdiblanco *pictolín*, el balsámico de miel y los blandos *sugus*. ¿Y si en cualquiera de esos papeles se ocultaba la frase feliz, el verso penúltimo de un moribundo, la confesión de un amante despechado, la súplica de un padre separado de su hija? En los irisados matices de las envolturas, como en figuras geométricas abstractas, espirales y lemniscatas, figuras de Lissajous, osciloscopio. Parando en las cuatro esquinas, bajo las hornacinas de los cuatro santos, ¿no hay un cristal roto?, ¿no hay unos jirones de papel entre los dedos de san Leandro? Llamen a los hermanos Gallego, puertas de Murcia, la procesión se acerca, hay que reponer la luna y recobrar el texto, sigamos subiendo hacia las máquinas de escribir morales, 41-43, una infinidad de monos provistos de infinitas máquinas de escribir y uno producirá *La Ilíada* y otro las obras completas de Sócrates, asdfjklñ, qwerty, registren las papeleras, pruebas de cinta: salga gas a las salas alhajadas, dábale arroz a la zorra el abad, un maremágnum de papel carbón (marca Pelikan), pelícano que lleva hasta el final el amor a los hijos, como yo no pude hacer, máquinas Olivetti, Olympia, Remington (steel), Regia, Underwood, Corona, buscar textos y pretextos, comparar tipos de letra, si falta el sombrero de la «t» o se vuela la parte superior de la «e», me interrumpen otra vez, ya se acerca el despeje de la procesión:

—o te oigo.

—Abu-lo.

—No te oi-o.

Ya suenan los claros clarines, ya viene el cortejo, salgamos de esta calle, corramos a Mayor, las fotos de Casaú en el 33, las fotos de todos los personajes de esta obra, sus poses y risas, sus luces y sombras, su polvo y su nada, las fotos de los triunfadores y de los que nunca llegarán a serlo, las fotos de los capirotes y portapasos, sus túnicas y cíngulos, sus medallas y escapularios, sus sandalias y hachotes, fotos de marineros jurando bandera, de bodas desvaídas y bautizos rollizos, fotos Kodak y discos *La voz de su amo*, discos que tal vez recojan grabaciones inéditas de poetas chilenos y eruditos manchegos, de editores cántabros y escritores cartageneros, pero el tiempo se acaba y hay que entrar en librería Escarabajal (fundada en 1888) y revisar volúmenes en folio y octavo, revistas en general, erudición local y viajes al más allá, plumas Mont-blanc, lapiceros Staedtler y Faber-castell, libros de primera comunión, se hacen tarjetas de visita, se venden Biblias y libros de cuentas, talonarios para comunidades de vecinos y cuentos de tapa dura, cuentos de Calleja, la ratita presumida, Antoñita la fantástica, las fábulas de La Fontaine, las fábulas de Esopo (e hisopo), las fábulas de Iriarte, las fábulas ilustradas de Samaniego: el cuervo y el zorro (Pancho y Rancho), la zorra y las uvas, la lechera, la gallina de los huevos de oro, la cigarra y la hormiga, pero no vamos vestidos para la ocasión, aquí está la sastrería Vilar, porque ya está pasando el carro bocina y los cuatro evangelistas que alguno confunde con los cuatro santos, hace falta arreglar un bajo, subir una túnica, zurcir el enganchón de una capa, darle caída a un capuz, allí se pasan encargos a las bordadoras (Anita, Antoñita) para un sudario a doble cara, el manto de una imagen de vestir, las faldetas de un trono, las galas de un tercio..., cuenta los puntos de un lado y de otro, punto de cruz, la cadeneta, el punto de arroz, el sobrehilván, el repulgo, el festón, los cordoncillos, tal vez en ellos está la traza de la historia que quieres contar, uno del derecho, dos del revés, encaje de bolillos, *petitpoint*. ¿Que tienes hambre, dices? Malditos roedores. Ahí está la confitería España, en el 25, coge unos suspiros, suspiros de España, coge unos crespillos, coge unas flores de novia, coge unos sevillanos, coge unos pasteles de cierva, coge unos caramelos de violeta, coge lo que quieras, no es tiempo de comer, es Viernes Santo, ya pasa el Jesús Nazareno, que va buscando a su madre, hay que revisar el hueco tras el retablo de santo Domingo, los archivos cofrades, los libros de cuentas, el callejón de Bretau, sigue buscando, avisa al taxista Pepe para que busque por Tallante (no es igual ser de tallante que ser detallista), llégate al Teatro Chino, desierto por respeto al día, y que te ayude Sarita (imprudente elección) a buscar entre tarros y tules, busca letras escritas en el serrín de la pista, en el triste serrín apelmazado de los vómitos de madrugada, busca entre el recuerdo de las lúgubres carcajadas del solitario, en el ausente son de las orquestinas de señoritas, busca fragmentos cuneiformes en el corrido rímel de las vicetiples, en las gastadas medias de las piernas varicosas—si pudiera descifrar los mensajes de las venillas dilatadas—, piedras de Rosita, jeroglífico azulenco de la decrepitud camino de ser momia, Mohenjo-Daro del eterno masturbador precoz, Taj Mahal de relojes blandos, piedra arenisca de barbas ralas, desolación de la quimera, *spleen* y *dispepsia*, neurosis de guerra, shock post-traumático, eritema; avisa a la Chaparro y a las criaditas solteras (ya estarán en pie), avisa a los noctámbulos y noctívagos, a los puestos de churros, al bar Matías, ataja por la calle Medieras, sigue por puerta de Murcia, confecciones la Pilarica, almacenes Lepanto, tejidos mariano, marín garre, bernalsolano, Gallego hermanos, José Velasco Cartagena. Sigue buscando, ¿dónde estarán Pancho y Rancho?, ¿quién

es más culpable?, ¿han abierto el campo de fútbol?, ¿tiene Pepe las estadísticas del míster Grech? Los saques de banda en la primera parte, los fueras de juego, los balones al área, los pases a favor, silben al árbitro, ¡penalty! Hay chocolate en Confitería Royal. Revisa los huecos entre los edificios, las papeleras, las matrículas de los coches ¿es ese que viene el san Juan?, por el águila debe de ser, de un portacruz precedido... Y por santa Florentina los huevos de la confianza (ros), busca en sus cartones y en las páginas de periódico que usan para envolver, busca en la panadería argentina, ya está el horno encendido, ya fermenta el pan, ¿hay hoy periódicos, hay pan?, sí, es mañana cuando no hay, tenemos que encontrar esos papeles antes de los oficios, cuando todo se para, cuando nadie trabaja, sigue buscando, Antúnez ya ha traído las primeras estadísticas, hay que seguir, suena *La Dolorosa*, suena *San Juan*, el discípulo amado ¿a mí quién me amará? Corriendo hacia Caridad, donde hay que visitar a la patrona, pasa por decoración marín, seguro que han estado aquí, revisa los marcos de Rodríguez, los cuadros de Ruiz, entra en la iglesia, sube a la cúpula, repasa los tubos del órgano, las pinturas de Wssell, las flores de los jarrones, los confesionarios, bajo los bancos, entre las velas, detrás de las pilas de agua bendita, contempla el orden de las teselas en el mosaico de los cuatros santos, ¿te dice algo?, ¿han estado aquí?, ¿o es todo ruido, polvo, humo, nada más? Vuelve sobre tus pasos —ya viene la pequeñica— hacia Vicente Sánchez, por la campana, busca en los alineados tercios por si la relación de estaturas te diera pistas, un número áureo, un numero phi, una sucesión convergente, ha salido el cupón de la casa del niño, invierte sus cifras, suma y resta de mil, hay que avisar ya a Velmar y Duque, amanece sobre el lago, se encuentran, la magdalena, los soldados romanos, los granaderos, suena las campanas, vuelan las palomas, viva Cartagena.

110. XIII. 7,8.

Que al morir hallaré la luz de un nuevo día
Y que entonces oiré mi «¡Levántate y anda!»

CUARTA PARTE. LOS VIAJES. CAPÍTULO VI. *FINALE (MA FORSE NO)*

Un Dickens aprovecharía para atar todos los cabos, contarnos una boda matinal con desayuno en el *Adelphi* y lanzamiento de zapatos a los novios, el fin de los viajes del tío de Emily, los Micawber emigrando a Australia (¡nunca abandonaré al señor Micawber!), un juicio en *Old Temple*, dos ahogados pescados en el Támesis, tres cadáveres robados en Spitalfields, un zapatero loco y el nudo de una bufanda. Yo les diré apenas dos cosas:

—¡-afael!

—Soy Y-

O tal vez ya las haya dicho. Sí, Pepe y su novia se casaron (su señor suegro había mandado a María Antonia a Zaragoza, en un vagón de segunda de la línea MZA, con gran parte del personal y *atrezzo* del Teatro, después de que una ola de puritanismo recorriera la ciudad). La presentación de la novela de Pepe se retrasó por la muerte de Su Santidad Juan XXIII (a quien se dedicó una plaza en el centro, haciendo así prácticamente inútiles las indicaciones topográficas acumuladas en las páginas anteriores), y porque el asunto de Pancho y Rancho obligaba a ser cauto en la elección de presentadores y animadores culturales. Se casaron en la iglesia del Carmen, ella iba de gazar con bordados elusivos [pero esto es de otro cuento] y se fueron de viaje a Sangenjo, Castroforte del Baralla e Iria Flavia. Se constiparon, fueron inmensamente felices y en marzo de 1964 tuvieron un niño rubio al que no pude apadrinar, por necesidades del servicio.

O nos llevaría por los bajos fondos de los barrios altos, y los nuevos antros que surgieron para solaz de marineros en tierra, platos del día, carne triste, griffa y hashis, tráfico de menores, pequeños delitos, pequeñas infamias, pelillos a la mar. O al muelle donde vuelven a estar los *caballitos* para otra temporada estival, eterno retorno del tiovivo, eterno trastorno, el barquillero haciendo girar su rueda del tiempo y las migajas del barquillo aventadas que forman pequeños tratados con su rumor hojaldrado. O a las exequias por un Papa muerto, siempre la dudosa santidad insinuándose en esta verdadera historia, los cirios, las campanadas a muerto, los días de ayuno, limosnas para las ánimas y un exvoto. O las vanidades de la publicación de una novela (digamos *La novela de Pepe Antúnez*, o digamos esta, qué más da), las nuevas camarillas, los cócteles y los aperitivos, las animadas conversaciones, los sueltos en un periódico que ha cambiado de dirección, el tinglado de la antigua farsa. O nos dejaría reposar en un banco alejado, tal vez por Quitapellejos o por Trovero Marín, un banco semienterrado por los nuevos andamios que empiezan a poblar las fachadas, como aves precursoras de la especulación urbanística

(Hermanos Chirbes, construcciones mediterráneas, ReCoCa, reformas y construcciones Cartagena). Un banco desolado por el que no pasa ninguna presencia femenina: «madre, Carlota, hija, Victoria... ¿dónde estáis?» porque ya no hay esperanza. O tal vez pase Juancito el tonto, que pasea inconsciente de poseer el don de la continuidad de los hechos, hechos que se entrelazan en su liote informe como en el tejido de nudos de los precolombinos, uno al derecho, dos al revés, siempre el testigo mudo de la realidad pura, esa masa reacia a dejarse moldear en sustancia narrativa. El bien, el mal, el conocimiento, la duda, qué más da.

Se recuperaron noventa páginas (sí, dos más de las que se había llevado Rancho, como esos relojeros torpes a los que siempre les sobran piezas, no soy un profesional, no me pidan más). Quedó establecida su culpabilidad con gran eficacia por el señor Gobernador en persona [Luces de bohemia], tras ser detenido en Murcia se le desterró a Ceuta, donde fue un preso ejemplar, un Uriah Heep de humildad y babosería; alegó desequilibrio psicológico por la reciente muerte de su esposa y culpó a Pancho de ser el «autor intelectual». Pancho se había asegurado de no dejar pistas, disponía de algún dinero para sobornos y se fue a Alicante, donde volvió a sus pequeñas miserias de animación cultural *pro domo sua*. Yo no soy quién para contarle, pero ese pretendido novelista concienzudo me sopla que aún llegaron a tiempo para figurar en los primeros ayuntamientos democráticos, una vez reconciliados con María Teresa Duque, que entonces era ya una gran dama de las letras españolas, la gloria local. Pero eso fue en otro lugar y yo no lo vi. Lo cierto es que entregué las noventa páginas a Lino y Duque, quienes comenzaron la noria filológica de referencias, signaturas, notas a pie de página, variantes, fuentes primarias y secundarias: el sueño de un erudito local. Llegaron las primeras separatas, la edición abreviada y la anotada, los volúmenes de correspondencia y anécdotas, las biografías anotadas y abreviadas, la gira de conferencias por Hispanoamérica (tan agotadora como las de Dickens por Estados Unidos), los doctorados *horroris causa*, los bustos, los nombres de calles, la gloria de papel. Yo seguía sentado a un banco cualquiera, ajeno al tráfigo de la fama, mirando tal vez en los tableros de botones de los cada vez más frecuentes ascensores (ascensores al cadalso) por si el desgaste relativo de sus teclas me daba una distribución gaussiana o binaria, la estadística del agotamiento, sufro luego existo. Nadie se preocupaba de la hija del poeta, ni recordaba los estudios precursores de don Daniel, todo estaba en orden, habíamos incorporado una nueva figura al parnaso, Laus Deo.

No volví a viajar al extranjero, no les puedo contar anécdotas de Melo y sus niños, ni grandes crónicas de sociedad sobre Paul Enc y sus millones, no fui a la Costa Azul ni a la costa amalfitana, me quedé en casa, cerca de la calle Velázquez, viendo pasar ferias y vanidades, discípulos y maestros, nuevos modelos de niquis y pantalones (el nic y el nunc), nuevas carteleras en Cinemascope, nuevos periódicos con sus suplementos culturales calcaditos, hermanos gemelos en alguna incluso analfabeta. En nuevas iglesias ya post-conciliares con nuevas y aterradoras liturgias, en viejos clubes donde ya nos conocíamos todos, en tiempos de crecepelos falsos como currícula de político y conteras nuevas para el bastón. Como si en el rozamiento de esas conteras sobre las calles repetidas se cifrara el sentido del mundo. Humo, polvo, nada. Como si en la repetición estricta de movimientos estuviera la salvación de las tablas, cuando es más bien la parálisis, el *zugzwang*, la obligación de seguir moviendo, más allá de toda esperanza. Como si el frío intenso y el alto vacío (o una combinación de ellos) pudiese congelar el tiempo en un momento previo a la catástrofe, cuando todos los amores eran posibles y todas las penas, ausentes.

O si fuese un novelista didáctico —Dios me libre—, disertaría ahora sobre qué hemos tratado en las páginas anteriores: seguramente hablaría de la Luz, del Bien, de la Dicha, del Dolor, de la Pérdida, del Conocimiento y la Duda, de la Desolación. Podría cantar los logros de la vida y el aroma a espliego de las horas de la tarde, o podría contar los pasos que me separaban de tu casa y los «cuelga tú» de las llamadas telefónicas a la playa. Pero no lo soy, y prefiero recordar las capas del melindre hojaldrado, Monsieur Marais, los pequeños tratados de la ética barroca, las minúsculas partículas elementales, los montículos de pelusa y polvo que se elevan hasta donde alcanza la vista, único resto de los afanes de una civilización caduca, las esquinas que delimitan el itinerario absurdo de una errancia fúnebre, la ausencia de rumbo ni objetivo, la parálisis de la voluntad, la carencia total de voluntad de poder, los sueños vacantes de pulsión, la nada.

Pero no lo haré, en este banco a las afueras de una ciudad de provincias donde escribo, mientras va llegando, lento como un eco, el furgón de una caravana circense (es de nuevo la temporada de fiestas, el Carmen y Santiago, flor natural, velada marítima, trovos y cantes jondos, verbena y michironada popular); todo es lánguido como una fotografía velada, el aire se ha cargado de humedad y convierte en espejismo todo. Hay carteles y octavillas, animales y equilibristas, trapecista y contorsionista (creo que algunos de los antiguos integrantes del Teatro Chino vuelven camuflados entre la *troupe*). Dejémoslos volver, eterno retorno, aunque por el otro lado se afanan cambiando buzones y poniendo los primeros semáforos, instalando nuevos tendidos eléctricos y antenas de televisión, no quiero competir con la televisión, me retiro, he cambiado el banco por el asiento de un tren, camina lento hacia un centro dudoso, municipal y espeso, burocrático y banal, como si todo fuese el fin de un arcoíris gravitatorio, volviendo a un hogar inexistente, blanco y leve, eucarístico y breve. Porque antes de partir habré ido a una misa en la iglesia del Carmen, nuevos predicadores conciliares y conciliatorios, nuevos tiempos. Y luciérnagas se encienden al paso del tren en la larga tarde manchega (avanzando hacia el oeste, la tarde cada vez se alarga un poco más), y luego las luces en un apeadero ¿Villacañas? Pero dejen que Rafael Sánchez se despida de ustedes, tendrá sus razones para hacerlo discretamente, tendrá muchos formularios que rellenar, o tal vez quiera visitar alguna tumba, llevar una flor marchita a la memoria de alguna madre sin rostro. Despedirse uno por uno de los personajes de esta verdadera historia, por orden alfabético o por orden de aparición, o según las palabras de las que han dispuesto para su presencia, ordenados estadísticamente, o estocásticamente, algo apenados (sombrosos en la mano), algo incómodos ante un autor que ya no les hace falta, deseosos de volver a sus ocupaciones rutinarias: sus rondas de visitas sociales, sus veladas en el bar o en casa, sus cotilleos de salón, sus compraventas, cambios de domicilio social, cartas que contestar, llamadas telefónicas, entradas de los toros, anuncios en el periódico, citas médicas..., esa «vida» que les hemos estado hurtando durante estos años, esta década del medio siglo que vamos abandonando, etéreos, casi dignos.

Pero no es solo una despedida social, nos acecha algo más, una fecha decisiva, un plazo improrrogable (no, no es el plazo de entrega de un manuscrito), la aparición de algo radicalmente nuevo, una cesura en la historia mundial, un cambio de sistema de referencia, ¿una catástrofe? ¿Será tal vez que no todo se reduce a humo, a polvo, a nada? ¿Habrá aún esperanza y vida desde el banco desolado del pretérito futuro?

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Esa fecha es (cualquiera podría saberlo a estas alturas) el cuatro de julio de 1963, jueves (nacido un cuatro de julio) porque alguien nació, por gracia de Dios, en Cartagena. ¿Quién nació? ¿Fuiste tú, fui yo, fui Yo? Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré. El Señor me dio y el Señor me quitó, bendito sea el nombre del Señor.

POSTFACIO

Junto con *El último de Cuba* y *El hombre de negro*, este *Los cuatro santos* compone la que hemos dado en llamar «trilogía del medio siglo», por transcurrir en los años centrales del siglo xx (1956-1963) y por haber sido escrita alrededor de la cincuentena de años del autor. El total de la obra fue concebido como trilogía desde el principio, bajo una vaga idea hegeliana de tesis, antítesis y síntesis: el primer volumen sería la tesis de luz, belleza, santidad, bien..., el segundo la antítesis oscura, malvada, culpable; mientras este tercero, menos definible como suele pasar con las síntesis o consensos, sería una gama de grises (humo, polvo, tierra).

Escribo sobre libros, libros que he leído y han conformado una *realidad* (no entremos ahora en la cada vez más difícil definición de ese término) tanto como las vivencias, acontecimientos y acciones de esa otra vida-no-escritora que nos acompaña. Pero en este caso escribo sobre libros que tratan de libros, en una especie de metaliteratura al cuadrado: las citas que aparecen en el texto proceden de la obra *Rubén Darío: del símbolo a la realidad. Obra selecta*, publicada por la Asociación de Academias de la Lengua Española en 2016, con motivo del centenario de la muerte del universal poeta nicaragüense. Citas que vienen introducidas por números que indican la página y/o el número del verso o línea citados por la edición española. Por supuesto no se ha intentado una biografía novelada de Darío, empeño vacuo que con poca fortuna han acometido (o simplemente cometido) algunos autores recientes.

Valga, pues, la idea de homenaje al poeta como marco de algunos otros homenajes que ocupan las páginas precedentes: a clásicos de las letras españolas como Carmen Conde, Antonio Oliver, Torrente Ballester, Julio Caro, Ramón J. Sender... como a autores vivos que el amable lector no tendrá, espero, dificultad mayor en identificar; de la misma forma que en los volúmenes precedentes han aparecido referencias a Hugo, Stendhal, Nabokov y tantos otros. Sería impropio no apuntar aquí el uso como *leitmotiv* de «el banco de la desolación» de Henry James, más como título que como historia, de *Our mutual friend* de Dickens con sus montones de polvo y de la paciencia de Job en la Biblia.

Pero esta es también, lamento decirlo, una novela en clave, que abandona la pirotecnia y el «internacionalismo» de las anteriores para centrarse en un territorio concreto, Cartagena (España), con su cohorte de figuras locales y rincones mil veces recorridos. Sobra decir que la posesión de dicha clave es innecesaria para el disfrute (problemático) del texto, si bien personajes como Pancho y Rancho, Daniel, Chaparro, Marifé, José Alberto, Alcaraz, Duque y Lino son o han sido personas reales y en la mayoría de los casos bien reconocibles, como también Evaristo Plaza, un trasunto de la figura oscura del amigo ocasional de Rubén Darío, el periodista chileno Enrique Valdés.

No creo en los fanatismos de aldea ni en los caracteres nacionales, y sin embargo me siento muy afortunado de haber nacido en Cartagena, una de las ciudades más notables por antigüedad, permanencia de la población, características geográfico-históricas e importancia económica y militar; afortunado digo y no orgulloso, pues el orgullo tiene un componente de mérito que está ausente de la casualidad, aunque no de la continuidad residencial. Las descripciones de la ciudad están basadas en la realidad (signifique esto lo que signifique), pero deformadas como en el callejón del gato valleinclanesco, con uso del «anacronismo creativo»—traslación cronológica continua de la fecha de los sucesos a las de mi propia infancia— y de la licencia poética. En cuanto a la obsesiva presencia de referencias a comercios y edificios singulares, me he valido de la obra *Comercios antiguos de Cartagena y su publicidad*, notable empeño benemérito de mi buen amigo y Cronista Oficial, Juan Ignacio Ferrández García, obra en la que sí podrán encontrar el dato exacto y la fotografía oportuna. Igualmente oportuna me parece la mención del delicioso librito *Secretos de Belleza. Química de Tocador* (editorial Maxtor, 2003) de don Luis Palacios Pelletier, para la retahíla de términos «cosméticos» del capítulo *Los artistas*.

Uno de los escasos rasgos remuneradores de este solitario vicio de la literatura es la oportunidad de agradecer gestos y detalles de auténtico valor sentimental. He tenido la suerte de que esos gestos se hayan prodigado en mi andadura y mantenido en el tiempo, por lo que me cabe la satisfacción de que todos los agradecimientos expresados en los libros anteriores se pueden mantener y aumentar, sin que la decepción o el desengaño se hayan colado entre ellos. Prologuistas, presentadores, críticos, librereros, periodistas, correctores (a menudo incomprensidos y con frecuencia incomprensibles), han demostrado su profesionalidad y aprecio, es un placer reiterar mi gratitud y un deber gustoso expresarla de nuevo a todo el personal y amigos de la editorial La Huerta Grande.

La fecha que aparece en el último capítulo es rigurosamente histórica (o tal vez no).